



Escuela de Historia.

Gabriel Salazar: una “experiencia histórica”.

Una reflexión post-histórica a la representación historiográfica del ‘bajo pueblo’.

Alumno: Pérez Pezoa, Diego.

Profesor guía: Vergara Edwards, Francisco.

Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia con Mención en Estudios Culturales

Santiago, Marzo 2011.

---

## Índice.

• <b>Agradecimientos</b> .....	3
• <b>Introducción</b> .....	5
• <b>Primera Parte. “Narración y Experiencia” (Teoría y metodología)</b> .....	13
<b>-Capítulo 1. “Posicionamiento del enfoque de estudio”. El “valor de la narrativa”</b> .....	14
a) Enfoque.....	14
b) Alcances.....	28
c) “Metahistoria”: una aproximación metodológica.....	32
d) El <i>otoño</i> del ‘pueblo’.....	38
<b>-Capítulo 2. “Una experiencia histórica ‘popular’”. Experiencia y nostalgia</b> .....	41
a) Hacia una ‘experiencia histórica’.....	41
b) Sobre la <i>vorágine</i> (interludio).....	53
c) Fragmentos de una ‘experiencia histórica’.....	56
• <b>Segunda Parte. “Comunidad y política” (problematización del ‘pueblo’)</b> .....	63
<b>-Capítulo 3. “La comunidad fraternal de trabajadores”</b> .....	64
a) Realismo del materialismo histórico (conceptualización).....	65
b) Sobre el ‘bajo pueblo’ (la noción de ‘pueblo’ en Gabriel Salazar).....	68
c) La comunidad fraternal de trabajadores (la <i>sinécdoque</i> inicial).....	76
<b>-Capítulo 4. “La política y lo político: una breve aclaración conceptual para la historiografía”</b> .....	98
a) Dos Críticas anunciadas.....	102
a) La <i>diferenciación</i> en torno a Sergio Grez Toso.....	102
b) La <i>diferenciación</i> en torno a Miguel Fuenes.....	106
c) Política de la <i>representación histórica</i> .....	111
• <b>Conclusiones</b> .....	114
• <b>Bibliografía general</b> .....	121

## Agradecimientos.

Es vasta la lista de personas, sucesos, y situaciones a las que debo agradecer por permitir realizar esta tesis. Por eso, remito a lo especial que en ella acontece. Eso es, agradecer primero que todo, a profesores y profesoras, que dispusieron todos sus conocimientos para contraer una exigente formación como un historiador con bases críticas e instructivas; en ese orden caben, los profesores Milton Godoy y Hugo Contreras, y las profesoras Viviana Gallardo y Nancy Nichols. La formación como historiador –e investigador social-, cumple las funciones básicas, ante todo, de ser riguroso consigo mismo, ya que uno es parte de aquel complejo de investigación y reflexión del que se pretende estudiar. Un lugar, como tal, ocupan los profesores Leonardo Mellado y Leopoldo Benavides, quienes siempre estaban al tanto de exigir una constante reflexión sobre fuentes y materias sociales. Y por eso, como toda investigación e interpretación, existe evidentemente una formación teórica –sobretudo en el desarrollo de esta tesis- que debe su fortalecimiento y aprendizaje a los profesores Cristóbal Durán y Miguel Valderrama; sus consejos, miradas, opiniones, en la conformación de la ‘idea’ de esta tesis, ayudaron a desarrollarla de manera profunda y rigurosa. Asimismo, la asistencia, ayuda, guía, dedicación y persistencia en la conformación de esta tesis, debe su programa al profesor Francisco Vergara Edwards; que como profesor guía de esta tesis, supo desarrollar todas estas virtudes de forma crítica y transparente, y que, como persona supo apoyarme y escucharme en todas las decisiones que contrae la realización de este estudio.

Ahora bien, la actividad de preparación de una Tesis –así como, de obtener el espacio y el tiempo necesario para la realización de ella- contrae el apoyo y sabiduría que las aulas, insuficientemente, no pueden entregar. Es por eso, que quisiera agradecer las constantes discusiones, debates, ideas y desencuentros que con mis amigos y compañeros pude obtener (y seguiré obteniendo) para la realización de mis puntos de vistas; ellos son Elías Sánchez, Miguel González, Pedro Morales, Edgardo La Rosa, Leonardo Melo y Felipe Thomes; en esta nominación caben también, Cristóbal Chuaqui, Nicole Ferraut, y Aldo Bombardiere. En este espacio, ocupan un lugar considerable por sus disposiciones y sus lazos entre todos los nombrados el profesor Marcelo Garrido y las profesoras Macarena Barahona y Rocío Amparo Gallegos (todos, de la *Escuela de Geografía*, perteneciente a la *Escuela de Historia* de la U.A.H.C.).

La realización de una Tesis, a mi parecer, es la producción de un logro. Ese logro, comienza tempranamente, con una exigente preparación y formación valórica, incluso muchos antes de referirse a las aulas; es como punto inicial, el apoyo y perseverancia sobre la fe que entregan una serie de personas sobre una sola. Por tanto, insoslayablemente, no podían quedar al margen de esta instrucción académica (aunque, como tal, debe toda su consideración) mi familia en general: a mis hermanos, mis abuelos y tíos. De manera gratificante y especial, mis padres son a los que aún no terminaré de agradecer por resguardarme y solventarme en los recovecos que esta tesis entrega; sin ellos, no existiría ni el ápice ni la convocatoria de estos agradecimientos, ellos son el impulso cautivador de proseguir con mis estudios, y a los que, además, las palabras de esta tesis son un intento humilde por agradecer los movimientos y sentimientos para permitirme realizar este estudio. Y en la misma consideración, este estudio exige la concentración y ejercitación cotidiana para su realización, así como también, la total dedicación e incursión; existe una persona a quien debo todo su apoyo y compañía, a quien debo toda la sabiduría que ninguna otra persona me podría entregar, ya que, no podría ejercer mayor atención por su sola presencia, a mi novia, Patricia Pérez. Muchas Gracias.

*“No existe libro alguno que haya impedido a un niño morir”*  
**Jean-Paul Sartre.**

*“La voz de las fuentes no se oye...”*  
**Jacques Derrida.**

# **Introducción.**

Germán Colmenares, fue muy perspicaz y sincero al describir la relación entre Historia y Teoría de la siguiente manera; “la noción de una teoría evoca para los historiadores, cuando no una dudosa filosofía de la historia, alguna forma de reduccionismo o de beatería intolerante y excluyente”<sup>1</sup>. Y como tal, evoca la evidente –y actual- división entre filosofía de la historia e historiografía, en la escena nacional. Una división casi necesaria para los historiadores más tradicionales (en términos metodológicos y epistemológicos), pero un absurdo caso para quienes reflexionan y admiten las innovaciones acerca de la labor y la disciplina del historiador en términos teóricos. Este caso de escisión en el pensamiento historiográfico y el conocimiento histórico, encuentra entre sus precursores al historiador nacional Gabriel Salazar. Y esto sólo como dato de varias intervenciones que el historiador ha realizado en el escenario historiográfico nacional con respecto a esta temática.

En el año de 1963, Gabriel Salazar se licencia en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, con una tesis ‘estrictamente’ filosófica acerca de la Historia; esa tesis de tituló *El historiador y la historiología filosófica*<sup>2</sup>. El intento permanente de esta tesis es entregar cierta ‘autonomía’ al quehacer historiográfico, despejando las reflexiones filosóficas acerca de la historia y privilegiando las razones científicas de su consistencia; siendo tajante, a la vez, al sentenciar que “lo que no es historiográfico, esto es, lo que no es ciencia de ‘lo histórico’ y que sin embargo se refiere cognoscitivamente a ‘lo histórico’, es historiología”<sup>3</sup>. Semejante tesis va directamente dirigida a una conciencia histórica de una élite vinculada a la alta producción de historiografía de la época, y que tenía como referentes interpretativos a grandes filósofos europeos decimonónicos, tales como Spengler, Michelet, Marx, y más contemporáneos, Ortega y Gasset, Heidegger, Jasper, entre otros. En ese sentido, era una crítica reflexiva acerca de las interpretaciones históricas y el quehacer historiográfico, y a la vez, una fuerte crítica a la utilización de ese tipo de fuente de pensamiento europeo, algo más teórico.

Esas ambiciosas afirmaciones e investigaciones, en Salazar, dieron paso a la coherencia historiográfica que posteriormente dará sentido completamente a su producción particular de la historiografía.

---

<sup>1</sup> Colmenares, Germán: *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Edit. Centro de investigaciones Diego Barros Arana, 2006. Pág. 24.

<sup>2</sup> Salazar, Gabriel: *El historiador y la historiología filosófica*. Memoria de prueba (para optar al título de profesor de Estado en la asignatura de Historia, Geografía y Educación cívica), Instituto Pedagógico Universidad de Chile, 1963. Biblioteca prof. Eugenio Pereira Salas, Facultad de Filosofía y Humanidades

<sup>3</sup> *Ibíd.* Pág. 1

La obra historiográfica de Gabriel Salazar significó un cambio trascendental en la historiografía nacional; la incorporación de un nuevo sujeto histórico, y el paso por consiguiente, a una renovación de dicho escenario historiográfico, acrecentó las perspectivas y polémicas en el escenario del quehacer historiográfico como tal. La llegada del ‘sujeto popular’ a las interpretaciones históricas nacionales desde una perspectiva ‘más amplia y real’, debe su presencia a la obra de Salazar. Lo que quiere decir para el autor, que su producción historiográfica va dirigida a desmitificar y concretizar las interpretaciones ‘abstractas y metafísicas’ que se tienen del ‘sujeto popular’, y por ende, de la noción de ‘pueblo’ que se manejaba tradicionalmente. Despojarse de aquellas interpretaciones que emanaban, ya sea, o de una interpretación ‘patriótica’ del ‘pueblo’, o que emanaba directamente del “Drama interno de la Nación”; desposeída del único aparataje que lograba dar identificación al ‘sujeto popular: la identidad nacional -ambas perspectivas, provenientes de la historiografía ‘patricia’. Se puede decir, que existió bajo la sombra de una clase dominante, y frente a la desconsiderada indiferencia de una disciplina histórica que estaba al amparo de una élite política ‘patriciada’, y más preocupada, como el Estado chileno y su clase dominante se iban incorporando en una sociedad vertiginosa y arrolladora, ese decir, como se transformaba en una sociedad moderna.

Con estas consideraciones apreciadas por Salazar, se inscribe una nueva forma de interpretar el pasado popular, entregando un rol distinto a la figura del ‘sujeto popular’, y a la vez, la posibilidad de ‘teorizar’ acerca de su participación como sujeto histórico indiscutido en la historiografía nacional –lo que no significa, en Salazar, de tratar de extender los elementos que reconfiguran una nueva teoría del sujeto popular, más que eso, era la posibilidad inexorable de abandonar tales márgenes de interpretación histórica, accediendo, ahora, al campo empírico de la Historia mediante la preconización de la ‘experiencia’ de la figura del sujeto popular.

Por tanto, lo que en Salazar podría interpretarse como una interpretación histórica desde las reflexiones acerca de la ‘subalternidad’, así como también, la idea de admitir una ‘voz’ en el espacio dominante de su irrealización en la historiografía nacional –sobre el ‘sujeto popular’-, es en este sentido, que la idea gira más bien, en procurar develar la ‘experiencia cotidiana’ de la historicidad popular bajo los términos de ‘exclusión’ e ‘ilegitimidad política-económica’ que ha *sufrido* el ‘bajo pueblo’ bajo el tratamiento metodológico indiferente de una historiografía ‘patricia’.

Lo que aún no ha sido tomado en cuenta, para la historiografía propiamente tal –y en general-, es la ‘escritura de la historia’. Particularmente, la historiografía salazariana, implica también, en tanto, un cambio en la forma de escribir sobre el ‘sujeto popular’; o sea, una nueva forma de *narrar y tramar* la historicidad del ‘sujeto popular’. De lo que se puede inferir, una nueva forma de *representar* al ‘pueblo’ y al ‘sujeto popular’. De lo cual se desprende una forma ‘politizada’ de representación histórica, empero, de una evidente discrepancia frente a una forma ‘*política*’ tradicional de representación histórica –reducida, casi siempre, en términos de resolución partidistas de la Política, o, bajo intensas perspectivas ideológicas.

En ese caso, es una crítica a la historiografía moderna nacional: ésta tuvo su nacimiento decimonónico –como establecimiento formal de conocimiento- en el debate político de la época entre conservadores y liberales; ya entrando en el siglo XX, la práctica historiográfica se realiza bajo el contexto crítico de dicho debate y la ‘aparición’ de los primeros movimientos sociales políticos; posteriormente, se da paso a la práctica historiográfica al alero del repunte popular y proletario, y bajo las fluctuaciones de los índices de producción económicos. Como vemos, es una historia de la historiografía, que demuestra que el pensamiento histórico se inserta generalmente bajo concepciones ideológicas, morales y políticas, y que convocan las iniciales necesarias de un posicionamiento epistemológico para el conocimiento histórico.<sup>4</sup>

En ese sentido, para Salazar la ‘verdadera’ historia se inserta en escribir la historia ‘desde abajo’, o sea, desde una *experiencia popular* –más allá de una experiencia estrictamente política, o, elitista política. Lo cual implica –sin su reconocimiento- el posicionamiento de un ‘voz’ y una ‘experiencia’ autorizada en la escritura de la historia del ‘bajo pueblo’. E implica, también, una sabiduría que no tiene que ver ni con una ‘ciencia formal’ ni con una eventual ‘teoría’, sino más bien, tiene que ver con una ‘experiencia histórica popular’.

Trataremos de advertir, en este estudio, que las pretendidas *desmarcas* que Salazar entrega en relación a una interpretación histórica elitista (es decir, de una interpretación histórica con reflexiones filosóficas, escrituras inconsistentes de ‘lo popular’, caracterizaciones vagas y abstractas del sujeto popular como tal), no son más que nuevas estrategias propedéuticas de escritura histórica, ensalzando una ‘experiencia histórica

---

<sup>4</sup> Para obtener un amplio archivo y comentario sobre el contexto decimonónico de la institucionalización de la disciplina historiográfica en Chile y sus precursores, ver Gazmuri, Cristián: *La historiografía chilena 1842-1970, Tomo I, II*. Centro de Estudios Diego Barros Arana, Aguilar Chilena de ediciones, Santiago, 2006.

individual' (tal como él lo denomina), y solventando políticamente, la figura del 'pueblo' desde una noción 'realismo y sentido común' (propio de una –re-configuración de la noción de materialismo histórico) propio, a esas alturas, de una noción de comunidad implícita en la interpretación salazariana de la historia.

Por lo tanto, este estudio necesita de un tratamiento teórico-metodológico especial, que particularice los tratamientos a seguir, acerca de la historiografía salazariana.

Historiografía, en todos los casos, también significa 'escritura de la historia'. Escribir la historia, es parte del quehacer historiográfico. Aspecto de la operación historiográfica que vamos a considerar en este estudio, como un elemento teórico de estructuración del lenguaje y discurso histórico en el caso salazariano. Para acceder hacia una 'experiencia histórica' que articula la 'narración', y otorga sentido metahistórico a la historiografía del historiador nacional.

Dicha experiencia, convoca un escenario político conflictivo de la escritura de la historia, y como tal, será relevante analizar la historiografía salazariana como discurso histórico contrapuesto a una forma política tradicional de interpretación histórica.

Surgen aquí, las preguntas a responder en este estudio, ¿cómo se constituye en la escritura salazariana la figura del pueblo?, ¿Qué desarrollo de la experiencia histórica se plantea en la historiografía salazariana?, ¿cómo afecta integrar la noción de comunidad contrapuesta con la noción de pueblo en la historiografía salazariana?, y por último, a partir de una serie de críticas en torno a la noción de política que (no) utiliza Salazar en la interpretación histórica de los sectores populares ¿cuál es la noción de 'política' que emplea y entiende Salazar para su interpretación?

\*

La primera parte de este estudio se ha denominado "Narración y Experiencia", como elementos de un desarrollo teórico-metodológico *ad-hoc* a las 'ideas' iniciales que se pueden desprender de este estudio; y está compuesto por dos capítulos que tratan por separado aquellos elementos que poseen una estrecha relación.

El *capítulo 1* de este estudio (*Posicionamiento del enfoque de estudio. El "valor de la narrativa"*), cumple con la función de entregar un corpus teórico-metodológico que sea capaz de acceder a los objetivos anteriormente planteados. Para eso, se tomaron los análisis teóricos y lingüísticos del historiador Hayden White –especificados en la 'narrativa histórica'- que aplica para los análisis historiográficos. Se parte, entonces, con la "valorización de la narrativa" en el campo de análisis histórico. Tal apreciación, proviene de las asimilaciones tanto miméticas como narrativas que poseen la Literatura y

la Historia, bajo la base símil de la escritura y el lenguaje, y el origen poético de su representación que poseen ambas. Relación, por supuesto, conflictiva, y a veces, armoniosa.

De todas maneras, todo conduce hacia una innovación metodológica para el estudio historiográfico; si bien, la aplicación formal del historiador norteamericano en su obra *Metahistoria* es una aplicación estructuralista y formalista en el lenguaje histórico de los historiadores clásicos del siglo XIX, sus implicancias contraían un carácter plenamente metahistórico e innovador. Con lo cual, se podría hablar de una metodología ‘metahistórica’; y de lo que más interesa, en cuanto a los ‘efectos’ que produce dicha metodología aplicada. Por lo tanto, la rigurosidad del aspecto formalista del lenguaje y las estrategias estructuralistas para el mismo, no funcionan como marco regulador o ‘dogma’ con el cual intervenir a partir de este estudio. Una vez desprendida las funciones tropológicas en la escritura histórica de Salazar, nos despojaremos paulatinamente de aquella importante metodología, para dar paso al campo empírico de la práctica historiográfica en su función político-experiencial.

El capítulo 2 de este estudio (*Una “experiencia histórica popular”. Experiencia y nostalgia*), busca complementar y ampliar la estructura teórico-metodológica de este estudio que veíamos escuetamente en el capítulo 1. Las categorías de la ‘experiencia’ y la ‘nostalgia’, son tratadas aquí bajo las perspectivas del historiador holandés Frank Ankersmit. Perspectivas que se actualizan para el análisis historiográfico, desde la óptica empírica de la realidad histórica y su adaptación al texto histórico.

Para Ankersmit, la ‘experiencia histórica’ es una dimensión incógnita dentro de la labor y experiencia del historiador; la idea es establecer una exploración desde la historiografía que intenta buscar e indagar sondeando el entramado histórico: entramado misterioso, desde el cual emana toda fuente de sentimientos y percepciones que motiva a la toma de posiciones de valores y elecciones que se desarrollarán en la posterior historiográfica.

Lo puntual es que con la inmediatez de la experiencia se entrega un secreto que fluctúa entre lo que podemos sentir mediante la experiencia histórica, y por tanto, la diferencia puntual entre empirismo y experiencia; la primera que es aún más individual que la segunda –siendo esta última, la que se superpone como experiencia compartida.

En el caso de Salazar, la experiencia histórica, se puede entender bajo la relación ‘autor-obra’ –es decir, como una ‘experiencia’ que *explica* la obra del autor. En primer lugar, este estudio, nada tiene que ver con buscar las ‘causas’ históricas que incentivaron la

obra del autor, así como una eventual *explicación* por causas de interés político partidista<sup>5</sup>; es más, este estudio busca analizar historiográficamente a la ‘experiencia’ en la noción de Política que posee el autor. Por otro lado, la opinión testimonial del propio Salazar no viene al caso de estudio. Analizar la obra historiográfica del propio autor no necesita de la complementariedad explicativa del mismo (tales insinuaciones como: motivos personales, políticos, relato de vida, etc). La escritura significa ante todo ‘exposición’ con claras intenciones de ‘entregar’ y ‘compartir’; lo cual indicará la ‘huella auto-biográfica’ –a definir- del historiador nacional.

La segunda parte del estudio, denominada “Comunidad y Política”, está constituida –también- por dos capítulos respectivos, y busca analizar las concepciones y definiciones de ‘pueblo’ en la historiografía de Salazar. La apelación a estos conceptos busca, por un lado, analizar y criticar las definiciones históricas principales de ‘pueblo’ en Salazar, ya que es la base ‘histórica’ esencial para la lógica histórica de sus interpretaciones. Y busca, por otro lado, deconstruir la historiografía Salazariana desde las conceptualizaciones de la ‘comunidad’; esto como un ‘gesto’ que cuestione plenamente ‘lo político’ en el autor.

El *capítulo 3 (La Comunidad fraternal de trabajadores)*, aquí, trata el concepto de ‘Comunidad’ que se encuentra implícito en la historiografía salazariana; implícito, bajo el concepto de trabajo, e implícito bajo el concepto de solidaridad. Por eso, el *signo* ‘pueblo’, es tratado bajo las definiciones que entrega Jacques Rancière sobre aquel: sus cuestionamientos, perspectivas, alcances y reflexiones, ayudarán a establecer una des-sedimentación de una historiografía basada –incuestionablemente- en un concepto auto-referente e inmanente. Esto contrae, a la vez, una re-significación del ‘pueblo’ mediante un carácter *suplementario* y *vacío*. Lo que produce la serie de complejidades para la representación histórica del ‘pueblo’.

La importancia de la relación entre ‘comunidad’ y ‘pueblo’, es una relación originaria desde el *arhké* de la Política, donde ‘comunidad’ es el *nombre* por el cual se apela a la totalidad del ‘pueblo’, y es la parte por la que se reclama su contabilidad. En tanto, ‘comunidad’ denomina el espacio del ‘estar-en-común’, desde el cual un ‘historiador’ establece su discurso y su campo socio-simbólico comprensivo; si es así, se establece una paradoja de la representación de la ‘experiencia-en-común’, entre totalidad y particularidad en el caso salazariano.

---

<sup>5</sup> Salazar fue militante del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR).

De todas maneras, esto implica un problema de conceptualización de ‘la política’ entendida en términos tradicionales, y al mismo tiempo, un cuestionamiento de ‘lo social’ que fundamenta la política.

En el *capítulo 4* de este estudio (*La política y lo político: una breve aclaración conceptual para la historiografía*), se emplea la diferenciación conceptual entre ‘la política’ y ‘lo político’, esto como respuesta a una serie de críticas a la historiografía salazariana por no utilizar la *dimensión política* dentro de sus análisis históricos. En ese sentido, cabe señalar la noción de ‘política’ en Salazar, así como también, sus críticos. Esta diferenciación, contrae nuevas perspectivas para el desarrollo historiográfico.

\*

El cuadro hipotético que busca establecer un diálogo entre la primera parte y la segunda en este estudio, tiene como objetivo general; restablecer el campo teórico y filosófico de la historia y la historiografía, mediante la aplicación de un cuerpo teórico-metodológico innovador en la historiografía nacional. La serialización de los objetivos específicos se establece –anteriormente- ya en el desarrollo del estudio: la aplicación de la *metahistoria* como metodología de la ‘escritura de la historia’; la experiencia histórica como el aspecto pre-epistemológico del ‘texto-a-producir’ histórico; la ‘comunidad’ como desarrollo de la experiencia y la escritura histórica en la historiografía salazariana; y por último, la implementación de la *diferenciación* de ‘la política’ como una posibilidad de proseguir en una historiografía política, pero bajo esa reflexión que aquella diferenciación deja.

De este modo, comenzaremos el desarrollo de este estudio: siempre activo y siempre humilde, aunque a veces se torne un tanto sarcástico e irónico, pero con el constante anhelo de contribuir en la reflexión histórica.

San Bernardo, 15 de Agosto de 2010.

**Primera parte.**  
**“Narración y experiencia”.**

## **Capítulo 1.**

Posicionamiento del enfoque de estudio.

El “valor de la narrativa”.

“El sacerdote comenzó por explicar  
Un compendio de la Historia Sagrada  
Felicity se *figuraba* ver el paraíso, el diluvio;  
La torre de Babel, las ciudades incendiadas, los pueblos moribundos  
Los derribados ídolos, y conservó, en medio de aquel deslumbramiento  
El respeto por el Ser supremo y el temor a su enojo.  
Después lloró escuchando la historia de la pasión y la muerte”

**Gustav Flaubert**, *Un corazón sencillo*.

“...y que las posturas de éste [refiriéndose a H. White]  
Se transforman ahora en un cuerpo sin corazón”

**Paul Ricoeur**, *Tiempo y Narración*.

### **Enfoque.**

Este capítulo inicial está dedicado, especialmente, a tratar de considerar un enfoque teórico pertinente con lo expuesto en el cuadro hipotético introductorio. Por tanto, es necesario retomar algunas tesis clave para abordar este estudio. Una de ellas es la entregada por el historiador norteamericano Hayden White acerca de la “valorización de la narrativa” en la disciplina historiográfica – y particularmente, en este caso de estudio, aplicándola en la obra historiográfica salazariana. En lo cual, este estudio cae de lleno como parte de las críticas contemporáneas en torno a la práctica historiográfica de la escritura de la historia; todas éstas referidas al campo de la narrativa de la historia, donde se encuentran los mecanismo metodológicos y epistemológicos articulados en la forma escritural historiográfica. Y a la vez, se encuentran los mecanismos políticos e ideológicos que articulan el ‘discurso historiográfico’; ya sea, confeccionado por la misma disciplina -en ocasiones-, así como también, en el caso particular del historiador nacional.

En este estudio, no existe interés tratar el “testimonio del historiador” acerca de *su* obra; más bien, la tarea consiste en realzar la importancia de su narrativa histórica como “huella auto-biográfica”<sup>6</sup>, a la manera derridiana; es también, tratar de “recoger” de la

---

<sup>6</sup> No obstante, debo la conceptualización de “huella autobiográfica” al profesor Miguel Valderrama, de su texto *Posthistoria. Historiografía y comunidad*. En dicho texto se refiere a la característica escritural como “auto- hetero -gráfica” para un reconocimiento de su propia experiencia escritural (y lectora) del texto *Escépticos del Sentido* de Eduardo Devés –así como también, refiriéndose a la infinita multiplicidad de

aplicación de sus conceptos (o categorías de análisis -debido al alto grado de análisis sociológico del historiador-, que al fin y al cabo, se solventan en la inscripciones de conceptos teóricos pertinentes) un vestigio de “experiencia” con un predicado histórico.

Todas estas pretensiones se pueden alcanzar valorando la *narrativa histórica* de la producción historiográfica, dando importancia al *momento previo* (es decir, a la instancia propedéutica de cualquier instalación discursiva respectiva del ‘discurso histórico’) en que se articulan, ya sea la información recolectada o la terminología descriptiva a utilizar, o todas juntas, etc., en el *momento estructural* (*texto, o ‘texto-a-producir’*) donde se exponen las elaboraciones antes mencionadas. Esto entrega también la oportunidad de explorar los movimientos narrativos (o tropológicos, que tanta relevancia da H. White a la obra historiográfica) en la obra historiográfica salazariana. La importancia que White establece sobre la narrativa historiográfica versa, casi inevitablemente, sobre una *diferencia*. (Antes que todo, es preferible establecer que la llamada a “la relevancia de la narrativa historiográfica”, al análisis estructurado del lenguaje que se utiliza en la obra historiográfica, no constituye aquí ni un dogma, ni un parámetro, ni una “estructura”, para acceder a dichas pretensiones). En el ensayo publicado en 1980 bajo el título de *The Value of Narrative in the Representation of Reality*\* White expone lo que consideró una suerte de “fijación” entre literatura e historiografía. Ambas actividades se supeditan ante la formulación de la narrativa.

En relación con la denominada ‘fijación’ -establecida por White-, la Literatura, generalmente está relacionada con la ficción y la creación imaginaria del autor, mientras que la disciplina historiográfica, si bien utiliza la creación y la imaginación –como parte constitutiva de la producción de lo que podríamos llamar “humano”-, “hace referencia” a la realidad en tanto tal. El carácter ‘ficticio’ en la disciplina histórica queda totalmente opacado –lo que implica que dicha “fijación” apuntaba a criticar los fundamentos que

---

significados inscritos en el texto. En esa medida, se reconoce un “grado cero” de significación de los múltiples efectos posthistóricos, provocados por la ‘época de la desaparición’ (que se puede relacionar, íntimamente, con la época de Dictadura en Chile). Lo que da paso a decir, que en cada “escritura” se encuentra una huella de experiencia más que una significación completa del texto y su referencia; y que, a la vez, denota un desarrollo de la escritura en forma de *deuda* con otro, en base al testimonio y la experiencia. “Hay se dice, una huella autobiográfica en todo trazo de escritura. Hay, también, se dice, una experiencia de escritura que es cada vez una experiencia de lectura. Entre estos dos ‘hay’ se configura aquello que comúnmente llamamos herencia”. Valderrama, Miguel: “Posthistoria. Historiografía y Comunidad”. Edit. Palinodia, Santiago, 2005. Pág. 9, pp. 13.

\* White, Hayden: “El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica.” Cap.1 *El valor de la narrativa*. [The value of Narrative in the Representation of Reality]. Edit Basica-Paidós, 1992.

utiliza el historiador para legitimar su producción textual, como también sus aseveraciones de “verdad histórica”.

Las aseveraciones de “verdad histórica”, son su vector hacia el pasado; hacia las fuentes, los registros, las huellas. El desplazamiento como tal, sin embargo, plantea la ineludible tensión que existe en las Ciencias sociales acerca de la sobreestimación del dualismo subjetividad-objetividad, y también –se puede agregar de forma relacional e interdisciplinaria- como parte de las discusiones epistemológicas en torno el “giro lingüístico”<sup>7</sup> en la disciplina historiográfica. En esa medida, la intención no es *regresar* al cuadro filosófico-analítico riguroso para el tratamiento del ‘texto histórico’ -es más, las ideas y estudios dedicados a la epistemología y la filosofía de la historia posee grandes estudios específicos, pensando en importantes obras analíticas de la historia narrativa como las de Arthur C. Danto (*Historia y Narración [1989]*), y Louis O. Mink (*Forma narrativa como instrumento cognitivo. En la escritura de la Historia: la forma literaria y la comprensión histórica [1978]*); obras que se encargaron de esa situación en general, donde se tiende a comprometer a la disciplina histórica dentro del desarrollo de su práctica.

De todas formas, no se contrae alguna motivación de *progresar* en la disciplina historiográfica hacia una nueva ilusión y consecuente reproducción de las normas metodológicas para el tratamiento historiográfico, éste no es el caso; este estudio pretende aportar, no en la lógica moderna de acumulación de datos e información para *explicar* el pasado, sino, en la búsqueda de *comprender* el pasado “popular” lo más cercano posible desde la obra salazariana. Por eso -a rasgo necesario-, acudimos a la diferencia con carácter fundamental que aplicaba Hayden White, pero que se transforma en una idea provisoria en la medida en que accedemos a la inscripción salazariana.

---

<sup>7</sup> Noiriél, Gérard: “Sobre la crisis de la historia”, ver capítulo 4, *La crisis de los paradigmas: el <<linguistic turn>>*; *La rectificación de los nombres*. Edit. Fronesis, 1997. En aquel capítulo, lo que incumbe, es lo relacionado con el “linguistic turn”, y cómo los distintos intereses intelectuales (principalmente anglo-europeos y norteamericanos) proponen cuestionar la historia social, tanto, epistemológicamente como metodológicamente. Aquí el autor, propone el coloquio celebrado en 1980 en Cornell sobre la “historia intelectual europea” como aquella instancia fundacional en que se instala la problemática del “giro lingüístico” en la disciplina histórica. Desde allí, surge un <<nuevo>> interés por analizar las comunidades científicas historiográficas (por ejemplo, los *Annales*) que dieron pie a grandes perspectivas de la historia de las mentalidades en la materia histórica y el desarrollo social de aquellas. Asistieron figuras renombradas en este sector crítico, tales como; Roger Chartier, Dominick LaCapra, H. Kellner, Hayden White, entre otros. Sin embargo, fue este último con su artículo *Method and Ideology in Intellectual History: the Case of Henri Adams*, quien plantea de forma contundente la problemática del corpus ideológico-político recurrente en la historiografía americana, ya sea, en las comunidades científicas (y/o científicas sociales) y sus miembros.

La diferenciación fundamental se singulariza por las siguientes apreciaciones: la primera apreciación es la que se prioriza relacionando “discurso y narración” –apreciación que White hereda de los viejos estructuralistas y formalistas del lenguaje. En dicha apreciación, la idea radica en la des-apreciación del “yo” narrador (se puede entender también como un *escribir y ocultarse*), o sea, del autor <<plenamente>> hasta la opacidad del mismo; lo que se transforma en un “discurso narrativizante” sin un autor presente. Tal como se ve en la de E. Benveniste:

“En el discurso narrativizante, pues, podemos decir, con Benveniste, que <<en realidad no hay ya un narrador>>. Los acontecimientos se registran cronológicamente a medida que aparecen en el horizonte del relato. No habla nadie. Los acontecimientos parecen hablar por sí mismos”<sup>8</sup>

Estableciendo la modalidad discursiva del relato o la narración histórica, podemos estar de acuerdo –por el momento- con su relación hacia la disciplina historiográfica:

“La historiografía constituye una base especialmente idónea sobre la cual *considerar* la naturaleza de la narración y la narratividad porque en ella nuestro anhelo de lo imaginario y lo posible debe hacer frente a las exigencias de lo real. Si *consideramos* la narración y la narratividad como instrumentos con los que se median, arbitran o resuelven en un discurso las pretensiones en conflicto de lo imaginario y lo real, empezamos a comprender tanto el atractivo de la narrativa como las razones para rechazarla”<sup>9</sup>

Si forzamos la narrativa hacia el cuadro identitario (ya sea, de lo imaginario y su representación de la realidad) todo queda en alguna percepción entre el “yo y el no-yo”. Este plano inconcluso demuestra la ambivalencia identitaria en la búsqueda de un “yo” de la obra –en esa medida, se bifurca con la presencia del autor en su obra, que en ciertas ocasiones no se traduce en claves de accesos, tales como: el testimonio del mismo autor. La narrativa, muestra un espacio no-físico del “yo” en forma de ‘huella’, que genera flexibilidad y coherencia de los argumentos, dándose a dejar entrever el corpus ideológico y/o político desde cual emana el discurso respectivo. Es la ‘huella autobiográfica’, y como tal, denota una experiencia personal. Si así se pretende enfrentar la obra salazariana, surge uno de los primeros cuestionamientos formales: en la obra de Salazar ¿Cómo surge el sujeto popular, sin entenderlo bajo el exclusivo escrutinio de un mero capricho personal del autor, y sin entenderlo tampoco bajo la pura afirmación de

---

<sup>8</sup> Citado en White, Hayden: *El contenido de la forma...* Pág. 18.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, Pág. 20. Las cursivas son mías.

que las figuras y los acontecimientos *hablan por sí mismas(os)*? Antes de adoptar plenamente la postura de H. White acerca de la representación histórica y a la vez, de responder a las siguientes preguntas, sigamos profundizando en la estrategia que desarrolla.

Tomemos las apreciaciones realizadas por el historiador británico Keith Jenkins a los argumentos principales entregados por White. K. Jenkins, en su “apológico” libro *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*, dedica una sección exclusiva (sin ningún carácter de devoción) a los argumentos básicos entregados por White, y cómo éstos se despliegan para abordar los textos historiográficos del siglo XIX en Europa y EE.UU. –sobre todo, refiriéndose al texto de White *Metahistoria*. En el texto de Jenkins, encontramos análisis que destacan la diferencia entre “fase de investigación” y “fase de escritura” que poseen los historiadores en cuanto a las estrategias de cada uno para recrear el pasado deseado, y que en el proceso de inter-fases de la práctica historiográfica “ocurre algo raro”:

“Encuentro –citando Jenkins a White- que si no empezamos por este tipo de información [la fase de investigación], sino por examinar el propio texto [acabado], podemos ver que muchas veces...[los historiadores] han dicho cosas...que no se pueden justificar sobre la base de sus informes de investigación. La composición del texto del historiador, tan sólo sobre la base de las consideraciones propias de la composición, transforma los materiales extraídos de los archivos”<sup>10</sup>

Tales apreciaciones apuntan a indagar no sólo en las fuentes y registros de la fase de investigación, sino más bien, apreciar cómo aquella información se “traduce” en una presupuesta *lógica* historiográfica, que reúne y otorga sentido a dicha información. Tal *lógica* no es tan exclusiva y determinante como se presupone; la fase de escritura propone la articulación de dicha información, en la cual se extienden las apreciaciones estéticas y tropológicas. Ahora bien, en la forma discursiva predomina la “retórica” como planteamiento netamente político de la historiografía –lo cual, hace cobrar sentido al cruce “fundacional” entre historiografía y política. La retórica vendría a ser el artefacto discursivo de convencimiento utilizado entre historiadores, así como también, en la política. “Una teoría de cómo se produce el significado y no de cómo se descubre el significado”, es la intención de White apreciada por Jenkins, y que a la vez invita a

---

<sup>10</sup> Jenkins, Keith: *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*. (1999). Pág. 201-202. Edit. Fondo de cultura económica, México. 2006

valorar los factores morales y políticos que se desprenden en la escritura histórica, empleada por cada intérprete del pasado.

En esa medida, “la lógica silogística” -que sería tan solo oración tras oración, un habla de sólo oraciones-, si se asimila a la ‘narrativa’, no hablaría sólo de oraciones; no sería “un conjunto extendido de oraciones” (como la retórica), sino que evocaría a una instancia metalingüística: extra-recursos que se utilizan para dar significado a la mera concatenación de oraciones –por ejemplo, en los análisis de lectura que White realiza en los discursos filosóficos de Platón y Aristóteles sobre la retórica, se encontraría con “pura” política. En otro caso, en los análisis que realiza, por ejemplo, en Hegel encontraría contradicciones de “vida”, y ante todo, de “escritura de vida” moderna:

“Yo creía que la dialéctica de Hegel...era un intento de formalizar el pensamiento práctico. Cuando las personas se relacionan entre ellas, ya sea en la política o en el amor, no se relacionan silogísticamente. No es un silogismo...Es un *entimema*. Y la mayoría de las composiciones –la mayor parte del habla cotidiana- es entimémica”<sup>11</sup>

Ante esta apreciación, es que podemos establecer alguna actividad “entimémica” en la labor del historiador, es decir, un antecedente de la “experiencia” de quién escribe. En cuanto a la estructura narrativa, esta no se encuentra supeditada a las reglas de la lógica, sino que, depende únicamente del movimiento en los espacios improvisados que generan los tropos. Podemos entender a la tropología como el estudio del movimiento de los tropos\*, en los espacios narrativos, que ligarían semánticamente las oraciones abasteciéndole de significados dentro de las estructuras narrativas. Para este caso definitorio, veamos un ejemplo aplicable en una afirmación de Gabriel Salazar:

“Y si la fuente es testimonio,  
El testimonio ‘huella’ y la huella ‘hecho histórico’,  
El juicio historiográfico refleja no otra cosa que el ‘hecho histórico’”<sup>12</sup>

Según los textos clásicos de aprendizaje en lengua castellana, los tropo serían “figuras de significación”, y que en este caso, la sentencia correspondería al tropos de una

---

<sup>11</sup> *Ibid.* Pág. 205. La cursiva es mía. Además, la cita es de White en el texto de Jenkins.

\* Los tropos más reconocidos son la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, y la ironía.

<sup>12</sup> Salazar, Gabriel: “El historiador y la historiología filosófica”. Pág. 4. Memoria de prueba, Instituto pedagógico, Universidad de Chile. 1963.

“metonimia”<sup>13</sup>; metonimia del “hecho histórico” que indicaría la sentencia de Salazar, una entrega en un entimema mediante una metonimia del “hecho histórico”; es decir, bajo la aguda percepción de Miguel Valderrama, dicha entrega sería “el secreto más íntimo de su escritura, el impulso mítico de su producción”.

La sentencia declarada por Salazar, vendría a reforzar la actividad historiográfica que tanto defiende, para el ‘sujeto popular’, bajo la adaptación de dicha metonimia entre la “huella” y el “hecho histórico”; propósito ulterior de su obra historiográfica –y que no es menor, teniendo en cuenta que dicha sentencia pertenece a un fragmento de su Memoria de pre-grado en Historia en la Universidad de Chile en 1963. Se establece el “hecho histórico” como forma causal de interpretación de la ‘huella’; es también esta actitud reflexiva frente a la labor del historiador, y la eventual apreciación acerca de la sobreteorización del análisis del ‘pueblo’ en la obra de los historiadores marxistas clásicos, en la que resuelve que la “huella del pueblo” (que es “testimonio popular”) se *conecta* con el ‘hecho histórico’ mediante el juicio del “historiador popular”. En lo cual, dicha conexión, es una *interpretación* del hecho histórico, y por tanto, un desplazamiento hacia dimensiones estéticas y míticas del historiador que componen la articulación previa de su criterio historiográfico.

La realidad tiende a significar profundidad, y en esa medida, lo que preocupa a Salazar acerca del ‘hecho histórico’ es su representación en términos de ‘realidad histórica’. Y como tal, la ‘realidad histórica popular’, la realidad concreta del ‘pueblo’ chileno; ha sido sometida, desde siempre, a la ficcionalidad del “Drama interno nacional”. Y como vemos, las perspectivas abstractas que tanto preocupan a Salazar, tales como ‘clase obrera’ o ‘sector proletario industrial’, no indicarían la propia *res gestae* significativa de su propia historicidad instruida en la ‘ciencia del pueblo’; en esa “filosofía de la praxis” que tanto reclamaba Gramsci frente a los intelectuales por parte del pueblo.

Los análisis de la retórica clásica –que conllevaron a analizar la retórica moderna- por parte de White, transportan “la cuestión de la narrativa” en la historiografía actual nacional a su grado cero de significación, a la contradicción profunda que incita los múltiples efectos. A continuación, veremos como este enfoque se desmarca de las eventuales interpretaciones del *fin de la historia*; tendencia característica ‘trágica’, que

---

<sup>13</sup> Según el texto pedagógico “Técnica literaria, Historia de la literatura española y Crestomatía” de Alejo Roa Bleck (1956, tercera edición), la metonimia: consiste en designar una cosa con el nombre de otra con la cual guarda una relación de **sucesión** inmediata o **causa**.

estaría relacionada con una supuesta neutralidad en la vasta capacidad ‘democrática’ hermenéutica global de los actuales Estados-nación, con un supuesto espacio de integridad de las diferencias en el ámbito tanto estético como político, llamando a la ausencia de litigio, y que para esta caracterización, sería la vinculación con cierta lógica determinante de la Historia. Por eso, conviene establecer una visión crítica respectiva de los *tiempos* actuales, y no pecar de ingenuo, tal como lo revela Jenkins en su apología al posmodernismo: “Es una ironía que los historiadores –que afirman saber mucho acerca de las condiciones en que se producen los cambios y que con frecuencia sostienen que una de las principales razones por las que estudian el pasado es que nos ayudan a comprender <<lo que está ocurriendo en el mundo hoy>>- se encuentren entre los últimos en percibir esos cambios contemporáneos que de hecho están anunciando el final de su propio discurso”<sup>14</sup>. Y que no obstante, tal enfoque, también aspira a relativizar la disciplina histórica como problema de estrechez política, o sea, como una suerte de exclusividad de un retorno para la *historiografía política*.

Comenzando este capítulo, se propuso adoptar las apreciaciones de Hayden White con respecto a la ‘narrativa histórica’ y sus implicancias en la disciplina historiográfica, en esto mismo, fue que se decidió no establecer una relación dogmática con las propuestas radicales de White, no obstante, se establecerá un claro acuerdo con la siguiente declaración de White: “Se debe intentar alcanzar aquello que *está más allá* de los presupuestos que sostienen un tipo dado de investigación y formular las preguntas que pueden realizar en su práctica, con objeto de determinar por qué este tipo de indagación ha sido diseñado para resolver los problemas que propiamente trata de resolver. Esto es lo que la metahistoria trata de hacer.”<sup>15</sup> Es muy precipitado establecer a la ‘metahistoria’ como una cierta metodología para el análisis historiográfico, pero, si se puede hacer referencia como un *comodato* para optar por tal proposición (con signos de invitación) a una historia de la historiografía preocupada por el acabamiento del texto histórico. Es entonces que este estudio se adhiere a tal proposición.

En lo concerniente a los datos e hipótesis que entrega Salazar –y su ulterior desarrollo escritural-, la manera de abordar la historiografía salazariana, convoca una experimentación de este tipo de *comodato*: muchas son las hipótesis y apreciaciones que entrega Salazar, y que iremos viendo a lo largo del estudio. Esto, con el claro énfasis de

---

<sup>14</sup> Jenkins, Keith: “¿Por qué la historia...”. Pág. 60.

<sup>15</sup> White, Hayden: “El texto histórico como artefacto literario y otros escritos”. Pág. 108. Edit. Paidós. 1999, Barcelona. La cursiva es mía.

recorrer la obra salazariana hasta encontrar una impronta sugerente de conexión entre escritura y experiencia. De ahí surgieron los cuestionamientos iniciales de este estudio, que apuntaban al ‘status existencial’ del sujeto popular, en tanto que existe aun una posibilidad de teorizar acerca de la presencia del mismo dentro de la disciplina historiográfica. Ya que tal posibilidad fue “desechada” rápidamente por Salazar en la introducción de *Labradores, peones y proletarios*, quedando la historicidad del sujeto popular supeditada a la envergadura histórico-metodológica de La Nueva Historia Social chilena; que implicaba el despliegue apresurado de re-encontrar las coordenadas de significación del ‘bajo pueblo’ más allá de los recovecos del ‘materialismo histórico’:

“...si se adopta mecánicamente el materialismo histórico, puede ocurrir –como ha ocurrido- que, por dar curso forzoso a determinados procedimientos metodológicos, se conduzca la investigación por un camino lateral al planteado originalmente. Tal ocurre cuando, pongamos por caso, al intentar reducir la multiplicidad real-concreta a un número manejable de categorías simples y abstractas...”<sup>16</sup>

Por tanto, existía una ‘invitación a hacer Ciencia’ despojada de categorías abstractas y sujeta a situaciones “reales-concretas”. Las críticas teóricas que evalúan el estudio histórico de Salazar, evocan innegablemente instancias y cotidianidades diferidas de las prácticas historiográficas de *su* época, en donde “los asuntos políticos, militares y diplomáticos llenaban, por entonces, la conciencia teórica de los chilenos”<sup>17</sup>; es decir, en este sentido, la contra-historia salazariana, está en vista de establecer un parámetro inaccesible para aquellas ‘teorizaciones’ de sus amigos marxistas estructuralistas, dando espacio exclusivo de su propiedad la capacidad de *representar* al ‘sujeto popular’, resignificando las categorías marxistas básicas –no está demás recalcar, la evidente similitud de exportación de las apreciaciones teóricas de E. P. Thompson con respecto a la *clase obrera inglesa*, y su adaptación realizadas por Salazar para el ‘bajo pueblo’ chileno<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX”. Pág. 8. Edit. Ediciones Sur. Colección Estudios históricos, 1985.

<sup>17</sup> *Ibíd.* Pág. 9.

<sup>18</sup> Si bien las apreciaciones teóricas no son exactas entre E. P. Thompson y Salazar, son similares en la concepción de términos y conceptos claves para la interpretación histórica de ambos. Por ejemplo, la perspectiva del concepto de “clases trabajadoras” en Salazar es similar en su concepción a la entregada por E. P. Thompson: este último lo apreciaba de la siguiente manera en su prefacio a *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*: “Existe, por supuesto, una diferencia. <<Clases trabajadoras>> es un término descriptivo, que alude tanto como define. Pone en el mismo saco de manera imprecisa un conjunto de fenómenos distintos. Aquí había sastres y allí tejedores, juntos componían las clases trabajadoras [...] Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia de la experiencia como a la conciencia. [...] No veo la

En tanto lo primero que se establece como una pregunta hipotética y formal es ¿cómo se representa al ‘sujeto popular’ en la escritura histórica de la obra salazariana?, aquí es necesario el aparatage teórico-metodológico de Hayden White como valorización de la “narrativa histórica”; conllevando al mismo tiempo, por preocuparse por *quién* construye el texto historiográfico. Esto no se aleja para nada de la propuesta realizada por el mismo Salazar, al decir que “Ni afinando el bisturí semántico hasta la tautología infinitesimal. Ni siquiera haciendo girar políticamente la aguja ideológica personal sobre las acepciones múltiples del diccionario”<sup>19</sup>, este estudio se enmarca en la tarea estruendosa de la labor del historiador para representar el pasado desde el ‘bajo pueblo’ –Salazar sin embargo, es tajante al criticar la *forma* en que ha sido *interpretado* aquel cuerpo social desde siempre ‘apartado’, desde siempre ‘descontado’; lo que indica al mismo tiempo, las desatenciones del mismo en torno a lo que se ha *escrito* sobre el ‘sujeto popular’: *cómo* ha sido *representado*. Sin duda, que la postura salazariana se adapta al formato historiográfico que busca familiarizar acontecimientos y procesos ‘populares’ que han sido olvidados por desatención o represión en la ‘academia histórica’ –atención que se recalca al mencionar constantemente el “olvido” de los historiadores por la categoría de ‘pueblo’. En esa medida, es evidente que Salazar en su experiencia escritural, compone los argumentos ‘historiográficos’ suficientes para llegar a fundamentar que hay que pasar de una especie de ‘sobrecarga teórica-filosófica’ hacia los asuntos históricos-sociales ‘reales-concretos’ del ‘pueblo’ en la disciplina historiográfica (discurso salazariano, que funciona como una interpelación a los intelectuales nacionales).

Es coherente, por lo tanto, que en el pensamiento historiográfico salazariano exista una negación del ámbito ‘reflexivo y teórico’ hacia el ‘sujeto popular’ y muy especialmente

---

clase como una <<estructura>>, ni siquiera como una <<categoría>>, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede mostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas”, Thompson, E. P.: *Obra esencial*, Crítica, Barcelona 2002. Mientras tanto, en Salazar, en la *Introducción* a su obra *Labradores, peones y proletarios* planteaba perspectivas similares con respecto a ‘clase’: “Tal ocurre cuando, pongamos por caso, al intentar reducir la multiplicidad real-concreta a un número manejable de categorías simples y abstractas, se desechan conceptos concretos o inclusivos (como ‘clases populares’ o ‘pueblo’) para trabajar sólo los que son esenciales o unívocos (como ‘proletario industrial’ o ‘clase para sí’) O cuando, por dar plena vigencia al imperativo gemelo de totalización analítica, se diluye la historia existencial de las masas populares en la historia esencial del capitalismo nacional o internacional.”, en Salazar, Gabriel: *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*. Edic, LOM, mayo 2000. Págs. 8-9. De esta manera –y no sólo tomando, particularmente, al concepto de ‘clase’ como ejemplo esencial-, es que se puede decir que existe una similitud teórica entre la concepción de la historia de Salazar y E. P. Thompson.

<sup>19</sup> *Ibíd.* Pág. 11.

hacia ‘lo histórico’ –y que ha diferenciado como historiografía e historiología<sup>20</sup>. Para de esa manera pasar a una esfera de conceptualización del ‘pueblo’, que va acompañado siempre de un punto de vista de análisis sociológico-histórico (y científico, o más bien, de la *Ciencia popular*<sup>21</sup>) del ‘pueblo’; lo que entregaría una forma de abordar el pasado histórico del ‘bajo pueblo’ con una mayor capacidad de significación sobre el ‘presente’, en relación a lo que la ‘perspectiva popular’ se refiere, y de lo que una perspectiva ‘filosófica de la historia’ (historiológica) podría efectuar sobre dicha perspectiva. Frente a esta fortaleza analítica, ¿cómo se accede desde la posición lectora, a la ‘perspectiva popular’ o ‘perspectiva del bajo pueblo’?, o más detenidamente ¿cómo se comprende la perspectiva del ‘bajo pueblo’ desde el texto salazariano?; “En este punto el lector no sólo *ha seguido* exitosamente el relato, sino que ha captado su esencia, lo *ha comprendido* [...] trama en la cual son codificados –los detalles elementales- como un relato de un tipo particular”<sup>22</sup>. Por tanto, la comprensión no se basa –puntualmente- en *comprender* la modificación de las categorías de análisis para interpretar al ‘pueblo’ y su significativa

<sup>20</sup> En el año de 1963, Salazar escribe una de los textos más considerables sobre ‘filosofía de la historia’ en la historiografía nacional; *El historiador y la historiología filosófica*. En dicho texto, pretende dar una cierta ‘autonomía’ al quehacer historiográfico, como ‘ciencia de lo histórico’; ‘conocimiento científico de la historia’. Esto, diferenciado tajantemente, de la ‘filosofía de la historia’ que se *refiere* a ‘lo histórico’, saber de ‘lo histórico’, pero que no es ciencia; “porque, allí está la filosofía de la historia, que no es historiografía precisamente, que no es ciencia, sino historiología pura. Allí está el abigarrado conjunto de sus juicios y teorías, ignorando total o parcialmente, de grado o por fuerza, lo que con riguroso método, hace la historiografía. En suma, si, de hecho, la filosofía de la historia no se sustenta en la historiografía, se sigue naturalmente que *no tienen fundamento ni razón de ser*”. Bajo esta última afirmación gira el argumento del texto de Salazar. (La conceptualización de ‘historiología’, Salazar la rescata –y reformula- de la noción de historiología que Ortega y Gasset acuñó: “Con esta versión de la filosofía de la historia de Hegel, comienzo a publicar una Biblioteca de Historiología. Esta palabra –historiología- se usa aquí, según creo, por vez primera [...] Ahora bien, esta realidad histórica se halla en cada momento constituida por un número ingredientes variables y un núcleo de ingredientes invariables, -relativa, o absolutamente constantes. Estas constantes del hecho o realidad históricos son su estructura radical, categórica, a priori...es ella quien encarga al filósofo y al archivero que busque tales o cuales determinados datos que son necesarios para la reconstrucción histórica de tal o cual época concreta. La determinación de ese núcleo categórico, de lo esencial histórico, es el tema primario de la historiología” [Ortega y Gasset, en Salazar, Gabriel]). En tanto, la primera pregunta que aparece frente a la propuesta ‘historiográfica’ es ¿cómo separar nítidamente –en este texto- la historiografía de la ‘filosofía de la historia’, si el recurso inicial pertenece a un ámbito ‘historiológico filosófico’? Salazar, lo aclara de la siguiente manera: “De este punto inicial, la labor analítica puede conducir a establecer una ‘defensa’ de la filosofía de la historia, o bien, puede no llevar necesariamente a ello. Se trata pues, de un problema para el análisis y no de desarrollo o desenvolvimiento de una teoría. Lo analítico excluye en cierta manera lo elucubrational. De esta manera, corresponde una meditación para el ‘pensamiento puro’. El método pertinente es pues, filosófico, de razonamiento puro, pese al sentido profundo del argumento historiográfico.” El ‘engañoso’ argumento del ‘pensamiento puro’, tiene que ver con lo que Descartes ha denominado ‘genio maligno’; “el pensar puro es un proceder historiográfico corrompido, un método que no es tal método sino un ir y venir caprichoso e insincero del pensamiento. No existe el pensar ‘puro’, sino puro pensar ‘impuro’ y el pensar verdadero es aquel que se apoya en datos verdaderos y menciona la procedencia de esos datos”. Ver Salazar, Gabriel: *El historiador y la historiología filosófica*. Memoria de grado, instituto pedagógico Universidad de Chile, 1963. Introducción, pág. 1-5.

<sup>21</sup> Es decir, como una ‘empresa’ dedicada a la producción de ‘saber y conocimiento’ realizada en la perspectiva y experiencia del ‘bajo pueblo’.

<sup>22</sup> White, Hayden: *El texto histórico...* Pág. 117.

historicidad; más bien, se trata de cómo se pasa de un carácter historiográfico-ficcional a un carácter histórico real “propiamente tal” desde la perspectiva del ‘bajo pueblo’. Para esto es necesario recurrir a una segunda instancia del “valor de la narrativa”, y que es predilecta frente a las intenciones de *comprender* la perspectiva del ‘bajo pueblo’: esta es, la conformación del “efecto de realidad” (*effet de réel*)<sup>23</sup> en la trama salazariana –es decir, de la dinámica tropológica en dicha obra.

El transporte figurativo que se inmiscuye en la trama salazariana viaja desde un *mythos* del ‘pueblo’ hasta la materialización de invertir la *res gestae* significativa del ‘pueblo’ en su propia historicidad. Tal ejercicio -obvio está- se debió abastecer de un movimiento tropológico considerable. En esa instancia, el ‘efecto de realidad’ es un mecanismo ejemplar de movimiento tropológico, que fue inaugurado por el lingüista y filósofo francés Roland Barthes, para la crítica literaria especialmente -pero que mediante los análisis de los historiadores Hayden White y Frank Ankersmit en la historiografía occidental, ha repercutido de manera contundente al momento de analizar el movimiento tropológico que adjudica White al texto historiográfico.

Tanto para White como para Ankersmit, el ‘efecto de realidad’ sería el recurso predilecto del historiador al momento de articular la información de la fase investigativa en clave tropológica poética: “La idea central [...] es que la realidad del pasado – histórico- debe vincularse al llamado efecto de realidad, un *effet de réel* que se crea a merced de detalles sin importancia que se mencionan en el texto histórico”<sup>24</sup>. En tanto, mediante una lectura deconstructiva se logra producir una tensión entre lo que Barthes ha denominado *notación y predicción*; entendiéndolo por ‘notación’: esos ciertos detalles en el relato, que contrastados con un hilo conductor denominado de ‘predicción’, se establece una lectura lineal y progresiva, dando cierta jerarquía a la ‘predicción’, “quizá porqué en este nivel podemos predecir en cierta medida el desarrollo de la historia”<sup>25</sup>.

---

<sup>23</sup> El ‘efecto de realidad’ (*effet de réel*) es una conceptualización que fue entregada por Roland Barthes para los análisis de teoría literaria. Y consiste, básicamente, analizar el ‘texto’, tomando en cuenta, que es un vehículo que transporta “una moralidad, una ideología, o una realidad insospechada tanto para el lector como para el escritor, de lo cual, Barthes a denominado *mitología*. En tanto, la retórica del ‘texto’ trata de presentar, principalmente, esa *mitología* como una realidad cuasinatural más que su reflejo ideológico”. Ver Ankersmit, Franklin: *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. Pág. 272

<sup>24</sup> *Ídem*.

<sup>25</sup> *Ibíd.* Pág. 273.

Es relevante la importancia que se atribuye a la ‘notación’, ya que, “asociamos la realidad del pasado, dice, con la notación más que con la predicción”<sup>26</sup>; tal vez, debido a, que la predicción como ‘hilo conductor’ de la historia se vuelve *significado*, en tanto, que se *construye* y éste no logra dar la ‘realidad-concreta’ al pasado histórico. Pero como señalábamos, la ‘notación’ entra en contacto inherentemente con la ‘predicción’ y el *significado*, y desde ahí –y sólo desde *ahí*- en la superficialidad del texto, se encuentra la notación: es decir, la ‘atracción hacia el pasado’; o en palabras más rigurosas, no hay una “relación extratextual entre una descripción en el texto y una situación del pasado”<sup>27</sup>, que tenga una prontitud instantánea –o por lo menos, eso es lo que se cuestiona, sino que existe la figuración de la ‘notación’. Con cierto sentido, se asume la importancia del ‘efecto de realidad’ en el relato histórico, de lo cual, me gustaría dar un simple ejemplo en la escritura histórica de Salazar, a través de un párrafo de un artículo publicado en Inglaterra en la revista Nueva Historia:

“Hasta cierto punto, el peonaje o vagabundaje fue una etapa más o menos normal del trabajador popular del siglo XIX, que en cierto modo correspondió a su juventud. La fase en que se lanzaba a <<correr la tierra>> en busca de mejor fortuna (o <<para mal entretenerse>>, como señalaban las autoridades). Pero esa carrera llegaba a término en algún momento y en algún lugar. Con seguridad, un porcentaje no pequeño de ellos halló la muerte en ese recorrido, en riñas, a manos de policías o milicianos, en accidentes del trabajo, en la guerra (el subproletariado estuvo constantemente sujeto a las <<levas forzosas>> para nutrir el ejército o alguna fracción revolucionaria de la élite) o en accidentes naturales”<sup>28</sup>

A través de este artículo de la revista Nueva Historia del año 1982 titulado *El movimiento teórico sobre dependencia y desarrollo en Chile 1950-1975*, Salazar expone una pequeña descripción del ‘espíritu inocente, oprimido y victimizado’ del peón o vagabundo. En esta ocasión el hilo conductor (lo predictivo), el relato, cobra su significación al alcanzar la ‘esforzada’ y ‘trabada’ vida del peón del siglo XIX. No obstante, tales *cualidades* no serían lo bastante significativas -o no se concederían como tal- si no se tensionan con los detalles (la notación) en el mismo relato: la incertidumbre

---

<sup>26</sup> *Ibíd.* Pág. 274. La ‘notación’ indica lo que se demuestra como ‘lo que pasó’. Mientras que en la ‘predicción’, se atribuye la *significación*. “Lo predictivo es para nosotros un *significado* que el historiador concibe o crea; por el contrario, en la notación, efrasis o hipotiposis, el pasado se revela como fue en realidad.

<sup>27</sup> *Ibíd.* Pág. 275.

<sup>28</sup> Salazar, Gabriel: “El movimiento teórico de dependencia y desarrollo en Chile 1950-1975”. *Revista Nueva Historia*, Londres, 1982.

de la vida (característica de la vida moderna) y su aserción con el azar del peón, -“Pero <<esa carrera>> llegaba a término en algún momento y algún lugar”; si el lector sigue el hilo de la lectura notará que cuando se refiere a “*esa carrera*”, se refiere al ‘continuum’ de la vida del peón que se “interrumpe”, ya sea, por la incertidumbre de su existencia o por algún desacato de los aparatos fácticos estatales, policiales o elitistas. Si dicha “interrupción” es evidente en el solfeo del relato, entonces, dicha interrupción es la analogía figurativa de la “modernidad” contra la sujeción de un “hombre comunitario”. En tanto, <<esa carrera>> se transforma en aquel detalle crucial, si consideramos la sucesiva aglomeración de datos tales como: trabajador del siglo XIX <<peón o vagabundo>>; porcentaje no pequeño de muertes; por riñas, policías o accidentes naturales; <<levas forzosas>> para nutrir el ejército.

El “realismo” precedente, es crucial para la actividad *mimética* de la narración y la realidad. Salazar no es *el cronista ideal de Danto*; tal no existe. No se puede viajar al pasado y obtener una observación descriptiva de la cotidianidad del peón del siglo XIX como Ser-ahí, empero, bien de esta descripción de la ‘carrera’ del peón, se puede decir que Salazar *no* puede recurrir a su objeto de estudio que es el peón del siglo XIX de manera tangible –aunque se puede descifrar lo historiográfico de Salazar al relacionar íntimamente al ‘sujeto popular’ del siglo XIX con el de la década de los 80’ en el siglo XX. Se establece entonces, una necesidad de remitirse a la construcción de un *effet de réel* que conduzca a una amplia comprensión del peón del siglo XIX como cuadro referencial –noción de referencia que es convencional para dicho ‘efecto de realidad’, y que, Salazar hereda tanto de Mario Góngora como de los historiadores marxistas clásicos.

Con las virtudes que se trabajan en *metahistoria*, es como se concede una posibilidad de acceder a la “profundidad del texto”. Y en esto, frente a la multiplicidad de efectos significativos dentro de un texto, es mejor retomar ciertos detalles que apunten hacia la evaluación de un grado de ‘experiencia histórica’ en la escritura de Salazar, y no dar por sentado alguna ‘supremacía’ del texto historiográfico salazariano, y de sus categorías de análisis social. En cuanto a la “valorización de la narrativa”, este estudio se adhiere a lo que White ha sugerido, con referencia a que “este valor atribuido a la narratividad en la representación de acontecimientos reales surge del deseo de que los acontecimientos

reales revelen la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de la vida que es y sólo puede ser imaginaria”<sup>29</sup>.

\*

### **Alcances.**

Antes de pasar a un lúcido tratamiento realizado por Dominick LaCapra sobre la labor del historiador, esta segunda parte del *Posicionamiento del enfoque del estudio* está dedicada a precisar –y hacer alcance- el enfoque de los análisis y apreciaciones posteriores; tratando de aislar ciertos métodos y teorías de la práctica historiográfica. Pero lo más importante, es que nos ayuda a ‘identificar’ un modelo que nos sirve para el enfoque de este estudio, aceptando la “cuestión de la narrativa” como situación primordial en la práctica historiográfica.

El sugerente texto de LaCapra *Escribir la historia, escribir el trauma*<sup>30</sup> apunta inicialmente, a realizar una diferenciación práctica de la labor del historiador – especialmente en las investigaciones que colocan al historiador(a) (o investigador(a)) frente a una gran cantidad de aporías, referentes a la representación de la realidad histórica a partir de testimonios, y narraciones historiográficas cuestionadas por su alto grado ideológico. Diferencias tales, que apuntan a extrapolar lo que él denomina “dos enfoques de la historiografía”; el primero, sería el modelo “de investigación autosuficiente o documental, cuya forma extrema es el positivismo”<sup>31</sup>; el segundo modelo se establece como, “imagen negativa del primero, [y] es el constructivismo radical”<sup>32</sup>. El primer modelo historiográfico, LaCapra, lo define con las siguientes palabras –seguido de una cita a pie de página muy aclaratoria e identificable en esta división de modelos:

“En el modelo de investigación autosuficiente o documental, se otorga prioridad a la investigación fundamentada en documentos primarios (preferiblemente de archivos) que permiten confirmar hechos del pasado, los cuales pueden relatarse en una narración (enfoque más inclinado hacia lo <<artísticos>>) o pueden expresarse con otro estilo más analítico que propone hipótesis verificables (enfoque más inclinado hacia las <<ciencias sociales>>)”<sup>33</sup>

---

<sup>29</sup> White, Hayden: “El contenido de la forma...”. Ver *El valor de la narrativa*. Pág. 38.

<sup>30</sup> LaCapra, Dominick: “Escribir la historia, escribir el trauma”. Edit. Nueva Visión, 2005, Buenos Aires.

<sup>31</sup> *Ibíd.* Pág. 27.

<sup>32</sup> *Ibíd.* Pág. 27.

<sup>33</sup> *Ibíd.* Pág. 28.

Y como decíamos, LaCapra realiza una aclaración a pie de página con respecto al párrafo anterior:

“El enfoque que se inclina hacia las ciencias sociales es importante para muchos historiadores pero no recibe hoy en día demasiada atención por parte de los filósofos que se ocupan de la historiografía [...], quienes suelen seguir la línea de Hayden White, aunque la critiquen, tomando como eje la narración o el relato.”<sup>34</sup>

A través de esta línea de análisis es que podemos adoptar una primera instancia: al parecer, la labor investigativa que realiza Gabriel Salazar para abordar al “sujeto popular”, y la historia “del bajo pueblo”, se ajusta –o se asemeja-, a este modelo de investigación historiográfica.

Sin ir más allá, es necesario exponer la definición que realiza LaCapra con respecto al constructivismo radical; en lo cual:

“...lo esencial son los factores performativos, figurativos, estéticos, retóricos ideológicos y políticos que <<construyen>> las estructuras –relatos, tramas, argumentaciones, interpretaciones, explicaciones- en las cuales las aseveraciones están incluidas y de las cuales extraen su sentido e importancia [...] La posición constructivista radical tuvo como adalides máximos a figuras tan eminentes como Hayden White y Frank Ankersmit...”<sup>35</sup>

Tal recuento de factores, son los “objetivos” para dichos autores, y para este estudio. Lo que Ankersmit denomina “sustancia narrativa”, vendrían siendo los movimientos tropológicos de dichos factores (no todos a la vez, necesariamente) en el texto historiográfico, mediante motivaciones políticas e/o ideológicas del historiador. De tal forma, podemos aceptar dichas apreciaciones que servirán para este estudio de manera precisa y convincente. Quizás, con respecto a eso, se podría adherir algunos alcances respectivos –en cuanto, a la “cuestión de la narrativa” se refiere. Con diferida puntualidad, preocupa el doble asedio sucedáneo que entrega la obra salazariana con relación a la historicidad del ‘bajo pueblo’. LaCapra –en el texto ya mencionado-, realiza la siguiente apreciación, con referencia a la radicalidad del alcance de la “cuestión de la narrativa” en la disciplina historiográfica:

“Pero [...] se puede argumentar que el texto histórico se transforma en sucedáneo del pasado ausente sólo cuando se lo construye como objeto totalizado que aspira a la

---

<sup>34</sup> Citado en *Ibíd.* Pp. 28-29.

<sup>35</sup> *Ibíd.* Pág. 27, 33.

clausura y es fetichizado como tal. [...] También se puede sostener que, si bien una realidad o un objeto pretérito es para los historiadores una inferencia que proviene de huellas textuales en el sentido amplio, esa inferencia necesariamente implica referencias y reivindicaciones de verdad con respecto a los sucesos, las estructuras o las interpretaciones o explicaciones generales, aun cuando no se agote en ellos”.<sup>36</sup>

Comprendiendo las precisiones alcanzadas por LaCapra, es relevante considerarlas para este estudio, ya que la *idea* es dar con la ‘experiencia histórica’ de Salazar, y tratar de indagar en el “hogar” en el cual habita: el espacio, la comunidad, el corpus desde el cual escribe. Debido a esa insistencia, el alcance con respecto a la referencia de la confección/apreciación de la realidad, es importante y relevante fijarse en ciertas repercusiones disciplinarias. La historiografía popular de Salazar (Nueva Historia Social), implicó un “remezón”, un “temblor” para la historiografía tradicional y oficial de las décadas del 60’, 70’, y 80’: implicó renovación –y polémica- en la metodología, la epistemología y los objetivos para la disciplina historiográfica de la época, tanto ligado a la historia oficial o ‘patriciada’ como dentro de la historiografía marxista clásica<sup>37</sup>. En tanto, (re)significó la llegada de un nuevo protagonista a la historiografía chilena: el sujeto popular. En fin, lo que se quiere demostrar, es el carácter totalizante de la obra salazariana dentro la historiografía chilena; tal “remezón”, es síntoma de que aquella noción de ‘pueblo (bajo)’ logró escurrir hacia todos los recovecos dentro de las capas de la comunidad historiográfica general en Chile; y a la vez, de que por otro lado, hizo verse frente al espejo a la tradición marxista clásica de la historiografía, “superándola” de las categorías estructuralismo marxista althusseriano.

Ya por entonces, tales atribuciones de la herencia de Althusser, eran pie y letra de los análisis hasta de un incipiente pensamiento latinoamericano de izquierda –sobretudo en Chile. No está demás saber, que la ‘fijación’ en los “sectores populares” en Salazar proviene, de lo que LaCapra denomina como *huellas textuales*, y desde las cuales se hacen referencia a la realidad y a los objetivos del investigador y el historiador; *huellas* que retoman el rumbo mesiánico de la optimización del ‘pueblo’. Ese no-abandono, remite a instancias metahistóricas, pero no extra-textuales. En una instancia de la experiencia, es un “secreto de habitar un mundo en común, *mythos* de compartir la experiencia de ser con otros”, es decir, de vivir ‘lo popular’. Esa es la alucinante realidad

---

<sup>36</sup> *Ibíd.* Pág. 36.

<sup>37</sup> \*Véase Fuentes, Miguel: “Gabriel Salazar y la Nueva Historia Social. Elementos para una polémica desde el marxismo clásico, <<exposición y debate>>”. Tesina para optar al grado de licenciado en Historia, Universidad de Chile. Prof. Guía Sergio Grez Toso. Santiago, 2007.

referencial de Salazar, que hace notación a una *realidad* del bajo pueblo, siempre tildado con el *prefijo* materno. Y surge ese momento *previo* en la historiografía de Salazar (*pre-capitalista, pre-estatal, pre-político, etc*), que no logra escaparse en lo textual del pueblo, de la historiografía popular; se encuentra ahí, latente pero constantemente detentando un reclamo de la propiedad histórica. Que, a la vez, lo obliga a realizar las denominadas ‘aseveraciones de verdad’: experiencia escritural –y convivencia de ser-con-otros- que nos lleva a un mundo que tiene más que ver con una “referencia” de ‘lo popular’ de parte de Salazar, que a un pasado propiamente tal del ‘bajo pueblo’. La extrañeza de ‘lo popular’, en este caso, se debe al carácter totalizante del texto histórico producido por Salazar –está claro que se hace reseña a la característica inter-textual del texto histórico de Salazar, lo cual *conlleva*, a un aspecto totalizante del mismo, y por tanto, de sus elementos que componen el texto histórico, y de su planteamiento discursivo. O más bien, tal como lo puntualiza el semiólogo y filósofo argentino Eliseo Verón, acerca del carácter “fundacional de los textos”<sup>38</sup>.

Con las siguientes apreciaciones, sólo se quiere informar del carácter totalizante y fundacional de la obra salazariana<sup>39</sup>, mediante una crítica a su ‘naturaleza textual’, y a la vez, del establecimiento de un ‘orden del discurso’ sobre ‘lo popular’, que establece una especie de “significado natural” relacionado con su noción de ‘pueblo’.

\*

---

<sup>38</sup> Verón, Eliseo: “La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad”. Pág. 27. Edit. Gedisa. Barcelona, 1998. “Se trata de comprender que el surgimiento de una práctica de producción de conocimientos relativa a un campo determinado de lo real –en este caso la Nueva Historia social, y como máximo *referente* Salazar-, en tanto fenómeno histórico,

1.- *No tiene la unidad de un acontecimiento*; es un proceso y no acontecimiento singular;

2.- *No tiene la unidad de un acto*, cuyo origen sería un agente humano singularizado;

3.- *No tiene la unidad de un lugar* ni de un espacio (aun textual), por lo tanto es inútil buscarlo en “alguna parte”.

Los tres supuestos que acabo de rechazar son indisociables; han contaminado gravemente gran número de teorías sobre la historia de las ciencias; entre ellas se encuentra la de la “ruptura epistemológica”

<sup>39</sup> Véase la nota referida a Fuentes, Miguel “*Gabriel Salazar y la Nueva Historia...*”. A la vez, cabe resaltar, la trascendencia fundacional de la obra salazariana (que iremos viendo en la medida que avanza el estudio), y que se puede identificar plenamente, con algunas características que entrega Ankersmit con respecto de las *suposiciones absolutas*, refiriéndose a Collingwood: “La cultura de la cual forma parte el escrito histórico, es más bien el fondo *desde el cual o respecto del cual* podemos formarnos una opinión acerca de la utilidad, por ejemplo, de ciertas clases de investigación científica o ciertos objetivos políticos. [...] La cultura y la historia definen la utilidad, pero justamente a causa de esto no pueden definirse en términos de utilidad. Pertenecen al dominio de *suposiciones absolutas*”. Véase; Ankersmit, Frank *Historiografía y posmodernismo* en “Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora”, Edit. FCE, México, 2006, Pág. 320. Véase, también, la referencia a Collingwood en; Collingwood, R. G.: “An essay on Metaphysics”, Oxford, 1940.

### **“Metahistoria”: una aproximación metodológica.**

Ya atravesado el “enfoque” (valorización de la narrativa) y algunos “alcances” (precisiones del enfoque), la tarea consiste ahora en establecer un marco metodológico no-riguroso en forma de *comodato*; es decir, considerar a la Metahistoria, de manera metodológica, ajustándose a las necesidades del estudio; realizando al mismo tiempo la devolución de la misma. Está claro que la propuesta metodológica proviene de la aplicación “formalista” del texto teórico historiográfico *Metahistoria: la imaginación histórica europea en el siglo XIX*<sup>40</sup> escrito por el historiador norteamericano Hayden White en la década de los 70’ del siglo pasado. El objetivo principal es establecer un acercamiento a la historia del pensamiento occidental moderno –con terruño en Europa– mediante la escritura histórica, y sus parámetros y estructuras con la ‘naturaleza poética’ de la narración histórica, y la lingüística utilizada en la misma. Re-editando, a la vez, una fuerte crítica al armazón epistemológico del *conocimiento histórico*, probando su invalidez, y, su reducción a los planteamientos discursivos entrelazados con la ideología, la ética o la política en el siglo XIX; y creando, al mismo tiempo, la conexión de la *conciencia histórica* de los historiadores con las corrientes filosóficas decimonónicas europeas. De esa forma, una metodología como la que analizaremos a continuación, es más certera que un “enfoque epistemológico” para la Historia ‘propriadamente tal’:

“...puesto que el lenguaje narrativo lógicamente es una cosa, y las cosas no mantienen relaciones epistemológicas, se descarta el paradigma epistemológico. [...] la dicotomía tradicional de la visión epistemológica, al contrastar las cosas en el pasado con el lenguaje del historiador, ya no tiene significado ni justificación”<sup>41</sup>

Dicho rechazo al paradigma epistemológico en el conocimiento histórico, es también protagonizado en un complejo debate<sup>42</sup> entre Hayden White y Paul Ricoeur –refiriéndonos a este último a su obra magistral *Tiempo y Narración I, II, III*. Ambos autores están de acuerdo con la naturaleza *poética* (ya iremos a esa conclusión) de esencia metafórica de la narración histórica, y de la discutible autonomía del lenguaje del historiador con respecto del pasado real<sup>43</sup> –o sea, ambos están de acuerdo que es importantísima la ‘fase narrativista’ en la labor del historiador. Para Ricoeur, del

---

<sup>40</sup> White, Hayden: “Metahistoria: la imaginación histórica europea en el siglo XIX.” Fondo de cultura económica, México, 1992.

<sup>41</sup> Ankersmit, Frank: “Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora” Pág. 136.

<sup>42</sup> *Ibid.* Pág. 136. Referencia expositiva del debate en la sección *Lo que viene* del capítulo “El dilema de la filosofía de la historia anglosajona contemporánea”.

<sup>43</sup> *Ibid.* Pág. 137.

momento temporal narrativista de la historia –como complejo estructural de la narración- es necesario ‘regresar’ al paradigma epistemológico para lograr algún grado de significación: en esto mismo, para Ricoeur el grado de significación de la *narración* “alcanza su significado completo cuando se convierte en una condición de la existencia temporal”<sup>44</sup>, y que por lo tanto, la experiencia de vida de cada uno, conforme al tiempo, debe reflejarse en la narración –del historiador. En este caso, sobreponiéndose la ‘mirada conjunta’ del pasado por sobre la revisión ‘separada’ de las fases de sucesión de tal pasado. Segundo, debido a la clara postura fenomenológica de sus argumentos y reflexiones, Ricoeur, establece una firme e indestructible conexión entre narración histórica y las perspectivas del agente histórico individual.

Las anteriores apreciaciones de White sobre el alejamiento del paradigma epistemológico del conocimiento histórico, y que por consiguiente, se dispone a entregar un mayor interés a la narrativa –a diferencia de Ricoeur que se reúne en ese sentido con White, pero después lo abandona<sup>45</sup>-, da un claro indicio de que su preocupación es el lenguaje (claro está, no realiza una separación fundamental, como Ricoeur, entre obra y autor mediadas por el tiempo-fenomenológico); imposibilidad certificada por él mismo, de que la cosificación del lenguaje no permite relaciones epistemológicas entre ‘lenguajes’. Desde aquí, es más relevante cómo *tratar* el lenguaje inserto en la narración histórica. Eso, formalmente, implica una metodología adecuada. En este caso, no-rigurosa, es decir, una *metahistoria* preocupada por la retórica y el movimiento de los tropos, preocupada por la escena propedéutica, por el texto-a-producir, pero, sin seducirse por los mecanismos estrechos del ‘formalismo’. En el fondo, lo que se quiere aclarar, son las modalidades de instancias metodológicas especulativas de identificación

---

<sup>44</sup> Ricoeur, Paul: “Tiempo y Narración”. Pág. 163. Madrid, 1987. [Time and Narrative. Chicago, 1983]

<sup>45</sup> Existe un valioso ensayo realizado por Hayden White sobre la obra de Ricoeur *Tiempo y Narración I, II, III*, titulado *La metafísica de la narratividad* que aparece en “El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica” [Edit. Paídos, 1992.] ; en donde, se distancia de la pretensiones “alegóricas de la narratividad”, como pretensiones de “alegóricas de la temporalidad”, de tipo especial, como una “alegoría de la verdad”. Es decir, muestra a la conciencia humana una condición enigmática “irresoluble” de la representación de la realidad, que de todos modos lo hace “comprensible”. Tal enigma se transporta desde la tesis heideggeriana sobre el cuestionamiento acerca del Ser, -excluyendo su forma óptica, el *Da-sein*. El tratamiento hermenéutico nos muestra los límites del ‘ser-en-el-tiempo’ del ‘Da-sein’, en tanto que es la temporalidad la “estructura de la existencia que alcanza el lenguaje en la narratividad”, y que por tanto, la narratividad es “la estructura del lenguaje que tiene a la temporalidad como su referente último”. Esta íntima relación, nos dice que los acontecimientos poseen una estructura misma del algún discurso narrativo. En tanto que, a la vez, deja excluido la relevancia del ‘relato’ *acerca de*. No importa, lo que Vitale, Vial, Salazar, o el propio, White, hayan ‘relatado’ acerca de un acontecimiento en tanto tal. No interesa –según Ricoeur- el <<entramado>> del ‘relato’. Lo que interesa a Ricoeur, es como el *Da-sein* se apodera de esas formas articuladoras que dan origen al entramado. Por tanto, prevalece la neutralidad hermenéutica (del *Da-sein* como esencia del Ser) para efectuar la naturaleza poética, por sobre la textualidad de aquellas configuraciones.

de lo que White denomina *estrategias formales*; es decir, “las estrategias formales que siempre entran en el texto-a-producir”, como dice White:

“...distingo entre tres tipos de estrategias que los historiadores pueden emplear para obtener distintos tipos de <<efecto explicatorio>>. He llamado a esas estrategias explicación por argumentación formal, explicación por núcleo argumentativo y explicación por implicación ideológica. Dentro de cada una de [ellas]...identifico cuatro modos posibles de articulación por los cuales el historiador puede obtener un efecto explicatorio de un tipo específico. Para la argumentación [formal] tenemos los modos de formismos, organicismo, mecanicismo y contextualismo; para el nudo argumental tenemos los arquetipos del romance, la comedia, la tragedia y la sátira; y para la implicación ideológica tenemos las tácticas del anarquismo, el conservadurismo, el radicalismo y el liberalismo. Una combinación específica constituye lo que llamo <<estilo>> historiográfico particular de un historiador o filósofo de la historia en particular”<sup>46</sup>

Ahora, las razones que dan las instancias especulativas de identificación estratégica son muy claras: en la historiografía de Salazar, no es necesario ese nivel de rigurosidad – como veremos-, Salazar es muy preciso para develar su planteamiento ideológico como “conciencia social originaria: [una] relación mística con Dios: el ruego porque se imponga la paz y la fraternidad entre los hombres”<sup>47</sup>, ya que la ideología se convierte como tal, “en un debate ideológico entre los intelectuales mismos”<sup>48</sup>. Todo queda aun más claro, en palabras de Lacoue-Labarthe, sobre la ideología confortante como “una ideología fundamentalmente <economista>, que se organiza sistemáticamente a partir de valores, temas y motivo de la <<casa>> y de la <<estancia>> [...] de <<lo familiar>>, del <<en casa>> [...] Y que, por consiguiente, da un viraje hacia la protesta un tanto agria, reactiva y reaccionaria contra el conjunto de lo moderno (no solamente de todas las formas de desarraigo, de vagabundeo, de *Befremdlichkeit*, y de devastación, sino también, en los momentos más débiles, la técnica en el sentido de industrialización, las ciudades, la cultura de masas, los medios de información, etc.). Y que apela, además, de un modo profético o mesiánico, a la esperanza de una mutación, de un viraje o de un recomienzo: la aparición de <<otro pensamiento>> o, desde luego, de un nuevo dios”<sup>49</sup>;

---

<sup>46</sup> White, Hayden: “Metahistoria...”. Pág. 9.

<sup>47</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores...”. Pág. 19.

<sup>48</sup> *Ibid.* Pág. 19.

<sup>49</sup> Lacoue-Labarthe, Philippe: “La imitación de los modernos (*tipografías* 2). Pág. 267-268. Edit. La Cebra. Capítulo “A Jacques Derrida. En Nombre de...”

se traduce en una ideología no partidista (no-protopolítica), sino más bien, ‘arraigada’ a una experiencia previa y originaria.

Lo establecido anteriormente, nos lleva a desechar, a la vez, los cuatro modos de articulación expuestos por White sobre los efectos explicatorios ideológicos: conservadurismo, radicalismo, anarquismo y liberalismo. Al parecer, estos modos de articulación –vertientes de la teoría política del siglo XIX- serían más bien, objetivos ideológicos de ataque para Salazar. En lo consiguiente, las demás esferas explicativas se supeditan a una cuarta esfera forma efectual explicativa, de tintes pre-críticas y de origen poético; los tropos del lenguaje: como sabemos, ‘metáfora’, ‘sinécdoque’, ‘metonimia’ e ‘ironía’.

Por lo tanto, existe un carácter profundamente irreductible de las configuraciones explicatorias en la metahistoria: “opino que el modo tropológico dominante y su correspondiente protocolo lingüístico forman la base irreductiblemente <<metahistórica>> de cualquier obra histórica”<sup>50</sup>, y que en esta ocasión nos ayudará a llegar a la experiencia histórica. En tanto tal, si se supeditan las modalidades a la “articulación” tropológica, queda puntualizado el carácter *poético* de la narrativa –en este caso- histórica.

\*

A modo de resumen de este primer capítulo, es necesario hacer una resolución metodológica con alta precisión -y por sobretodo, frente a la variabilidad antes expuesta. En esto mismo, señalábamos en un principio, que el “valor de la narrativa” -es decir, como aquella fijación en la narrativa como procreadora de discursos que dan una función plenamente retórica a la actividad discursiva-, y en este caso, aplicado a la historia, se puede considerar como aquel “discurso de lo real”, que se diferencia de discursos “de lo imaginario”, y “del deseo”<sup>51</sup>. De todas formas, hacia lo que quiere llevar esta invitación es a apreciar el cruce innato entre historiografía y literatura. Una invitación a reflexionar un *rendez-vous* entre estas dos supuestas ‘disciplinas autónomas’; una con otra, tal vez, nunca han tenido la disposición a conversar como hermanas. Es una invitación, a revisar sus *ADN* tropológicos. A reinventar su relación. Siempre hay inclinaciones entre una y otra. Su misma Madre, evoca el grito mundano y originario –e imaginativo- de nunca más separarse y confundirse. Y quienes hacen la

---

<sup>50</sup> White, Hayden: “Metahistoria...”Pág. 10.

<sup>51</sup> White, Hayden: “El contenido de la...”. Pág. 35.

historia, deben enfrentar a quienes la escriben, en una forma *poética*. Pero aquí, no hay dialéctica entre una y otra. Ya que, ni la literatura ni la historia están clausuradas. Y sí existe clausura, es ilusa, o también puede ser una estrategia moral; “la exigencia de cierre en el relato histórico es una demanda de significación moral”<sup>52</sup>. Por tanto, la superación primera que debe enfrentar todo intento historiográfico de reconstruir el pasado, es “valorar la narrativa” como una invitación a superar ciertas barreras que nos impiden ir hacia espacios, experiencias, o testimonios ocultos, que nos entrega quien escribe la historia.

No hay que asustarse, nadie va a morir en este intento, el tiempo continúa, las vidas de otros vienen...Pero frente a esta inspiración y motivación historiográfica, surge la necesidad de ‘repensar la historia’. Por tanto, esta inspiración y motivación se convierten en una reflexión de nuestras propias experiencias, para que aquellas se abran, y sufran una apertura. La forma narrativa conmueve y canaliza esos deseos. En esta oportunidad, no se hace oídos sordos frente a la réplica planteada por el historiador español-catalán, Josep Fontana, sobre las apreciaciones teóricas de Hayden White; frente a “el mero regreso a la forma narrativa [...] [surge] la necesidad de recuperar una visión global”<sup>53</sup>. En tanto, la “forma narrativa” queda adoptada como la vía para abordar la obra salazariana. Para abordar la escritura ‘del pueblo’.

Los *alcances* que suceden al *enfoque*, también son una invitación; pero una invitación muy especial. El afán que contiene (debido a su forma) la historiografía salazariana, es con un espíritu totalizador; el ‘pueblo’, abarca una base de la sociedad inmensa, que se encuentra en constante tensión con el contexto que se topa, y con el cual se quiere analizar. Es por eso que es viable comprender esta forma de escribir la historia del ‘pueblo’, ya que en esta escritura (la de Salazar) comienza a masificarse y a fragmentarse a la vez, el ‘pueblo mismo’; en la medida en que se dan conocer las cotidianidades del ‘pueblo’, se reafirma la conceptualización entregada por Salazar acerca del ‘pueblo’, describiendo:

---

<sup>52</sup> *Ibíd.* Pág. 35.

<sup>53</sup> Fontana, Josep: “La historia después del fin de la historia”. Pág. 21. Cap. *El retorno a la historia narrativa: un indicador de problemas y una falsa solución*. Crítica, 1992. Fontana en este ofensivo texto, plantea a la forma narrativa como una ‘creadora de conflictos’, y a la vez, trata de deslegitimar los supuestos ‘objetivos’ de la “valorización de la narrativa”, como una suerte de trasfondo ideológico proveniente de otro trasfondo ideológico; des-valorizando, al mismo tiempo, la importancia de la narrativa como un problema teórico de la historia.

“El proyecto de vida de las capas más inferiores del pueblo fue tangencial, [...] Esta estaba constituida por miles y miles de proyectos individuales y de grupos que se realizaban principalmente dentro de ella misma, reforzándola y reproduciéndola centrípetamente. El proyecto peonal, en cambio, describía un largo rodeo alterno antes de insertarse allí; y en la medida en que esos ‘rodeos’ eran centenares de miles, configuraban un fenómeno masivo, omnipresente en el paisaje chileno [...] hasta generalizar a *toda* la clase popular su nombre *común*: ‘el roto’”<sup>54</sup>

Así es que constantemente Salazar apela a una ‘comunidad’, a cotidianidades totalitarias, que apuntan a un pueblo chileno descontado de la alta sociedad oligárquica. Comunidad y experiencias, que no ha podido ver como *testigo*, pero que Salazar ha intentando representar durante toda su obra historiográfica. Es la escritura sobre el ‘pueblo’, la que impide dar con el mismo. LaCapra, -como citábamos en los *alcances*-, señalaba que cuando se desea “fetichizar” la clausura y escritura de un texto historiográfico, se radicaliza la in-comprensión de éste. Para el caso de la ‘obra’ salazariana (y su atenuante inter-textualidad, en este estudio) ocurre lo mismo. Existe un fetiche con la noción de ‘pueblo’ de Salazar; el ‘texto’ salazariano introduce una ‘trama’ progresiva de significantes con respecto al ‘pueblo’, de lo cual se infiere la significación concluyente de referencia al ‘pueblo’ en relación a la experiencia y significación que imprime el autor. De esta manera, se invita a continuar con la comprensión del ‘pueblo’, pero bajo la óptica de la deconstrucción del mismo.

Con respecto a la *metahistoria*, surge una suerte de repelencia equívoca (evidente de una exasperación convencional) que involucra a la disciplina historiográfica general: la idea de deslegitimar el análisis topológico en la narrativa histórica, por llevar supuestamente al texto histórico como una mera novela histórica de la representación del pasado, bajando su “nivel de erudición al mínimo”<sup>55</sup>. Todo apunta al ‘conocimiento’ del pasado -del ‘pueblo’ en este caso-, pero el pasado no se puede ‘conocer’, como conocemos los fenómenos climáticos, o químicos -no se pueden *explicar ni describir*, el pasado se ‘interpreta’, y por consiguiente, se ‘representa’: “Las narraciones históricas son interpretaciones del pasado”<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup> Salazar, Gabriel: “El movimiento teórico de desarrollo y dependencia en Chile, 1950-1975”. Pág. 57. Londres, 1982. *Revista Nueva historia*.

<sup>55</sup> Fontana, Josep: “La historia después del fin...”. Pág. 22.

<sup>56</sup> Ankersmit, Frank: “Historia y topología...Pág. 71. Esta es la tesis número 1 de Frank Ankersmit *sobre la filosofía narrativista de la historia*, sin embargo, en ningún caso se puede entender como verificación

Bajo estas circunstancias, la *metahistoria* puede entenderse como una ‘aproximación metodológica’ al estudio de la historia de la historiografía (o más bien,...historiografía de la historiografía...), pero precisando aun más, una ‘aproximación’ hacia la experiencia que enfunde la escritura de la historia.

\*

### **El otoño del ‘pueblo’.**

Como forma de complementar este resumen, en este ‘denso’ capítulo, me referiré a la metáfora para la historia del *árbol de otoño* entregada por Ankersmit:

“Me gustaría aclarar el movimiento de la conciencia histórica [...] Comparemos la historia con un árbol. La tradición esencialista dentro del escrito histórico occidental centró la atención de los historiadores en el tronco del árbol. Por supuesto, éste fue el caso de los sistemas especulativos; definieron, por decirlo así, la naturaleza y la forma de su tronco. El historismo y el escrito histórico científico moderno, con su atención básicamente encomiable a los que, de hecho, sucedió en el pasado y su falta de receptividad hacia los esquemas apriorísticos se situaron en las ramas del árbol. Sin embargo, desde esa posición su atención permaneció centrada en el tronco. Igual que sus predecesores especulativos, tanto los historistas como los protagonistas del llamado escrito histórico científico albergaban aún la esperanza y la pretensión de ser, en última instancia, capaces de decir algo del tronco después de todo. Los estrechos lazos entre esta llamada Historia social científica y el marxismo son significativos en este contexto. Sea que se haya formulado con una terminología ontológica, epistemológica o metodológica, el escrito histórico desde el historismo siempre pugnó por la reconstrucción de la línea esencialista que corre a través del pasado, o por parte de él. [En cuanto tal] La elección ya no recae en el tronco ni en las ramas, sino en las hojas del árbol. [...] el objetivo ya no es la integración, síntesis y totalidad, sino esos trozos históricos que son centro de atención. [...] Es característico de las hojas que estén sujetas con relativa precariedad al árbol, y que cuando llega el otoño o el invierno se las lleve el viento. Por diversas razones, podemos asumir que el otoño llegó a la historiografía occidental”<sup>57</sup>.

Esta ‘metáfora’ nos guiará, de manera tangencial, en lo puntualizado con respecto al cuestionamiento epistemológico de la ‘conciencia histórica actual’, y nos ayudará a *definir* una sencilla posición -con respecto al enfoque- para abordar la obra

---

dogmática de premisas iniciales y puntuales. Eso, sería un enclave explicativo para ‘algo’ concreto, contrario a la idea de Ankersmit.

<sup>57</sup> Ankersmit, Frank: “Historia y topología...” Pág. 341-343.

historiográfica de Salazar. En esto mismo, resulta importante preguntarse por el ‘pueblo’ en tiempo de *hoy*. Tal como se señalaba en la parte introductoria de este estudio, si Salazar *piensa* al ‘pueblo’ fuera del “Drama interno de la Nación” (propinado con la historiografía patricia), ¿porqué no *pensar* al ‘pueblo’ fuera del “Drama interno popular”? –acatando por entero, que aquí no existe una especie de tautología provocada, sino más bien, un evidente aclaración de “esencia irónica”, enraizada por un cuestionamiento interpelativo. De manera constante en este estudio iremos intentando dar señales y reconocimientos a esta pregunta originaria e hipotética. Mientras tanto, y sin desligarse por completo, seguiremos analizando la ‘metáfora’ sugerida.

La ‘metáfora’ del árbol de la historia, invita a *recoger* aquellas hojas que siguen prevaleciendo en la historiografía chilena; este estudio, mediante el enfoque de la “valorización de la narrativa” (como “cuestión de la narrativa”), y adjuntándola con la *técnica* (por colocarle un nombre a instancia) de la *metahistoria*, ‘decide’ recoger la *hoja* del pueblo (decir el ‘árbol del pueblo’, sería recoger toda una tradición historiográfica relacionada con esa temática, lo que no es este caso), aquella hoja que eternamente viajará por los vientos de la historia *del* ‘pueblo’: en lo que me concierne, Gabriel Salazar.

De esta manera, se cumple con la necesidad de tomar algunas *perspectivas*: Primero, el regreso de la ‘filosofía de la historia’, desde la prerrogativa de la “valorización de la narrativa (histórica) [Hayden White]” en la historiografía. Entendiendo este punto, se descarta la intención de realizar sobreabundancias de corte ‘metafísico’ para los análisis de este estudio. Y segundo, la ‘teoría narrativista’ (o, en su forma aplicada ‘teoría historiográfica’), es decir desde el aparataje teórico de Frank Ankersmit, sobre la escritura de la historia; tratando de *acceder* a la inscripción salazariana, y comprender su historiografía sobre el ‘pueblo’. Se puede decir regreso, debido a un cierto estigma de ‘lo teórico’ propinado por la escritura Althusseriana, que se entendió como cierto ‘olvido’ del sujeto gestor de la historia. Y, además, por cierto rechazo a teorizar los ‘sectores populares’ por parte de Salazar, desde cualquier perspectiva, que no sea mediante la exclusiva ‘ciencia del pueblo’: “Hasta cierto punto, la alienación en que se hallaba el ‘pueblo’ con relación al Capital y al Estado se duplicó inadvertidamente en el plano de la elaboración teórica [...] el ‘pueblo’ puede ser un término volante que se podría aplicar a muchas situaciones”<sup>58</sup>. El maniqueo del ‘pueblo’ es lo que engorra a Salazar;

---

<sup>58</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores,...”. Pág. 10. Edit. Sur.

sobretudo, en su sobre valoración enajenada. Le molesta el en “nombre-de” del cual se hable del pueblo; en este estudio, se atestiguará esa situación.

## **Capítulo 2.**

“Una experiencia histórica ‘popular’”  
Experiencia y nostalgia.

“Estas palabras, escritas años atrás,  
Le renacían desde el pasado  
Como música lejana [...]   
Luego, algo en su voz le llamaría la atención,  
Se volvería a mirarlo”  
**James Joyce**, *Los muertos*.

“La ‘obsesión del pasado’ [...]   
Es el mal del siglo XIX, romántico y relativista,  
Y del siglo XX, pero no del siglo XVII.”  
**Henry Peyre**, *¿Qué es clasicismo?*

### **Hacia una ‘experiencia histórica’.**

La experiencia y la nostalgia, remiten a una función de la historiografía –y del conocimiento histórico- que comprende la base de toda incitación para mirar al pasado; identificar y recordar. Salazar, en un explícito tramado tropológico, confiesa sus motivos para realizar su obra historiográfica:

“En el *comienzo*, no se podría ignorar la fuerza radiante de las imágenes que Benito, mi padre, y Laura, mi madre, grabaron en mi conciencia social originaria. Porque él, hijo de inquilinos, peón de fundo, sirviente doméstico, chofer particular, autodidacta y mecánico de automóviles, [...] Y porque ella, hija de gañanes, hermana de gañanes, huérfana, sirviente doméstica, autodidacta y según el título conferido por “sus” propios pobres...”<sup>59</sup>.

Esta configuración del conocimiento histórico, mediante la ‘experiencia y la nostalgia’, encuentra –también- a unos de sus mayores precursores, así como también, unos de los máximos reconocimientos dentro de la disciplina historiográfica; Eric J. Hobsbawm comienza su gran Obra *Historia del siglo XX*, de la siguiente forma:

“Para cualquier persona de mi edad que ha vivido durante todo o la mayor parte del siglo XX, esta tarea tiene también, inevitablemente, una dimensión auto-biográfica, ya que hablamos y nos explayamos sobre nuestros recuerdos (y también los corregimos) [...] Pero no sólo en el caso de un historiador anciano el pasado es parte de su presente permanente. En efecto, en una gran parte del planeta todos los que superan una cierta edad, sean cuales fueren sus circunstancias personales y su trayectoria vital han pasado

---

<sup>59</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores, peones y proletario. Formación y crisis de la sociedad popular del siglo XIX”. Pág. 18-19. EDIT. Sur, 1985.

por las mismas experiencias cruciales que, hasta cierto punto, nos han marcado a todos de la misma forma”<sup>60</sup>

Vemos aquí entonces la función de la nostalgia, articulándose –al mismo tiempo– con la función de la experiencia. No es menor la analogía de una ‘experiencia histórica’ entre Salazar y Hobsbawm; esto principalmente porque, ambos están posicionados, epistemológicamente, desde una perspectiva marxista no tradicional de la historiografía, y a la vez, ambos reconocen mediante re-elaboraciones de sus recuerdos (y memoria), que la ‘experiencia histórica’ cumple un papel importante a nivel historiográfico e intelectual. En tanto, la ‘experiencia histórica’, puede entenderse bajo el prisma necesario y adaptado de un planteamiento teórico-metodológico preciso; sobretodo, si unas de las innovaciones de la historiografía a partir de estos autores (y de la manera que nos convoca a partir de Salazar) se basa en entregar una perspectiva “desde abajo”, aparte de una perspectiva tradicional o “desde arriba”: cuya diferenciación radica en, la posibilidad de entregar una ‘experiencia histórica’ concreta desde esta otra perspectiva. Además, compleja es la convocatoria que ambos autores proponen a partir de ‘experiencias históricas individuales’, hacia experiencias que son *comunes*; desde ahí, se tratará, también, de dar con una interpretación acerca de la “escritura de la historia y la experiencia histórica” como problematización de aquella relación, al momento del ‘texto-a-producir’ en la obra historiográfica de Gabriel Salazar.

Frente a la serie de etapas nostálgicas de sus padres, que relata Salazar, hacemos referencia a la problematización y la interrupción de la ‘experiencia histórica’ en términos historiográficos. Como forma inicial, es preciso señalar, que la obra historiográfica salazariana, vale como una representación de aquellos ‘datos’ que compartieron sus padres con él. Y que en todas sus formas, remite al problema de la ‘autenticidad’ de la representación del ‘mundo de la vida’ (*Lebenswelt*) que vivió Salazar; transformándose, al instante, en la ‘voz’ de aquello *olvidado*; la ‘voz’ del otro, de la alteridad del pasado. Ante todo, surge la necesidad de ir explorando, de a poco, la noción de ‘experiencia’ a utilizar en la obra salazariana. Esto es, irremediamente evidente, porque la historiografía salazariana es parte de una ‘experiencia histórica’ precisa.

Ahora, se hace útil iniciar una adquisición conceptual a la noción de ‘experiencia’; para eso, tomaremos la noción de ‘experiencia histórica’ entregada por el historiador

---

<sup>60</sup> Hobsbawm, Eric J.: “Historia del siglo XX”. Edit. Planeta, Colección Crítica. Prefacio, Pág. 13-14. 2ª edición, 2009.

holandés Frank Ankersmit: que será la postura frente a la invitación confesa que Salazar realiza en la introducción de *Labradores, peones y proletarios*:

“Este estudio no es el producto de una elaboración teórico-especulativa individual, inspirada, sostenida y por lo tanto explicada por la tensa autosuficiencia interna del mundo intelectual-académico. Aunque su autor tiene con ese mundo una sustancial deuda formativa, este trabajo es, *en gran medida*, el producto de una intensa *experiencia histórica individual* [...] a lo largo de un cambiante proceso histórico”<sup>61</sup>.

Después, continúa realizando un cuadro descriptivo de su *experiencia histórica individual*:

“Mi infancia se pobló densamente de las imágenes proyectadas por la sociedad ‘de la esquina’ [...] Calor humano que emanaban esos hombres y mujeres cada vez que percibían cerca de ellos el aliento inconfundible de la solidaridad”<sup>62</sup>

Estas ‘confesiones’ invitan a analizar una ‘experiencia histórica’ pre-epistemológica que se plasmará en el ‘texto-a-producir’. Rescate de su *experiencia histórica individual*, que tal vez, Salazar no espera estar de acuerdo con establecerlo como un elemento primordial para la comprensión histórica del ‘bajo pueblo’, sobre todo, en la construcción de la historicidad del mismo. De todas formas, no se trata de estar en total acuerdo con la obra salazariana, pero si comprender algunas de sus dificultades. En tanto, la conjunción de la experiencia vivida por Salazar y sus escritos historiográficos, dan señal de la *intensidad* de la experiencia acaecida en la obra salazariana; de aquella *densidad*. El momento del ‘preludio’ de lo ‘común’.

El concepto de ‘experiencia histórica’ se refiere, generalmente, con el relacionado a la obra filosófica *Verdad y método* del filósofo alemán Hans-Georg Gadamer. En esta magistral obra, el filósofo alemán lanza unos de los primeros dardos acerca de la radicalización de la historicidad basado en la experiencia, pero sobretodo, como experiencia de un ‘sujeto histórico’ en conexión con un ‘mundo’ compartido, que se hace poseedor (consciente) de la experiencia –como ‘ser-en-el-mundo’; a lo cual él denominó ‘historia efectual’ (*Wirkungsgeschichte*)<sup>63</sup>. La idea proviene de la patente de

---

<sup>61</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores, peones y proletarios” Edit. Sur. Pág. 18.

<sup>62</sup> *Ibíd.* Pág. 19.

<sup>63</sup> Gadamer, Hans-Georg, citado en Ankersmit, Frank: “La Experiencia histórica”, discurso pronunciado en la Universidad estatal de Groningen, el martes 23 de Marzo de 1993, tras haber aceptado la Cátedra extraordinaria sobre la ‘Teoría de la historia’. Sección *La hermenéutica y la experiencia histórica*. En la obra *Verdad y método I*, [pp. 415. edit. Sígueme Salamanca], Gadamer realiza una definición de la historia efectual –tal como lo recalca Ankersmit en el discurso. Ella consiste, en la modalidad de re-producción que se tiene para la confirmación de la experiencia; es decir, como la experiencia está sujeta a la ontológica realización de alcanzar sus elaboraciones mediante la contracción del pasado alterno y de los prejuicios. No obstante, la primacía de la ‘experiencia’ en Gadamer, se refiere al punto medio entre la

Dilthey y el historicismo. Antes, de todos modos, existe una diferenciación profunda –de corte semántico- en torno al concepto de ‘experiencia’. Esta diferencia surge de la fragmentación del término ‘experiencia’ en ‘*Erlebnis*’ y ‘*Erfahrung*’. No es mi intención realizar aquí una diferenciación rigurosa de la doble significación del término ‘experiencia’; empero, el propósito servirá exclusivamente para comprender que *erlebnis* fue el acomodo conceptual para evitar -y eliminar- la ‘inmediatez que entrega la experiencia’. Como segundo significado; “la palabra poseía la connotación de una significación, una elaboración o ‘*Verarbeitung*’ de lo que es dado en la experiencia. Gradualmente, este segundo significado desplazaría al primero”<sup>64</sup>. Es culpa de Dilthey, el destino de la palabra *erlebnis*;

“Dilthey prefiere el término ‘*Erlebnis*’ sobre ‘*Erfahrung*’ a fin de preservar a la experiencia –en el ámbito de la práctica histórica y de las humanidades en general- de toda asociación semántica con lo que, en el terreno de las ciencias naturales, el término ‘experiencia’ había llegado a representar en el empirismo ahistórico del siglo dieciocho”<sup>65</sup>

La radicalización del concepto por parte de Gadamer proviene del argumento solventado que otorgó Dilthey al trabajo hermenéutico; acerca de lo significativo y simbólico del ‘yo’, y de su ‘experiencia’; “toda vivencia singular está referida a un yo, del que es parte; mediante la estructura se enlaza con otras partes en una conexión”<sup>66</sup>, de esta forma, prevalece la ulterior significación que da el ‘sujeto histórico’ a la experiencia - con respecto a la inmediatez, hacia un mundo universal. Como sentido de ‘efectualidad’ de la historia, Gadamer utiliza una “categoría ahistórica trascendentalista kantiana (*Wirkungsgeschichte*)”<sup>67</sup>; e intenta reafirmar lo que Dilthey tenía en mente de “hacer con la historia lo que Kant hizo con la ciencia”<sup>68</sup>. De todas maneras, se va retomar la idea

---

inmediatez de la experiencia y su posterior elaboración sobre sí misma. Esta idea, Gadamer la rescata de la ‘experiencia dialéctica’ de Hegel.

Uno puede dar cuenta de la pura negatividad de la ‘experiencia’, sin embargo, existe una forma productiva en Hegel de poseer la ‘experiencia’ en la manera histórica: “Cuando se ha hecho una experiencia quiere decir que se la posee. Desde ese momento lo que antes era inesperado es ahora previsto. Una misma cosa no puede volver a convertirse para uno en experiencia nueva. Sólo un nuevo hecho inesperado puede proporcionar al que posee experiencia una nueva experiencia”. En tanto el que experimenta, se hace consciente de la experiencia; se vuelve ‘experto’. Lo cual, evoca una constante repetición de la experticia; “de este modo la conciencia que experimenta hace precisamente esta experiencia: el en-sí del objeto es en-sí <<para nosotros>>. Pp. 429. *Verdad y método I*.

<sup>64</sup> *Idem.*, 1993.

<sup>65</sup> *Idem.*, 1993.

<sup>66</sup> Citado en *Idem.*, [“isf aut ein Selbst bezogen, dessen Teil es ist, es ist durch den Struktur mit anderen Teilen zu einem Zusammenhang verbunden”], de “El mundo histórico, trad. Eugenio Imaz, México, FCE, 1944, Pág. 219.

<sup>67</sup> Ankersmit, Frank: *Idem.*, 1993.

<sup>68</sup> Ankersmit, Frank: “historia y tropología”. Pág. 377.

con respecto a Salazar, de cómo pretende dar ‘elaboración’ significativa a su confesión citada inicialmente. Cómo dicha *experiencia histórica individual*, se transforma en el aparataje epistemológico de *su obra*; en tanto, lo resume como la explicación objetiva de *su obra*.

Para continuar en la elaboración conceptual de la ‘experiencia histórica’, Ankersmit convoca los estudios del historiador y filósofo holandés Johan Huizinga, acerca de la fenomenología de la experiencia histórica; y lo que él ha denominado como “sensación histórica”, “percepción histórica” o “contacto histórico”. Dicho ‘contacto’, siempre va acompañado de una “absoluta convicción de realidad y de veracidad”<sup>69</sup>, en lo cual se puede visualizar en una primera instancia en la confesión de Salazar con respecto a la *experiencia histórica individual*. Tal ‘imagen de la sociedad de la esquina’, es como la “ebriedad de un instante”, pero con la clara diferencia que tal vez para Salazar ese instante se volvió una estampa y una ‘costumbre’. Lo que vivió Salazar, en una primera instancia lo recibió, y posteriormente, lo significó (lo hizo *suyo*); lo que simbólicamente se vuelve ‘costumbre’. Sobre todo si se vuelve parte de “la acción humana [como] el elemento más destacado”; en tanto, apelando a los personajes históricos que E. P. Thompson no duda en designar “como los siempre frustrados y siempre resurgentes hacedores de una historia indomeñable [a la vez de] trazar la real y profana historia de los humanos en cada siglo y presentar a estos seres a un tiempo como autores y como actores de su propio drama”<sup>70</sup>. Dichos personajes –la gente-, siguiendo a E. P. Thompson, “también vive su experiencia como sentimientos”<sup>71</sup>, lo cual implica una experiencia ligada a aspectos estéticos –no obstante, tal aspecto de la ‘experiencia’ indica, una relación fundamental entre ‘experiencia y cultura’; es decir, experiencias y “normas, como obligaciones, reciprocidades, valores o creencias religiosas o artísticas”<sup>72</sup>. Mientras se hace referencia a la noción de ‘experiencia’ de Ankersmit, el paréntesis referido a la noción de ‘experiencia’ de E. P. Thompson convoca el *Idem* respectivo a la articulación de ‘experiencia’ de Salazar. Se denota en el propio relato de la ‘sociedad de la esquina’, volviéndose, hacia un entramado simbólico-cultural ‘repetitivo’. Con respecto a lo anterior, Ankersmit, lo relaciona con lo que Huizinga ha denominado, primordialmente, como “contacto histórico”; pero con la notable diferencia

---

<sup>69</sup> *Idem.*, 1993.

<sup>70</sup> E. P. Thompson: “The poverty of theory and other essays” The monthly Review Press, Nueva York, 1978. Citado en Gilly, Adolfo: “Historia a contrapelo. Una constelación” en “Economía moral y modernidad”. Pág. 66.

<sup>71</sup> *Idem.*

<sup>72</sup> *Idem.*

de que el “contacto” no es ‘repetitivo’. Más bien –en este ámbito-, lo que Salazar intenta plasmar, es una muestra, un cuadro artístico que represente la cotidianidad popular, desde su *experiencia histórica individual* hacia un “nosotros” significativo.

De manera precavida frente a la señalización anterior, Ankersmit, nos proporciona una diferenciación útil en cuanto a la labor del historiador se refiere: la diferencia entre “*insight* histórico” (como inspiración) y “experiencia histórica”. La primera exige “un dominio del mundo histórico”, mientras que, “la experiencia histórica [exige] un sometimiento y una sujeción a él”<sup>73</sup>. La sinécdoque “*en gran medida*”, advertida por Salazar -al comienzo de su confesión-, considero que tiene más que ver con una experiencia histórica irrepetible (un contacto histórico) que con una ‘inspiración’ para Salazar. Es decir, un sometimiento a ese mundo ‘popular’. Sobre todo, sí después agradece la formación académica-intelectual en la historia, pero que toda la comprensión histórica que él establece tiene que ver, aun más, con una “intensa experiencia histórica individual” en el mundo popular.

Aquí, Salazar, se rinde frente al romance popular. Como buen historiador, Salazar se encuentra –de todas formas- entre estos dos polos del ‘conocimiento histórico’ (el dominio o lo inalcanzable). No obstante, estos fragmentos de ‘huella auto-biográfica’ en Salazar, se agradecen, ya que, no sería del todo fidedigna la fundamentación de la perspectiva del ‘bajo pueblo’ si no fuese por estas confesiones. El historiador, vuelto al objeto en cuestión; sometido, entregado: como parte de ese objeto indisoluble. Bajo estos términos, se podría decir, en palabras de Miguel Valderrama;

“‘Ver’, ‘indagar’ y ‘testimoniar’ constituyen desde un principio propiedades privativas a todo saber recto de la historia. Sin embargo, en aras de preservar la singularidad de la experiencia vivida, y en atención al riesgo inscrito en la etimología que soporta y habilita su saber, la historia ha buscado conjurar desde un comienzo toda posición de enunciación que la sitúe en el lugar y en la función de un ‘tribunal de los infiernos’”<sup>74</sup>

Citando a Marc Bloch, Miguel Valderrama, se refiere a la declaración de la experiencia en una instancia de “hacer profesión lo vivido”, lo cual evoca un *juicio* que es reemplazado por la escritura de la historia de esa experiencia. No es menor hacer tal referencia, ya que si tenemos a Salazar vuelto hacia el objeto –haciendo ‘contacto’-, es un “estar-vuelto-hacia-uno”; escribir-para-uno. O, como recalca Gadamer, -en términos

---

<sup>73</sup> Ankersmit, Frank: “La experiencia histórica”, en *Los historiadores a propósito de la experiencia histórica*.

<sup>74</sup> Valderrama, Miguel: “Posthistoria. Historiografía y comunidad”. Pág. 50. Edit. Palinodia, Santiago, 2005.

estrictos para la disciplina- “las ciencias histórica tan sólo continúan el razonamiento empezando en la experiencia de la vida”<sup>75</sup>. De esa manera, la *referencia* de Salazar se expande hacia la ‘escritura de la historia’, como *experiencia histórica individual*. Y por tanto, de la comunidad la cual comparte.

Hay que dejar en claro, que la ‘experiencia’ entendida como ‘contacto histórico’ (inmediatez histórica) implica una capacidad de concebir el mundo que rodea (entorno) de forma humilde, lo cual, se presenta como una oportunidad de captar lo que el entorno entrega de manera inmediata, sin elaboración. En el caso de Salazar, lo que se trata de minimizar, y desincentivar a la vez, es la primacía de su *experiencia histórica individual* y su ‘contacto histórico’. Claramente, prefiere filtrar el pasado histórico mediante el análisis científico –con sus respectivas metodologías-; prefiere lo que ha denominado, en tanto, esa historia, como ciencia viva, es decir, como un método científico determinado que trabaja desde el interior de la práctica social del hombre concreto”; y que posteriormente da a entender como ‘ciencia del pueblo’. De todas formas, nos entrega un *cuadro* de la vida de los sectores populares en Chile muy amplio, y de lo cual, queda por examinar detenidamente con sus respectivos elementos –más todavía, si se refiere a *su* experiencia como “*comienzo*”. Si es así, queda ubicar el encuentro con la ‘experiencia histórica’ en la obra de Salazar.

Salazar, en el artículo de la Revista Nueva Historia, *El movimiento teórico de desarrollo y dependencia en Chile, (1950-1975)* [1982], inicia una descripción de lo que el denominó “el paisaje chileno” con referencia a la inserción social del ‘peonaje’:

“en la frontera relictas del sur, en los linderos de los fundos, en los desechos y maritatas de las minas, en los caminos, en los pueblos indios, en los arrabales y a veces en las plazas de los pueblos, conectando por abajo los estratos de trabajadores más integrados al sistema económico, reproduciéndolos con batallones peonales de refresco e inyectándoles cada vez su sello característico y distintivo”<sup>76</sup>

Este entramado, exige una elaboración homogénea del ‘peonaje’, que da vida en esta ocasión, al “paisaje chileno”: en esa medida, esta descripción viene a ser el ‘fondo’, sobre la que Salazar realza y singulariza la serie de actividades heterogéneas de la ‘experiencia popular’. Tal descripción, también, presenta una libertad y distancia entre

---

<sup>75</sup> Gadamer, Hans-Georg: “Verdad y método”, Pág. 281. Citado en Ankersmit, Frank: “Historia y topología”, Pág. 380.

<sup>76</sup> Salazar, Gabriel: “El movimiento teórico de desarrollo y dependencia en Chile (1950-1975)”, Revista Nueva historia, Londres, 1982. Pág. 57.

una ‘sociedad ordinaria’ y lo más bajo del “paisaje chileno” del siglo XIX –tomando al peón como aquel individuo divagante de la vida.

Se deja ver una tensión, al mismo tiempo, entre sociedad, Estado e individuo; tensión que se encuentra en los textos más explícitos del tema en Salazar. Es así como se muestra en el artículo de la Revista La Ciudad titulado *Historiadores, Historia, Estado y sociedad* [1981]<sup>77</sup>, que es un comentario crítico en torno al *Ensayo* de Mario Góngora. Aquí Salazar se pasea por el *Ensayo* sobre la noción de Estado en Chile, desde 1830 a 1980; argumentando que es un gran ensayo en torno a la noción de Estado en Chile. Un comentario acerca de la noción del Estado, apoya toda la empresa salazariana: el Estado chileno es un “Estado en crisis [que decae por su auto-cancelación] y que, se descubre que es la misma clase dominante chilena la que es a la vez portaliana y anti-portaliana y la que concluye por destruir su Estado ideal”<sup>78</sup>. Pero lo que más le interesa a Salazar – aparte de la evidente concentración de poder político exclusivo en la elite chilena-, es “hacer ver” la perspectiva del ‘bajo pueblo’ por sobre los análisis de Estado y política que realiza Góngora.

En esa precisión, Salazar dice que “el autor [Góngora] concluye por negar a las ‘masas’ la categoría de ‘pueblo’ [...] El ‘ethos republicano’, dice el autor, se extingue en <<las bases>>”<sup>79</sup>. Así también, lo deja entrever en el artículo sobre la *TLDD (teoría del desarrollo y dependencia)*, donde desarrolla un análisis respectivo al *TLDD*, tomando tres perspectivas para eso: “1) la perspectiva histórica [...]; 2) la del movimiento teórico-ideológico chileno [...]; y la perspectiva del ‘bajo pueblo’”<sup>80</sup>.

En la totalidad de las obras de Salazar, lo que se trata de señalar, es la insistencia por deconstruir la historia chilena mediante la perspectiva histórica del ‘bajo pueblo’, lo cual significa (según las apreciaciones que se han hecho de ‘experiencia histórica’), plasmar una ‘experiencia histórica individual’, de insinuante alteridad del pasado, bajo el prisma elocuente del ‘mundo popular’.

Ahora bien, no sólo reclama un espaciamiento de la perspectiva histórica popular contra una historiografía de corte conservador u oficial; sino también, contra la historiografía

---

<sup>77</sup> Salazar, Gabriel: “Historiadores, Historia, Estado y sociedad. Comentarios críticos en torno al ‘Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglo XIX y XX, de Mario Góngora’”. Ensayos y comentarios. Ediciones la Ciudad, Santiago, 1981.

<sup>78</sup> *Ibíd.* Pág. 198.

<sup>79</sup> *Ibíd.* Pág. 199.

<sup>80</sup> Salazar, Gabriel: “El movimiento...”. Pág. 4.

marxista clásica. En su conferencia *La historia desde abajo y desde adentro*<sup>81</sup>, Salazar, homologa la tarea investigativa de los historiadores marxistas clásicos con los historiadores conservadores; “Estos déficits, por paradoja, eran *los mismos* de la historiografía conservadora”<sup>82</sup>, en tanto, conservadores y marxistas clásicos no cumplían con obtener una representación del pasado desde la perspectiva popular, de forma “real y concreta”.

La virtud de la experiencia histórica –como lo propone Ankersmit; es decir, bajo el alero del ‘contacto histórico’ inmediato–, en el caso salazariano, expone una situación relevante que apunta a tomar consideración la base empírica de la *nostalgia*. Se puede entender a la vez, como una nostalgia del marxismo en-sí, que busca pretensiones concretas, o como Salazar decidió llamar; “la propuesta teórica más fina del marxismo [...] la ‘humanización del hombre’”<sup>83</sup>. Y esto se debe, a la evidente experiencia popular que intenta plasmar Salazar en su obra, *aparte* del mundo intelectual del cual él no se declara parte:

“Para *nosotros*, tal vez, tiene más sentido empaparnos de nuestra *propia realidad y nuestra propia identidad*, que leer y releer a los autores clásicos, y acumular fuerza social, cultural e histórica más bien que tratar de identificarnos con vagas totalidades o estructuras ‘objetivas’”<sup>84</sup>

Por tanto, exige ya una *nueva* escritura de la historia desde la perspectiva del ‘bajo pueblo’. Y de lo cual, es relevante remarcar, la pertenencia y propiedad de la realidad y la identidad con aquel mundo ‘popular’; ajeno a la Academia y al Estado. No obstante, sigue apelando, de manera nostálgica, a la mirada de los sectores populares –y, obviamente, del ‘sujeto popular’. Una nostalgia, que se presenta en Salazar de manera primordial, cuando proclama la alteridad de la experiencia intelectual *fuera* de la realidad popular; que reclama su validez, separándose de su mundo. Para esto, seguiremos la propuesta de la “nostalgia” entregada por Ankersmit, como matriz de experiencia directa con el pasado.

La nostalgia es un sentimiento básico para viajar al pasado; de otra forma no cabría la posibilidad del recuerdo ante la misma condición de posibilidad de referirse al ‘pasado mismo’. Es precisamente por eso, que la nostalgia tal como lo dice Ankersmit, es “un sentimiento ‘básico’ acerca de nuestra ubicación en el espacio y el tiempo, uno que

---

<sup>81</sup> Salazar, Gabriel: “La historia desde abajo y desde adentro. La historiografía marxista (clásica) en Chile”. Colección Teoría. Facultad de teorías de las artes. Facultad de Artes, Universidad de Chile.

<sup>82</sup> *Ibíd.* Pág. 51

<sup>83</sup> *Ibíd.* Pág 50-Ídem.

<sup>84</sup> *Ibíd.* Pág. 53.

posiblemente nos ayude a explicar y jerarquizar otros sentimientos más contingentes”<sup>85</sup>.

Ankersmit, define la nostalgia como:

“El neologismo [*nostalgia*] composición de los términos griegos *nosteoo* –‘regresar a salvo a casa’- y *algos* –‘dolor’-, [que] se acuñó en 1688 en una ponencia del médico alemán Johannes Hofer para describir las aflicciones mentales de los mercenarios suizos que peleaban lejos de sus país natal...”<sup>86</sup>

A partir de esta definición, podríamos cuestionar ¿Cuál es la ‘lejanía’ que siente Salazar, y, cuál es el ‘dolor’ al que se refiere?, y atendiendo a su objeto, ¿Qué es lo que añora Salazar? No creo que en Salazar exista un factor geográfico considerable a añorar, aparte de los problemas urbanos y de los movimientos sociales que su historiografía implica –y que en dicho espacio urbano se desarrollaron las grandes organizaciones populares. Creo en tanto, que la añoranza de un *lugar* geográfico específico, es engañoso en Salazar, así como también el desprendimiento corporal estrictamente suyo con un *lugar*. Su nostalgia no redundaba en una separación tan definida del espacio-tiempo. Más bien, lo que extraña Salazar, es el “calor humano”, el “aliento a solidaridad”, -metáforas que las ubica en la introducción de *Labradores, peones y proletarios*-; es decir, la vasta resolución en “el marxismo más fino”. Añora, la ‘cualidades humanas’, la solidaridad, la vitalidad humana, lo que la Biblia señala diciendo que:

“Si se encuentra algún pobre entre tus hermanos, que viven en tus ciudades, en la tierra que Yavé te ha de dar, no endurezcas el corazón ni le cierras tu mano, sino ábrela y préstale todo lo que necesita” (*Pobres y esclavos*. Deut; 15: 7,8)

En tanto tal, es en el siguiente párrafo de Salazar, donde se encuentra la ‘sociedad de la esquina’, pura y vivaz; pero que en su recuerdo retuerce el alma del autor en un viaje nostálgico hacia el pasado:

“Ni se podría consumir el eclipse de esos camaradas de barrio (Pedro, Rubén, Florentino...) que, atrapados por la opresión, o por sus dudas, o por el magnetismo de la desesperación o el escapismo, no se adentraron por ruta semi-liberadora de ‘los estudios’. Hoy, su recuerdo remueve un extraño pesar de desclasamiento”<sup>87</sup>.

Aquí se deja entrever la nostalgia ligada a la pérdida, al ‘dolor’; es el sentimiento de amargura que siempre acompaña a la nostalgia. Sin embargo, a la vez, existe un cierto

---

<sup>85</sup> Ankersmit, Frank: “Historia y tropología”. Pág. 385.

<sup>86</sup> *Ibíd.* Pág. 384.

<sup>87</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores, peones...”. Pág. 19.

‘gozo’ con ese mundo y esas personas, que se entremezclan en un tono ensombrecido; o como “lo ‘agridulce’ del anhelo nostálgico”<sup>88</sup>.

Ante todo, gran parte de estas apreciaciones del pasado -en la manera nostálgica-, indica una suerte de revivir el pasado –o reconstruirlo- de manera exacta y análoga con el *presente*. Para esto, Ankersmit, nos dice; “La nostalgia [y esto es importante] no es vivir el pasado de nuevo”<sup>89</sup>. En Salazar, esta apreciación de viaje al pasado, de recuerdo, es significativa; sobretodo, si entiende la historiografía como una elaboración basada en la mayéutica:

“Eso es, en el fondo Historiografía: mayéutica, la mayéutica de los ‘tiempos que se olvidan’ y de los seres y los hechos ‘que se quedan’ enclavados en ‘su’ tiempo, imposibilitados para ‘proseguir’. Lo que se distiende en largas estelas temporales es reunido aquí, en el lugar de los seres cognoscentes; la Historiografía puede decir: ‘todos están hoy aquí todo lo que son’ (...) es preciso que el pasado regrese hasta ahora, para que todos sean todo lo que son”<sup>90</sup>

Ese estimado *regreso de lo que se ‘es’* implica una elaboración de la nostalgia: en tanto, ‘hubo’ una pérdida de identidad –en este caso, una identidad colectiva del ‘pueblo’- que el “arte de la mayéutica socrática”<sup>91</sup> se encargará de re-elaborar.

La mayéutica, la practicaban las Comadronas, quienes entregaban a los más pequeños las técnicas –mediante preguntas- para poder encontrar, en el alma, la verdad de quienes son. No está demás rescatar esta apreciación, más aún, si el mismo Salazar reconoce dicha actividad ‘humanizadora’: “Es que Benito y Laura llenaron, sin proponérselo, con hechos, lo que los ojos de un niño podían ver como espacio de solidaridad [que] mi padre [y] mi madre [...] grabaron en mi consciencia social originaria”<sup>92</sup>. La tarea de regresar hasta ‘ahora’ el pasado, de manera nostálgica, implica regresar el “pasado mismo”; lo cual, es imposible (el pasado se representa, se interpreta); en tanto, la envergadura nostálgica, desarrolla la *alteridad* con el pasado ‘como tal’, y nunca el desarrollo del ‘pasado mismo’. Veamos un ejemplo, en pleno análisis historiográfico de Salazar:

---

<sup>88</sup> Ankersmit, Frank: “Historia y tropología”. Pág. 387.

<sup>89</sup> *Ídem*.

<sup>90</sup> Salazar, Gabriel: “El historiador y la historiología filosófica”. Memoria de prueba. Instituto pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1963. Pág. 16.

<sup>91</sup> Según Ferrater Mora, el “arte de la mayéutica”, es una metodología utilizada por Sócrates que consiste en engendrar y producir la sabiduría entregadas por las Comadronas. Ferrater Mora, José: “Diccionario de Filosofía” Tomo II. Pág. 1217. Véase la definición de “Mayéutica”.

<sup>92</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores,...” Pág. 18-19.

“De cualquier modo, fue *un hecho evidente que*, antes de 1840, los asentamientos habitacionales del ‘bajo pueblo’ eran extremadamente dispersos. [...] Después de 1860, en cambio, las habitaciones del ‘bajo pueblo’ *aparecían* aglutinándose en torno y dentro de las grandes ciudades, configurando un fenómeno *altamente visible*.”<sup>93</sup>

Las palabras destacadas, indican en este caso, una función de la nostalgia que intenta ‘borrar’ a la experiencia; ya que argumenta, mediante la estadística<sup>94</sup> -seguramente, una vieja estrategia científica que trata de legitimar la información de la fuente-, la proliferación de habitaciones del ‘bajo pueblo’, la cual se hace altamente *visible*: pero en los ‘números’. No obstante, el relato da la impresión de una ‘experiencia *visible*’ del historiador; que en este último caso, remite seguramente, a la ‘experiencia *visible*’ de ‘su’ presente, y no del ‘pasado en sí’. Como si no necesitará corroborarse, mas que en la cantidad.

La evidente re-elaboración del pasado visto como *experiencia histórica individual*, para Salazar, no es más que un dato dentro de la historiología del ‘pueblo’, ya que, tal como lo señala David Lowenthal “el pasado es un país extraño”; mientras que, para Salazar, el pasado no le es ‘nunca ajeno’, todo cobra sentido pero no en la *alteridad* del pasado, sino más bien, en su re-elaboración de la ‘experiencia común’ como absoluta *comprensión*. Es decir, en su confrontación al pasado, y para la significación de Historia “... [ιστορία], cabe recordar, en uno de sus sentidos etimológicos primarios, nombra precisamente un estado de disponibilidad, una sumisión a lo inesperado, una apertura a lo ajeno, en donde se supera la propia subjetividad”<sup>95</sup>. Sumisión que para Salazar no sucede en el formato de la alteridad del pasado, sino, en un pasado común. En Salazar, existe más bien, una clausura anticipada que remite a una fuerza comprensora basado en una ‘experiencia común’ del ‘bajo pueblo’.

Conforme a esto, se puede establecer, que la nostalgia genera la *unidad* entre ‘presente y pasado’, y que configura la ‘experiencia histórica’ propiamente tal: “para expresar la diferencia se necesita la presencia simultánea de lo que yace en ambos extremos de la diferencia, es decir, tanto del pasado como del presente”<sup>96</sup>. Empero, la condición de posibilidad de diálogo con el pasado extraño (con ‘otro’), se entabla con la estrecha

---

<sup>93</sup> Salazar, Gabriel: “Labradores, ...”. Pág. 229. Edic. Sur.

<sup>94</sup> *Ídem*. “Tómese en cuenta los siguientes datos: en 1865 existían 252.522 habitaciones en todo el país, de las cuales 151.262 eran ‘ranchos’ (o sea, el 59,9 por ciento) y 27.246 ‘cuartos’ (9,6 por ciento). Cualquiera haya sido el grado de impresión de la contabilidad censal, es obvio que no menos del 70 por ciento de las casa chilenas eran no otras que las construcciones provisionales que las masas desposeídas y desempleadas del país (o sea, el peonaje) levantaban donde podían”.

<sup>95</sup> Valderrama, Miguel: “Posthistoria”. Pág. 54.

<sup>96</sup> Ankersmit, Frank: “Historia y tropología”. Pág. 388.

relación de la propiedad de la experiencia (o con la de ‘otro’), lo cual, implica la posibilidad de narración de la experiencia desde los *modos propios* de configuración de narrar dicha (s) experiencia (s), hacia *otro (s)*.

Bajo el cuadro *aporístico* de la alteridad, y bajo la insistente pretensión de abarcar de manera total dicha actividad bajo el formato de la *comprensión*, la referencia hacia el pasado, desde Salazar, intensifica los grados de subjetivación del autor que se pueden caracterizar en la manera *moderna* de experiencia. En ese sentido, atendiendo a esta perspectiva, es útil pasar a revisar un prospecto (a modo de interludio) de lo que se puede revivir como una función de la ‘experiencia’ de un sujeto moderno en la vorágine del mundo contemporáneo. Tal prospecto, se refiere a la obra de Marshall Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. En la tesis de Berman, se visualiza una ‘experiencia moderna’ que contrae una ‘experiencia histórica’ particular; esa es, la que realiza con la figuración literaria de Goethe, y su personaje *Fausto* (contemplado como el “Período *faústico*”). Desde ahí, existe una forma figurativa –a modo de ejemplo- de una ‘experiencia histórica moderna’; la cual, refleja acertadamente las profundidades del sujeto moderno, y sus consecuencias. Y que nos servirá para comprender, la articulación figurativa que Salazar realiza con los niños y el pasado, y su *experiencia histórica individual*.

\*

### **Sobre la vorágine (interludio).**

Sí existe tal precipitación –y grado de experiencia-, es porque existe un espacio vinculado al *limbus* vertiginoso, del cual, nadie puede escapar con relativa autonomía y facilidad. Marshall Berman, es el indicado para caracterizar la sensación y visión de aquellas personas que se encuentran en el centro de la *vorágine*:

“Las personas que se encuentran en el centro de esta vorágine son propensas a creer que son las primeras, y tal vez las únicas, que pasan por ella; esta creencia ha generado numerosos mitos nostálgicos de un Paraíso Perdido premoderno”<sup>97</sup>

El grado de experiencia dentro de la *vorágine*, crea un efecto iluso ‘personalista’ de la realidad, que por lo tanto, exprime gran parte de la capacidad de realizar un desarrollo histórico des-alienado de la misma –dentro del ‘proceso de humanización’. Esto, por efectos de la *vorágine*. ¿Cómo define la *vorágine* Berman?:

---

<sup>97</sup> Berman, Marshall: “Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad”. Edit. Siglo XXI. Nueva York, 1982. [edic. español, México, 2004]. Pág. 1.

“La vorágine de la vida moderna ha sido alimentada por muchas fuentes: los grandes descubrimientos de las ciencias físicas [...]; la industrialización de la producción [...]; las inmensas alteraciones demográficas [...]; los sistemas de comunicación de masas [...]; los movimientos sociales de personas y pueblos [...]; y finalmente [...] un mercado capitalista mundial siempre en expansión y drásticamente fluctuante”<sup>98</sup>

A esta conjunción progresiva del ser humano, Berman la define como la “<<modernización>> [...] en perpetuo devenir”<sup>99</sup>. En tanto, existe la actitud patente de derribar la serie de muros que dicha <<modernización>> impone, esa actitud de las personas está revisada por la relación constante de dicha *vorágine*; la cual, ha creado –y entregado- las distintas formas y pensamientos de cambiar lo que está cambiándoles, “abrirse paso a través de la vorágine y hacerla suya [...] estos valores y visiones llegaron a ser agrupados bajo el nombre de <<modernismo>>”<sup>100</sup>.

Estas cualidades, nutren la ‘experiencia histórica’ de manera similar a la pensada por Ankersmit: ante todo, si ponemos atención a la conceptualización de las *metamorfosis* que emplea Berman<sup>101</sup>. De esa manera, vemos la proliferación emergente del funcionamiento de la nostalgia. La primera *metamorfosis* se denomina *El soñador*. Característica ‘clásica’ de la precariedad del ser humano, que se basa en buscar hacia “afuera”, sufriendo una “real apertura”, de forma insaciable. Salir de los avatares del intelectualismo –y de la academia- significa adquirir un gran paso en el proceso de humanización:

“Fausto ayuda a crear y participa de una cultura que ha explorado la riqueza y la profundidad de los deseos y sueños humanos muchos más allá de las fronteras clásicas y medievales [...] Como portador de una cultura dinámica en el seno de una sociedad estancada, está desgarrado entre la vida anterior y la exterior”<sup>102</sup>

Como explica Berman, en su interpretación sobre el *doctor Fausto*, éste decide dar muerte a su vida, enclaustrado en su mundo interior. Pero el autor (Goethe) rescata a su personaje, evitando la tragedia a cambio del estruendo sulfuroso del ‘hogar’, y de revisar su vida desde la *infancia*; establecer, en la condición de velar por su vida, y en los repiques de sus detalles, una esperanza a un nuevo mundo, “Fausto está emocionado de estar de vuelta en el mundo”<sup>103</sup>. Le suceden -y descubre- nuevas experiencias, “Fausto se

---

<sup>98</sup> *Ibíd.* Pág. 2.

<sup>99</sup> *Ídem.*

<sup>100</sup> *Ídem.*

<sup>101</sup> *Ibíd.* Cap. 1: “El *fausto* de Goethe: la tragedia del desarrollo”.

<sup>102</sup> *Ibíd.* Pág. 34.

<sup>103</sup> *Ibíd.* Pág. 37.

une a la multitud [...] lo reconocen de inmediato, lo saludan afectuosamente y se detiene a charlar y recordar”<sup>104</sup>. Se entrelaza, se coloca entremedio. Esta situación, le da nuevas esperanzas al *Fausto* de Berman; pero “sólo para encontrarse sumido en una nueva forma de desesperación”<sup>105</sup>, y que por lo tanto, establece la dura relación entre el Ser y la Nada; perpetuo devenir nostálgico, de irremediable imposibilidad de volver al ‘hogar’ de la infancia. Un constante *soñador*.

La segunda *metamorfosis* lleva por nombre *El amante*. Aquí Berman, rescata principalmente la figura de Margarita, el amor de *Fausto*. Ensalza, también, el romance de éstos, preconizando la figura que bordea la perfección –razón por la cual, variados escépticos han optado por desecharla. De todas formas, tras “reírse de Cristo”, convive con el diablo, que le enseña la vanidad que le da “seguridad de si mismo”, para que “confíe en si mismo”<sup>106</sup>. En su romance con Margarita, establece la etapa media del ser humano –recién salido de la infancia; potente y vigoroso, totalmente dispuesto a entregar su amor a Margarita: al igual que ella, se enfrentan en un lucha de quién da ‘más’ amor, con la idea de destruir las fuerzas amorosas en virtud de establecer la suya. Esa es la actitud inicial de un *amante*, egoísta y vanidoso, siempre dispuesto a entregar todo, con tal de proseguir hacia la apertura de su infancia ensimismada; claustrofóbica.

La tercera *metamorfosis* lleva la denominación de *El desarrollista*. Tiene como características significativas, según Berman, las de un hombre ya maduro, con altas expectativas existenciales. Junto con virtuosas imágenes sobre un horizonte prometedor y austero. No obstante, antes de todo, existe un encuentro de *Fausto* con *Mefiste* en una cima, cuya cumbre logra cubrir una abundante perspectiva del horizonte sublime; desde ahí, una neblina comienza a fragmentar las imágenes de un horizonte cercano, y todo parece incierto y abrumador. Y lo que es más considerable, se encuentra en un “punto cero de significación”, cayendo en la “melancolía romántica”<sup>107</sup> en una clásica de expresión.

Esta etapa de su vida ya no trata de *sueños* ni *amores*; ha alcanzado la madurez, la que lo lanza directamente hacia la cierta posibilidad del desarrollo pleno. Donde se conecta, a la vez, con el contexto socio-político y económico de su época. Lo cual, lo motiva a definir su perspectiva acerca de la política. “Goethe es consciente que el tema del

---

<sup>104</sup> *Ídem*.

<sup>105</sup> *Ibíd.* Pág. 38.

<sup>106</sup> *Ibíd.* Pág. 44.

<sup>107</sup> *Ibíd.* Pág. 53.

desarrollo es un tema político”<sup>108</sup>. *Fausto*, según Berman, se encuentra en el momento crucial que inicia la vida moderna como tal; está en la posición nudal de las revoluciones europeas. En tanto, “estamos presenciando el nacimiento de una nueva división del trabajo, una nueva vocación, una nueva relación entre las ideas y la vida práctica”.<sup>109</sup>

El interludio dedicado a la caracterización ‘inicial’ de la experiencia de la vida moderna entregada por Berman, sirven de apoyo literario para abordar una segunda sección dedicada, exclusivamente, al maravilloso texto de Salazar, *Ser niño “huacho” en la historia de Chile (s.XIX)*. La lógica de la “experiencia moderna” entregada por Berman, y que se representa en la obra romántica existencial de Goethe –*Fausto*–, involucra los vaivenes de la vida que constantemente buscan plasmarse en la vida de los ‘demás’, mediante la vida de un personaje, y por lo que es más relevante, mediante una escritura que posiciona la “huella-auto-biográfica” de Goethe.

A continuación, pasaremos a revisar este estimulante libro de Salazar, y comenzar así una primera aproximación a una ‘experiencia histórica’.

\*

### **Fragmentos de una ‘experiencia histórica’.**

El interludio realizado anteriormente no es mero capricho literario para abordar la obra historiográfica salazariana, es más, cumple con un menester justificante para alcanzar una representación de la ‘experiencia histórica’ en la obra historiográfica salazariana. Es por eso que, se ha escogido su obra historiográfica *Ser niño “huacho” en la Historia de Chile (siglo XIX)*, para realizar un primer intento de dar con una ‘experiencia histórica’.

Como se ha visto en un principio, la matriz de ‘regresión’ hacia el pasado en la ‘experiencia histórica’, se ha establecido mediante la *nostalgia*. Debido a esto, fue necesario ver algunos destellos de aquello en la obra salazariana; sus viajes nostálgicos hacia el pasado (fragmentos de la *Introducción a Labradores, peones y proletarios*), recuerdos de su padre y madre; así como también, de la añoranza a sus amigos, y, de la visión paisajista de los sectores populares en la manera melancólica. Perspectivas que de todas formas se pasean al detalle en el relato de la trama salazariana. Y que para este estudio son de suma importancia.

Recordábamos a la vez, que la nostalgia es la significación etimológica de *nosteo* – ‘regresar a salvo a casa’-, y *algos* –‘dolor’-; lo cual podemos conceptualizar como

---

<sup>108</sup> *Ibíd.* Pág. 55.

<sup>109</sup> *Ibíd.* Pág. 54-55.

“melancolía por el hogar”. Empero de esta conceptualización, no hay que olvidar que existe ‘dolor’ por la distancia que se tiene del hogar y de lo familiar, y que en el caso salazariano sería un sufrimiento por recobrar –como señala el mismo- “el aliento a solidaridad”. Cualidad que, al parecer indica, es la plena conexión con el pasado alterno; la disposición frente a la apertura de un *otro* –en este caso, frente a la alteridad del pasado. Sin embargo, la diferencia ulterior radica entre ‘pasado’ y ‘presente’, y sus respectivas temporalidades, que logran desdibujar las percepciones de (en este caso) Salazar. Sus referencias hacia una *experiencia histórica individual*, otorgan una tensión entre la serie de variables sociológicas que intentan explicar la conformación socio-económico de las cotidianidades del ‘sujeto popular’, y la ‘experiencia histórica’ que desconcertó y sublimó la diferencia pretérita de la historia de Chile.

Es así como *Ser niño “huacho” en la historia de Chile (siglo XIX)*<sup>110</sup>, es un texto que apela al inicio ‘fraternal’ que tiene el ‘bajo pueblo’. El primer capítulo del texto, se titula *Culpa y llanto de Rosaria Araya*; donde relata la historia de un “suceso extraordinario”<sup>111</sup>, y lo que bajo el prisma de una ‘experiencia histórica’, significa una pérdida, lo inmemorial, la falta maternal, la muerte del origen. Y que en este caso, incita a la solidaridad, y fraternal acogida de compromiso, de ‘criar’ a los hijos “huachos”. No cabe duda, que lo que extraña –o añora- Salazar con dolor es la pérdida de la acogida “fraternal”, y lo que se conlleva a modo originario, es la resolución de la ‘culpa’ de traer al mundo niños a la pobreza. La crítica que realiza Salazar, es la precaria gestión social del Estado chileno de 1845 (con presidencia de Manuel Bulnes, y como cartera del Interior a Manuel Montt) frente al “suceso extraordinario”:

“El intendente, impresionado por lo que consideró ‘un suceso extraordinario’, remitió los folios del Ministro del Interior, Manuel Montt. El ministro, igualmente impresionado, pasó un oficio al Presidente, Manuel Bulnes. Y el gobierno, por acuerdo unánime,

---

<sup>110</sup> Salazar, Gabriel: “Ser niño ‘huacho’ en la historia de Chile (siglo XIX)”. Edi. LOM., 2ª edición, 2006. Este texto es una Ponencia de varios artículos e investigaciones presentadas en el marco del Seminario “Sociedad agrícola y minera chilenas, en la Literatura y en la Historia”, organizado por el departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, en Julio de 1989. Publicada primeramente en la revista *Proposiciones* nº19 (Santiago, 1990 Editorial Sur), pp. 55-83. Lo que es más interesante, es que son relatos sobre archivos del siglo XIX -en un primera parte-, seguido de una segunda parte de relatos sobre casos conflictivos de niños en la actualidad. En ambas partes, la *figura* central, el protagonista, son los niños huachos.

<sup>111</sup> Narración basada en el “informe sobre un suceso extraordinario”, firmado por el gobernador de Illapel José Simeón Vicuña y dirigido al Intendente de Coquimbo, Juan Melgarejo. En archivo del Ministerio del Interior, vol 146, fs 547-551.

decretó que los hijos de Rosaria Araya fueran alimentadas y más tarde educados ‘a cuenta del Tesoro Público’”<sup>112</sup>

Posteriormente, Salazar logra comprobar que la ‘caridad’ de Estado sólo duró alrededor de tres años, que funcionó como “paliativo”, y que todo fue producto de “un paliativo de momento, emanado de la emoción filantrópica experimentada por la autoridades estatales”<sup>113</sup>.

Frente a la estricta crítica que Salazar realiza a la gestión estatal de la época, lo que más nos incumbe es el momento originario de la pérdida de la Madre y como a raíz de dicha pérdida se activa una de las formas de comunión del ‘bajo pueblo’: la solidaridad. Actividad que fue reiteradamente señalada por Salazar como efecto de la propia historicidad del ‘bajo pueblo’, y como, establecimiento reaccionario frente a las iniciativas políticas-ideológicas, sea, para otorgar una facultad de perspectiva para el ‘bajo pueblo’ contra el Estado chileno, o, como iniciativa para el desarrollo autónomo de las actividades plenas del ‘bajo pueblo’.

El Padre en este caso, es el Estado. El Padre ausente. Como “Matías Vega (peón de 26 años, soltero, del mismo Valle)”, que embarazó a “Rosaria Araya” con cuatrillizos (“suceso extraordinario”). Es ahí, donde se concentra la solidaridad en su más alta pureza, donde esos niños “huachos” ya no son tal, son también hijos del ‘bajo pueblo’:

“Todos los campesinos pobres que auxiliaron a Rosaria Araya en el día de su culpa y llanto cumplieron, pues, lo que habían prometido: criar a sus hijos con la ayuda de todos. Fueron, por eso hijos *huachos*, y a la vez, hijos del pueblo. También los cielos cumplieron con su pedido: le concedieron la muerte, para evadir (o pagar) la gran culpa de haber tenido tantos hijos en tan grande miseria”<sup>114</sup>.

Esos hijos son ahora el ‘bajo pueblo’. Provenientes de la pérdida de su Madre y de la ausencia de su Padre. Pero no “huachos” –ni muchos menos ‘bastardos’-, son ahora ‘comunidad’; en pocas palabras, hermanos. “Es por eso que la culpa y llanto de Rosaria Araya constituyó, históricamente, un hechos premonitorio”<sup>115</sup>. Aquí, los niños “huachos” son la sección residual de la historia de Chile (de los adultos). Y si se lleva a un reparto figurativo, entonces, se establece inicialmente un cuadro objetivo de conocimiento: nace la Historia (del ‘bajo pueblo’), el pasado mismo, mediante un “hecho histórico premonitorio”.

---

<sup>112</sup> Salazar, Gabriel: “Ser niño “huacho”...”, Pág. 18.

<sup>113</sup> *Ibíd.* Pág. 19.

<sup>114</sup> *Ibíd.* Pág. 18.

<sup>115</sup> *Ibíd.* Pág. 19.

No es menor analizar, bajo la eventualidad del “suceso extraordinario”, la pasión que arremete a Salazar para con su –ahora- objeto de conocimiento. Tal apreciación y lectura de la *Culpa y llanto de Rosaria Araya*, corrobora “lo sublime” que es para Salazar el nacimiento de la “razón de ser” de su sentido de la Historia. “La experiencia sublime o traumática tiene una *inmediatez* ausente en la experiencia ‘normal’ ya que podemos sufrirla sin la mediación protectora del aparato cognitivo y psicológico que normalmente procesa nuestras experiencias”<sup>116</sup>. Existe, sin mediaciones, una sensación de “encanto aterrador”, de “pasión por el dolor”, de un “deseo de volver (de ser)”; hacia el “hecho premonitorio”. Bien sabemos, que existe una nostalgia, de parte de Salazar, por volver a la fraternidad de ‘hijos del pueblo’.

Al ritmo de la explicación anterior, al tomar la conceptualización de “lo sublime”, se deja entrever el desarrollo teórico de Huizinga del ‘contacto histórico’; y que en este caso -en Salazar-, frente al “suceso extraordinario” (frente al archivo), ocurre lo que Marc Bloch ha denominado como “el ogro de la leyenda”; donde huele a humanidad, detecta su presa<sup>117</sup>. Existe, a la vez, un “mal del archivo”, de lo cual se padece: “Padecer de mal del archivo, recuerda Jacques Derrida, es lanzarse hacia al registro con un deseo compulsivo, repetitivo y nostálgico, de retorno al origen, al lugar más arcaico del comienzo absoluto”<sup>118</sup>. El pasado más arcaico, cobra sentido en la historiografía salazariana en la concreción de venida de los ‘hijos del pueblo’; en su formación premonitoria.

La escritura se ensalza hacia una identidad en común que pone en referencia al historiador. En el capítulo, *De lo niños “huachos” y del historiador*, se establece una relación entre ‘niños’ y ‘bajo pueblo’ (al igual que en las referencias anteriores); “Los niños no son agentes activos de la historia adulta. O sea, en la gran historia de la Patria. Menos aún los niños de la calle, los niños indigentes, los huachos”<sup>119</sup>. Los que tampoco son agentes activos de la historia Patria, son los hijos de la Madre muerta, el pueblo ‘huacho’. La analogía del ‘bajo pueblo’ abandonado por la gestión estatal en el siglo XIX con los niños *huachos* abandonados por su Madre y Padre, no tiene nada de pretenciosa y absurda. Son los mismos casos de abandonos que apelan a la comunidad

---

<sup>116</sup> Ankersmit, Frank: “Experiencia histórica sublime”, Edit. Palinodia, 2008. Pág. 138.

<sup>117</sup> “El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Allí donde huele carne humana, sabe que está su presa”. Bloch, Marc: “Apología de la historia o el oficio del historiador”, París, 1960. Pág. 4. Citado en Valderrama, Miguel: “Posthistoria. Historiografía y comunidad”. Pág. 59.

<sup>118</sup> Derrida, Jacques: “Mal del archivo. Una impresión freudiana”, Madrid, Trotta, 1997. Citado en Valderrama, Miguel: “Posthistoria...”. Pág. 82.

<sup>119</sup> Salazar, Gabriel: “Ser niño “huacho”...”. Pág. 88.

fraternal; a la solidaridad. Y lo que queda aun más preciso, mediante la reflexión de Miguel Valderrama, que “a fin de cuentas, [los hijos del ‘bajo pueblo’] no [son] sino el síntoma a partir del cual la historia apunta su exclusiva identificación con el *arkhé* de la comunidad, con aquella experiencia de ser-en-común que es alfa y omega de todo estado de escritura”<sup>120</sup>.

Ante todo, Salazar prosigue en el capítulo señalado, realizando una afirmación que saldará su problemática con el origen del ‘bajo pueblo’, para establecerlo como objetivo cognoscente. Se desmarca de realizar una historiografía de los niños *huachos*, apelando al grado de inocencia de los mismos. Él se pregunta “¿Es que, entonces, no tienen historia?”<sup>121</sup>, -es entonces que la ‘historia’ es la ‘culpa’ (y *llanto*) de todo un ‘pueblo’. No está demás decir, que Salazar pretende ser la ‘voz’ del pueblo (voz-del-otro), pero no de los niños *huachos*. En tanto, “si queremos mirarlos con la mirada calibrada y entrenada en los sucesos adultos, *no los veremos*”<sup>122</sup>, pero como archivo, “acaso es un *padecimiento* de la historia”<sup>123</sup>.

Lo que plantea aquí Salazar, es una relación (y por consiguiente problemática), primero de la *huella*, y luego, de la *alteridad* del pasado. Establece un oxímoron, entre una dimensión de la historia y *otra*; la historia adulta, y la de los niños *huachos*. Oxímorón entre la concepción de historia como ‘comienzo’ de ella, ya sea, en la ‘niñez’ o en la ‘adulter’, entre si pertenece a *unos* o a *otros*. La escritura se remece frente a la imposibilidad del otro. La travesía nos llevaría hacia la contextualización de la historia de los niños *huachos*, en la historia adulta. O que ésta, girara entorno a la *otra*, para reproducir con “complicidad solidaria”<sup>124</sup>, los sucesos históricos cualquiera que sean.

Hay entonces, una ‘experiencia histórica’ basada en la imposibilidad ‘residual’ de la historia de los niños *huachos*, y en la conexión de unos con *otros*, mediante la “sensibilización de ambos cuerpos”. Sensibilidad (‘sensibilidad infantil’), que si se mantiene frente a la relación de <<“niño”-“hijos del pueblo”-*premonición*>>, determinamos, el carácter “nostálgico” de la historiografía salazariana, por su soledad; eso por un lado. Y por otro, existe una ‘experiencia histórica’ que rescata la fuerza *rebelde* de los niños *huachos*, que se sobrepone de todas maneras ante la historia adulta,

---

<sup>120</sup> Valderrama, Miguel: “Posthistoria...”. Pág. 82.

<sup>121</sup> Salazar, Gabriel: “Ser niño “huacho”...”. Pág. 88.

<sup>122</sup> *Ídem*. Cit, p. 88-89.

<sup>123</sup> *Ibid.* Pág. 89.

<sup>124</sup> *Ibid.* Pág. 90.

que se muestra mediante interferencias desde esa *otra dimensión*<sup>125</sup>; hay entonces -eso si-, un carácter espectral de los niños *huachos*, que sensibiliza al ‘bajo pueblo’ bajo la acción rebelde de su compostura.

Y hay ante todo, una ‘experiencia histórica’ que se resuelve en una “comunidad de seres sensibles”, de “hermanos”. Que se aprestan a estar atento (posición de esperanza) “a lo que de eso *aflora* al mundo convencional”<sup>126</sup>. De todos modos, terminaré analizando (con intervenciones entre corchetes) la declaración final entre una ‘experiencia histórica’, y una experiencia “normal” elaborada –en este caso, en la normalidad del quehacer historiográfico:

“Es por esto que este empeño infantil no se desplegó nunca demasiado lejos del proceso histórico adulto. En verdad, el quehacer de los huachos no hizo más que reflejar, en reverso, la historia adulta del país [“lo residual”, y “lo espectral”], pero no de un modo puramente simétrico y pasivo, sino en calidad y potencialidad de *sujeto* [es decir, no como un *otro* imposible, sino, como un *nosotros* constituido]. Es decir: con un sesgo de autonomía que brotaba precisamente de una sensibilidad tensada todos los días al máximo [“analogía” entre *niños* y *bajo pueblo*]. Hay en ese sesgo, sin duda, un ingrediente básico, una fuerza historicista fundamental, de *rebeldía* [“analogía” de la característica del pueblo y los niños, como *sujetos de acción*]. Acaso es aquí, en este nivel de profundidad histórica [en la *otra dimensión* de los niños huachos], donde es preciso buscar y hallar el origen esencial de las insolencias y desacatos pero también de la altanería identitaria contumaz que fueron características notorias del movimiento social de los ‘rotos’ chilenos del siglo XIX.

Para intentar hacer historia en esta profundidad y en ese origen esencial de la humanidad [aquí viene toda la resolución de la ‘experiencia histórica’, y las distintas relaciones] no es necesario ser ‘absolutamente’ científico. Historiador todo el día. Académico con mayúscula. Más bien, se requiere posicionarse plenamente, integralmente, la piel humana [procesos de “humanización”, “aliento a solidaridad”, “sesgo comunitario”]. Hacer historia de niños es, sobre todo, una cuestión de piel, de solidaridad, de convivencia [de “ser-en-común”], de ser uno mismo, más que de métodos y teorías. Se trata de ‘sentir’ [esto es “lo sublime” de la experiencia histórica –y del archivo, a la vez] la humanidad propia y convivir el ‘sentir’ esos niños. Por esto, en definitiva, es una

---

<sup>125</sup> *Ibíd.* Pág. 89.

<sup>126</sup> *Ibíd.* Pág. 90.

cuestión exclusiva entre los *huachos* y *yo* [aquí se contradice, sobretodo si apela a la solidaridad, que es una entrega hacia el *otro*]<sup>127</sup>.

En las intervenciones expuestas, se encuentran –lo que concierne para este estudio- los fundamentos teóricos históricos de Salazar en su obra historiográfica general: *rebeldía, solidaridad, convivencia, humanidad*.

Lo que sigue a continuación, es la interpretación que realiza Salazar apelando a la noción de comunidad y *sentido común*; reunión y sesgo, que se ven interrumpidas por una *catástrofe*, desbordando la narración de una ‘experiencia histórica’ hacia una grado cero de significación de la misma ‘narración’. Fragmentación que Salazar puntualiza como el comienzo. Ya no la ‘sensibilidad de los niños’ de forma activa –como señalábamos anteriormente-, sino, del reencuentro con la solidaridad y la humanidad.

---

<sup>127</sup> *Ibíd.* Págs. 91-92. Los corchetes –como dije anteriormente- son intervenciones para explicar el armazón de la ‘experiencia histórica’ en la escritura de Salazar. Y también, con la intención de ir sobre la escritura interviniendo en prosa, y facilitar la interpretación.

**Segunda Parte.**  
**“Comunidad y Política”.**

### **Capítulo 3.**

“La Comunidad fraternal de trabajadores”.

“Si el comunismo dice que la igualdad es su fundamento  
Y que no hay comunidad  
En tanto en cuanto  
Las necesidades de todos los hombres  
No están *igualmente* satisfechas,  
Supone, no una sociedad perfecta,  
Sino el principio de una humanidad transparente  
Producida esencialmente por ella misma, <<inmanente>>:  
Inmanencia del hombre al hombre,  
Lo que designa también al hombre  
Como el ser absolutamente inmanente,  
Puesto que es o debe llegar a ser tal  
Que sea enteramente obra, su obra y,  
Finalmente, la obra de *todo*”

**Maurice Blanchot.** *La comunidad inconfesable*

Para abordar la temática de la ‘comunidad’ en Salazar, se analizará –detalladamente- el cuerpo formativo en el cual se sustenta la noción de ‘pueblo’ para el autor. Por eso, primero veremos el componente social del cual se solventa la idea salazariana de ‘pueblo’, y que se desprende, o *desmarca*, de un conjunto de interpretaciones de otras tendencias historiográficas anteriores a la “Nueva Historia”; para luego pasar a la noción de ‘comunidad’ que se encuentra implícita en la idea antes mencionada –o más que implícita, se encuentra subordinada a una idea social mayor de parte del autor. En eso mismo, lo fundamental de la noción de pueblo, es el cuerpo social en el cual se subsume y se inscribe; inscripción que denota el carácter totalitario de la empresa salazariana, y que se encuentra exployado en todas las formas de análisis históricos (así como también, en su escritura) que dedica el autor al estudio de la sociedad chilena, desde el siglo XVIII hasta hoy en día. Estudios que siempre se dedican a la fuerte crítica de la relación entre Estado y Sociedad, donde la actuación social –en dicha relación- de los sujetos populares, cobra un mayor protagonismo en la historia de Chile.

La perspectiva histórico popular, en la obra salazariana, adquiere un status epistemológico de desarrollo histórico especial; status que se convierten, pragmáticamente, en *actitudes* a tomar en cuenta para el análisis de la sociedad chilena desde el sujeto histórico nacional. Dichas *actitudes*, se encuentran puntualizadas en la polémica obra de Salazar *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*. *La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórica popular)*. En esta obra, ambas *actitudes* epistemológicas apuntan al desarrollo del sujeto histórico nacional, *entre* los paradigmas de la ideología *ahistórica* de la administración pública y la autonomía

histórica del ‘bajo pueblo’, que a la vez, *detenta* el poder político de dicha administración. La tensión ahí generada, involucra el posicionamiento del sujeto histórico nacional, ya sea, en la forma ‘negativa’ y en la forma ‘positiva’; dando paso a la declaración general de que existe un cuerpo social que no justifica la administración pública gubernamental en la forma política. Lo que posiciona al texto histórico específico, dentro del debate de los fundamentos de la sociedad política en sus variadas formas, y la representación político-social como tal.

De esa manera, el texto antes mencionado, será clave para la comprensión de las *actitudes* que ha de tomar la perspectiva ‘histórico popular’ en la representación del poder político y soberano del Estado-nación chileno; y hacer efectivas las actuaciones dentro de “las limitaciones que en el día de su instalación le puso el pueblo”<sup>128</sup>.

### **Realismo del materialismo histórico (conceptualización).**

José Carlos Mariategui en sus “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” citaba a Piero Gobetti de una forma muy admirable al retratar el “verdadero realismo”:

“El verdadero realismo tiene el culto de las que crean los resultados, no la admiración de los resultados intelectualísticamente contemplados *a priori*. El realista sabe que la historia es un reformismo, pero también que el proceso reformístico, en vez de reducirse a una diplomacia de iniciados, es producto de los individuos en cuanto operen como revolucionarios, a través de netas afirmaciones de contrastantes exigencias”<sup>129</sup>

En términos de Salazar –y no muy lejos de lo que rescata Mariategui-, existen sujetos a los cuales referirse de forma ‘concreta’ y ‘real’; dichos sujetos son de “carne y hueso”<sup>130</sup>. En este sentido, lo que define es a un sujeto ‘real’ en-sí, antagónico de un sujeto superficial o metafísico (o, “nacional y patriótico”). Un sujeto que efectúa (históricamente) el desarrollo de la “auténtica vida política”, desde “el sentir verdadero de la gente”<sup>131</sup>: referencias que apuntan a la configuración del aclamado y exigente ‘sujeto popular’. Todas estas exposiciones apuntan a una contraparte abstracta o

---

<sup>128</sup> Eyzaguirre, Jaime: *Ideario y ruta de la emancipación chilena*. Edit. Universitaria, 15° edic. 1986. Pág. 116,

<sup>129</sup> Piero Gobetti, *Opera critica*, parte prima, p. 88. Citado en José Carlos Mariategui *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Fundación Biblioteca de Ayacucho, 1° edición, 1979; presente edición, 2007. Pág. 191.

<sup>130</sup> Salazar, Gabriel: *La violencia política popular en las ‘Grandes Alamedas’. La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*. Edit. LOM, 2006. Pág. 21.

<sup>131</sup> *Ídem*. 2006.

metafísica, y de lo cual, no se espera un desarrollo ‘auténtico’ de la vida política. Dichas afirmaciones se reafirman con la siguiente declaración de Salazar:

“La historia social [...] en el sentido de estudiar la realidad de los sujetos y la potencialidad de sus redes asociativas y culturales, no tiene como fin ‘escapar de la política’ para quedarse en el mundo de los ‘bárbaros’, sino *no* escapar de la realidad concreta de los sujetos populares para construir desde *esa* realidad su poder concreto y la verdadera política (que es aquella donde efectivamente se ejerce la soberanía popular y ciudadana)”<sup>132</sup>

Atendiendo a esta declaración, surge la necesidad de enfocar y cuestionar el carácter ‘realista’ de las perspectivas del autor con respecto a la noción de ‘sujeto popular’. En este orden, la realidad histórica –para el ‘sujeto popular’- necesita la concentración de la *unidad* de una ‘experiencia histórica’; y que dicha *unidad* -de la perspectiva- remite incuestionablemente a ‘algo común’. En el caso contrario, lo ‘abstracto’ disgrega y fragmenta; distribuye en *partes* desiguales.

Si seguimos la lógica de Salazar para los ‘sujetos concretos’, son ellos lo que desarrollan la *soberanía popular y ciudadana*, la verdadera política. Si es así, entonces, los ‘sujetos concretos’ desarrollan la verdadera política en la *com-unidad* (lo real; la esencia de la política). No obstante, para Salazar, lo que se concentra ahí es “poder social”, y no ‘poder comunitario’, pero que, de cierta manera realza la *asociación de sujetos* (o individuos) como fundamento de la ‘política popular’.

De todas formas –como se dijo anteriormente-, Salazar se instala en la discusión crítica que cuestiona los fundamentos modernos de la Política; pero, desde una perspectiva que es ilusa y totalizante, como lo es el ‘bajo pueblo’. Y tal como se ve en la cita apartada, no se trata de escapar de la política, por tanto, su crítica ataca más bien los fundamentos de la política desde la *realidad* de ‘lo social’: como actividad y cotidianidad alterna a la práctica política elitista, la cual, detenta su poder. La actividad y la cotidianidad se bosquejan en la comunidad propiamente tal, como centro de reunión de las multiplicidades que contrae el ‘pueblo’: “para recoger [...] la *heterogeneidad* de actores”<sup>133</sup>. En definitiva con este punto, lo que se extrapola en Salazar, es la ‘experiencia popular’ (perspectiva real) de la esfera de la administración pública estatal-política, y el mundo academicista-científico (abstracción-metafísica y teoría). En esa medida, Salazar se encontraría en lo que los cristianos denominan ‘limbo’; es decir, el

---

<sup>132</sup> *Ibíd.* Pág. 22.

<sup>133</sup> *Ibíd.* Pág. 19.

‘sujeto popular’ se encuentra en el ‘*entre*’ de lo que puede ser real, pero a la vez, puede ser teórico: en últimos términos -el ‘pueblo’-, se puede *ensayar*. Esta apreciación no es menor, tomando en cuenta las variadas perspectivas que se tiene acerca del ‘pueblo’ en la historiografía, y sus respectivas representaciones. Aunque, con la constante extrapolación de la ‘realidad concreta’, dicha variedad se neutraliza en un espacio de acuerdo pre-determinado -o sea, algo más referente a dimensiones estéticas y ficticias, que puramente pragmáticas, activas y contingentes. Lo cual, evoca la inmanencia que se tiene al concebir al pueblo.

Sobre este punto, Rodolfo Mondolfo, en su artículo *¿Qué es el materialismo histórico?*<sup>134</sup>, desarrolla los elementos fundamentales del ‘materialismo histórico’, en torno a la problemática de la *lo real* y lo abstracto. Desde esta dicotomía, entrega una explicación del ‘materialismo histórico’ basado en la *naturaleza* de la historia, como producción del Hombre propiamente tal. De esta manera, “el materialismo histórico, en vez (como explicó Antonio Labriola) quiere precisamente superar todas las abstractas teorías de los factores con la concreta *filosofía de la praxis*. Y filosofía de la praxis significa concepción de la historia como creación continua de la actividad humana por la cual se *desarrolla*, o sea, *se produce* a sí mismo como causa y efecto, como autor y consecuencia a un tiempo de las sucesivas condiciones de su ser”<sup>135</sup>. Asimismo, continúa reafirmando el carácter *realista* del materialismo histórico, siguiendo –esta vez-, el texto de Marx y Engels, *La Sagrada Familia* de 1844; “es más bien el hombre, el hombre viviente y efectivo, quien hace todo, quien posee y quien combate; la historia no es algo que sirva del hombre como medio, sino nada más que la actividad del hombre que persigue sus fines”<sup>136</sup>.

Hay entonces, una dicotomía que emplaza a la Historia hacia dos extremos: por una parte, la ‘Historia de la Naturaleza’, y por otro lado, la ‘Historia del Hombre’. Las conceptualizaciones anteriores, nos dicen, que las *fuerzas* del Hombre construyen la Historia, y por lo tanto, la *naturaleza* está sujeta sólo en las *formas*. En ese sentido –y siguiendo la lógica del materialismo histórico-, sólo existe Historia, en la medida que la *acción o praxis* del Hombre consiga la satisfacción de sus fines, al mismo tiempo que logra la transformación de la naturaleza y las formas.

---

<sup>134</sup> Mondolfo, Rodolfo: “¿Qué es el materialismo histórico?” en *Revista Babel*, revista de Arte y Crítica, Santiago, 2008. Edit. LOM.

<sup>135</sup> *Ibíd.* Pág. 56.

<sup>136</sup> *Ídem.*

Esto denota –bajo la percepción, también, de Mondolfo-, la reducción hacia el Hombre, y por tanto, hacia un *nosotros*. Marx dice en *El Capital*: “como dice Vico, la historia del hombre se distingue de la historia de la naturaleza en que *nosotros hemos hechos* aquella y no ésta”<sup>137</sup>. La afirmación implícita, distribuye entonces, la *necesidad* a partir de un *nosotros*; lo cual, será clave para la comprensión de la historiografía de Salazar. Y por sobre todo, será clave para la matriz desarrolladora del ‘bajo pueblo’.

Por otra parte, la conclusión terminológica de ‘materialismo histórico’ (*dialéctica real*) -según Mondolfo-, se transforma a un carácter *crítico-práctico* del mismo; porque “en la acción histórica hay siempre el momento *crítico* (conciencia de las condiciones existentes, que son a la vez límites e impulsos de la acción) y hay el momento *práctico* (acción innovadora), inseparables siempre uno de otro. En esta unidad y recíproca dependencia está el carácter *crítico-práctico* de la concepción del materialismo histórico”<sup>138</sup>. Un carácter *crítico-práctico* del materialismo histórico (por tanto, un carácter *crítico-práctico* de la Historia), es entendida la concepción de materialismo histórico en la interpretación del ‘bajo pueblo’ (y de las personas de “carne y hueso) que Salazar realiza.

### **Sobre el ‘bajo pueblo’ (la noción de ‘pueblo’ en Salazar).**

Son varias las aristas que se desenvuelven alrededor de la noción de ‘lo popular’ en la obra del historiador nacional -y sus consiguientes modos de representación histórica-, y que apuntarían a un plano histórico-teórico de la historiografía política y del pensamiento: en este sentido, se entendería como la representación de ‘lo social’ que fundamenta la política. Pero, si la crítica de Salazar apunta a revestir la legitimidad de la actividad política, y los grados de representatividad de la misma para los sectores populares, ¿porqué revestir ‘lo social’ desde *otra* política?, y si es así ¿Qué fundamenta esa *otra* política? La tarea, en tanto, se posiciona en el debate crucial que entregó Carl Schmitt sobre ‘lo político’ acerca de los dominios de ‘lo social’. De esta manera, surge la *diferencia* fundamental entre ‘la política’ y ‘lo político’<sup>139</sup>, que busca reencontrar una nueva orientación de la sociedad y los sistemas teóricos ante a los fundamentos de la política tradicional. Así como también, se realzan los planteamientos de la comunidad

---

<sup>137</sup> *Ídem*.

<sup>138</sup> *Ibíd.* Pág. 59.

<sup>139</sup> Para una introducción a esta diferenciación ver Marchart, Oliver: *El pensamiento político postfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Edit. FCE, México, 2007.

como el cuerpo a detentar ‘lo social’ hacia un carácter democrático general de ‘lo político’.

No obstante lo anterior, esta diferenciación la retomaremos en el próximo capítulo con mayor detalle; en una aclaración conjunta con una serie de críticas e interpretaciones, a textos históricos cruciales de la obra de Salazar; en los cuales trataremos de desarrollar la nombrada *diferenciación* entre ‘la política’ y ‘lo político’.

Antes, es necesario precisar la ausencia de esta *diferencia* en la obra Salazariana, esto debido a, “que una vez consolidado eso como ‘movimiento’ [la política en tanto construcción de poder social...hay que], ir hacia la *construcción del Estado popular*”<sup>140</sup>. Es decir, el cuestionamiento de ‘lo político’, en Salazar, no se realiza de manera alterna y bajo la conceptualización de la ‘comunidad’; esto debido a que, cuando se *hace* tal cuestionamiento, éste se inicia desde *otra* política; o sea, en palabras de Salazar, desde la “verdadera política”. En tanto, es imprescindible establecer la noción de ‘pueblo’ en Salazar con el punto de vista historiográfico que él plantea.

La segunda interrogante, apunta hacia la fundamentación de esa *otra* política. Aquí Salazar, se posiciona en el debate historiográfico acerca de la legitimidad social de la Nación –como concepto político; claro está, desde la concepción de ‘pueblo’ que el concibe. Tal concepción de ‘pueblo’ nace de una revisión (no un revisionismo estrictamente) de los conceptos de Estado-Nación y pueblo que se interpretaron tanto en la historiografía marxista clásica como en una historiografía conservadora-republicana. Desde dicho *desmarque* interpretativo bilateral, analizaremos cuáles fueron las apreciaciones y elementos de discrepancia que plantea Salazar en dicha interpretación histórica. Y de ese modo, comenzar a dibujar la noción de ‘pueblo’ (‘bajo pueblo’) que el autor esboza.

Para tales pretensiones, como se dijo anteriormente, es necesario revisar las fuentes historiográficas que Salazar toma en cuenta para comenzar su esbozo sobre el ‘pueblo’. En primera instancia, se saben de lleno las afinidades y discrepancias que Salazar mantuvo con la tradición historiográfica marxista clásica y sus precursores (entre esos autores se encuentran; Luis Vitale, Julio Cesar Jobet, Hernán Ramírez Necochea, entre otros), con los cuales mantuvo ciertas empatías y reconocimientos por haber dedicado y aportado grandes estudios históricos y políticos en torno a los sectores populares. No obstante, las discrepancias que pudo haber mantenido Salazar con estos autores, a la vez,

---

<sup>140</sup> Salazar, Gabriel: *La violencia política*.... Pág. 22.

se perfilan en una esfera global del estudio; ciencias e interpretación marxista, en un período de crisis del pensamiento marxista a nivel global. Para eso, es imperativo acudir a la ponencia realizada en la ‘Facultad de artes’ de la Universidad de Chile, titulada *La historia desde abajo y desde adentro*<sup>141</sup>. En dicha ponencia se realizaron los acuerdos y distanciamientos que el autor va a mantener con los precursores de una historiografía marxista clásica, en un sentido categórico acerca de los elementos y conceptos que se utilizan para *teorizar* acerca de los sectores populares y los movimientos sociales. Es por eso que en una suerte de balance crítico acerca de la política e intelectualismo marxista, las restituciones y re-configuraciones que realiza Salazar, éstas, son en un nivel epistemológico y teórico fundamental en el marxismo.

A partir de las críticas realizadas en torno a la crisis del marxismo de la década de los 70’ (que Salazar denomina la Crisis Contemporánea del marxismo) en el Seminario internacional realizado en Venecia en 1977; intelectuales como L. Althusser, P. Sweezy, entre otros, llegaban a un acuerdo trascendentalmente abismante para el futuro del marxismo como pensamiento económico político y social: concordaron que el marxismo había desembocado en una grave crisis teórica, una crisis que se consideraba irreversible. Tal crisis *teórica* desembocó, a la vez, en una “profunda separación” entre la Escuelas teóricas del marxismo de Francia e Inglaterra –que no parecería extraño, que fuese una separación provocada por ‘interpretaciones y lecturas distintas de Marx’. La escuela francesa del marxismo teórico soslayaba –en alguna medida- la “historicidad” de los análisis, así como también, la categoría de “sujeto social” en la realidad social; siendo la realidad misma, la que desembocaba en “prácticas políticas divergentes”<sup>142</sup>. Ante eso, la escuela inglesa teórica del marxismo, propone una resistencia a la *teorización* de las perspectivas marxistas, desde la noción de “sujeto en sí”; es decir, desde las prácticas cotidianas de los sectores populares que fundamentaban la práctica política del marxismo. La reivindicación, entonces, se realiza en la reconfiguración de los que se denominó “un marxismo mínimo”: o sea, el mismísimo *método dialéctico*, como método efectivo para estudiar los “procesos de humanización del hombre; la que se refiere a los procesos estructurales de las historia, y la que se refiere a la ‘praxis social’ y/o política”<sup>143</sup>

---

<sup>141</sup> Salazar, Gabriel: “La historiografía marxista (clásica) expositor: Gabriel Salazar (en sustitución de María E. Horvitz), Colección Teoría.

<sup>142</sup> *Ibíd.* Pág. 48-49.

<sup>143</sup> *Ibíd.* Pág. 50.

La mayor importancia de lo nominal de aquel debate, es la localización con la historiografía chilena marxista clásica que posteriormente realiza Salazar. En este sentido, lo que llama la atención a Salazar es el punto (c) de sus apreciaciones en torno al marxismo teórico chileno; la aparición de una *ciencia social marxista* (“*sociología del desarrollo y teoría de la dependencia*”). En aquel punto, la categoría de “estructura” (herencia de la teoría Althusseriana del marxismo) priorizó –en vez, de la categoría “proceso”- y caracterizó las interpretaciones de la historiografía marxista clásica en Chile; en ese entonces, “dominó el economicismo simple y la lucha de clase en su forma más cruda”<sup>144</sup>.

Hernán Ramírez Necochea, en su *Historia del movimiento obrero en Chile [1956]*, nos muestra una ‘clase obrera’, bajo la significación de organización de la fuerzas sociales disciplinadas y cohesionadas políticamente, transformando las masas populares en una “clase obrera chilena”. “A su formación concurrieron diversos factores entre los cuales podemos mencionar: el desarrollo cuantitativo del proletariado, el proceso de desarrollo democrático-burgués, la influencia educadora de las ideologías que animaban a la clase obrera del Viejo Mundo y de las luchas clases que aquella sostenía y la actividad de las sociedad mutualistas”<sup>145</sup>. Sin embargo, lo que más inmiscuye en el estudio del marxismo teórico a Salazar con la historiografía marxista clásica en Chile (y con sus autores: en este caso –a modo de ejemplo- con H. R. Necochea), es la noción de *trabajo*. Existe un denominador común entre todos los que se consideran marxistas, indiferente de la época de su práctica: “Lo mismo que en todo el mundo, es la clase a la que pertenece el porvenir. Engendrada por el modo de producción capitalista, es dentro de ese modo de producción, la vanguardia que tiene en sus manos, en su cuerpo y en su espíritu, la única fuerza creadora para la sociedad: el trabajo”<sup>146</sup>.

Lo que impera en este estudio es la relación de ‘pueblo y trabajo’ y cómo se teoriza acerca de aquella relación. Hablábamos de ciertos ‘*desmarques*’ que realiza Salazar tanto con la historiografía marxista clásica como con la historiografía de una interpretación más conservadora, republicana y oficial. Con la historiografía marxista clásica, la diferencia es clara: el reduccionismo categorial que realiza el análisis historiográfico desde el marxismo clásico, compromete a los sectores populares en los *conceptos abstractos*, tales como; ‘proletario industrial’, o ‘clase para sí’. Tales

---

<sup>144</sup> *Ibíd.* Pág. 51.

<sup>145</sup> Ramírez Necochea, Hernán: *Historia del movimiento obrero en Chile (Resumen)*, 1956, por Pedro Jara, Diciembre de 1984, Edit. Nueva Aurora. Pág. 61.

<sup>146</sup> *Ibíd.* Pág. 15 (introducción).

reduccionismos, no permiten el estudio y análisis de las capas bajas, mediante la utilización más heterogénea y *concreta*, tales como; ‘clases populares’, o ‘pueblo’<sup>147</sup>. En contraparte, así queda demostrado en los análisis que H. R. Necochea realizó en su *Historia del movimiento obrero en Chile*:

“Las clases trabajadoras eran fácil presa de enfermedades [...] Las miserias y las preocupaciones contribuyen igualmente a producirla... [...] La duración media de la vida en Chile era bastante baja, en 1876 no alcanzaba a los veinticinco años.

*Es decir*, las condiciones económico-sociales producían una efectiva destrucción del capital humano con que el país contaba”<sup>148</sup>

A esta interpretación historiográfica, Salazar, la denomina la “historia de los enemigos estructurales”. De esa manera, “se estimó que el ‘pueblo’ no podía ser más que la ‘clase trabajadora’, esto es, la que producía la riqueza de la nación”<sup>149</sup>. En tanto, la noción de ‘pueblo’ que se desmarca de las interpretaciones clásicas del marxismo a partir de Salazar, intenta dar con la ‘experiencia y cotidianidad’ de lo que los patricios de 1830 habían denominado “el bajo pueblo”.

Los distanciamientos particulares que tiene Salazar con el marxismo clásico, en la historiografía, se desprende la posibilidad de una nueva concepción de ‘pueblo’. Empero, de dicha concepción, su complemento radica –a la vez- en los distanciamientos que tiene Salazar con una historiografía de interpretación conservadora u oficial.

En esta ocasión, evidente es, en su postura frente a la noción de *pueblo* y *Estado* que emanan del *ensayo histórico* de Mario Góngora, y que retoma Salazar. Y sin duda, es explícita la deuda que el autor mantiene con Mario Góngora, desde el punto de vista de un contexto histórico en la relación de *Estado* y *sociedad*; ya que, desde allí, surge la posibilidad *dialéctica* y referencial de establecer una tensión entre ‘lo popular’ y su relación con el Estado: casi como en su *forma lógica* de una concepción conservadora y clásica de la noción de ‘pueblo’. No obstante, justamente, desde allí, se *desmarca* la posibilidad salazariana de esbozar un nuevo enfoque historiográfico para el ‘pueblo’.

El *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, escrito por M. Góngora en 1981<sup>150</sup>, convoca la problemática de la formación de la Nación

---

<sup>147</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*. Edit. SUR, 1986. Pág. 9.

<sup>148</sup> Ramírez Necochea, Hernán: *Historia del movimiento...* Pág. 56-57. La cursiva es mía.

<sup>149</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores...* Pág. 10.

<sup>150</sup> La época de producción (contexto de producción) de la obra de M. Góngora (el *Ensayo Histórico*), no debe ser desconsiderada, en ningún caso. Como se sabe, es época de Dictadura y represión, y por tanto, época en que la comodidad de la producción intelectual sobre rendía “para algunos”, mientras que para “otros no”. Dentro de “esos algunos”, se encontraba Mario Góngora. La atención a esta instancia, viene al

chilena, desde la conformación del Estado chileno. Para esta problemática, Salazar, realiza un “Comentario crítico” en torno al *Ensayo histórico*, titulado *Historiadores, Historia, Estado y sociedad*. El comentario, propiamente tal, se estructura –como forma inicial- con varias apreciaciones y consideraciones que Salazar tributa a M. Góngora; agradeciendo, por un lado, en la formación estrictamente académica que entregó Góngora al historiador (es decir; apreciaciones objetivas en tórnos a las interpretaciones del pasado, elementos socio-históricos para dichas interpretaciones, aplicación de la perspectiva social en la historiografía chilena en general, etc.). Y por otro lado, el reconocimiento de la importancia del *ensayo histórico* en la historiografía tradicional; por lo que de esa forma “se comprenderá de inmediato la importancia del “ensayo” escrito por Mario Góngora en 1981: rompe medio siglo de silencio social de los historiadores chilenos, saca por fin un voz históricamente sabía a plena luz del día, abre las ventanas de la ‘caverna platónica’ colonial, restaura la función social –más que académica- de los ‘ensayos históricos’ e *incita* el debate nacional a tomar verdadera altura, es decir, a retornar a lo que es propio”<sup>151</sup>. Bajo estas consideraciones, existe un segundo momento del comentario crítico, que considero un *Divortium aquarum* –en términos objetivos- en relación con el momento inicial.

Entre Salazar y M. Góngora, existe un *denominador común* en las perspectivas de la historiografía política concerniente; ese *denominador común*, es el origen “portaliano” de la conformación estatal decimonónica en Chile. M. Góngora, caracteriza de la siguiente forma al Estado nacional chileno:

“A partir de 1830, después del brevísimo período caótico de 1823-1830, el Estado Nacional se consolidó por largo tiempo. La interpretación de la historia chilena por Alberto Edwards, la idea de un Estado configurado desde entonces, gracias al pensamiento de Portales, es a mi juicio la mayor y la mejor interpretación de la historia del siglo pasado [...] La concepción fundamental de Portales, para Alberto Edwards,

---

tanto, después de una serie de lecturas de Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe de su texto *El mito Nazi*. Texto referente a la producción intelectual de M. Heidegger, en el contexto político del régimen nazi; y la cual, a la vez, cuestiona los supuestos teóricos y filosóficos desde el punto de vista filosófico-político tan inherente a la práctica misma de la filosofía. Al mismo tiempo –y coincidentemente-, siguiendo la gran admiración que M. Góngora sentía por Heidegger, es entonces *delicada* la relación entre “producción intelectual” y “contexto político de producción”; aunque con la debida atención que se puede tener entre la argumentación *plenamente* intelectual, y, el compromiso y simpatía política que puede tener el autor. De todas formas, tales referencias y apreciaciones, disponen de un estudio más riguroso y aparte del expuesto en este caso; aunque, de alguna forma, no es lejana la intención de dar con una similar apreciación de la relación entre “intelectualidad y política”. Así como también, esta apreciación no es parte, ningún caso, de un cuadro fantasioso y especulativo de dicha relación.

<sup>151</sup> Salazar, Gabriel: “Comentario crítico en torno al *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*”. Ensayos y comentarios. En “Revista Nueva Historia”, año 2, n° 7, 1982. Pág. 194. La cursiva es mía.

consiste en restaurar una idea nueva de puro vieja, a saber, la de la obediencia incondicional de los súbitos al Rey de España, durante la época colonial. Ahora se implantaba una nueva obediencia, dirigida a quien ejerciera la autoridad, legítima en cuanto legal”<sup>152</sup>.

A saber, Salazar, también está de acuerdo con dicha apreciación:

“Y en el Chile de Portales, los constituyentes-mercaderes de 1833 impusieron la idea de que el ‘pueblo’ lo formaban los ciudadanos [...] Y no pocas veces se reservó la palabra ‘pueblo’ para designar las masas indigentes del país, es decir, lo que los patricios de 1830 habían llamado ‘el bajo pueblo’”<sup>153</sup>

No obstante, empieza el repunte de lo que se ha denominado como *desmarque*:

“No hay duda que aquí, como en otros ‘ensayos’ anteriores, la interpretación de la historia político-estatal de Chile conforme ‘la idea’ portaliana del Estado ha llevado a su autor [Góngora] a dejar algunas paradojas históricas sin resolver. [...] Un análisis de este tipo puede conducir al hallazgo de algunas explicaciones históricas sorprendentes, y a desembarazarnos de algunas de las paradojas que aún mitologizan nuestro pasado. Un análisis tradicional, en cambio, tiende a entender a Portales como el único sujeto real de la historia de Chile y reducir la historia política del siglo XIX a una ‘historia fantasmal’<sup>154</sup>,”

De forma similar, lo deja mecanizado y orientado, en el artículo n° 4 de la revista Nueva Historia de 1982:

“El Estado-Nacional portaliano representó un progreso respecto del Estado colonial en que se estableció una correspondencia más directa entre las instituciones donde se concentraba el poder político y militar [...] pasó a ser la actividad interna más importante de la ‘sociedad ordinaria’ [...] Pero no representó un progreso significativo en términos del número y tipo de personas que asumían por lo regular la tarea social de hacerlo accionar”<sup>155</sup>.

Con estas apreciaciones, comienza la travesía de re-encarnar a un ‘pueblo’, que se encontraba bajo la sombra de viejas usanzas historiográficas; tanto en el lado de una tradición clásica del marxismo, así como también, de una tradición conservadora y patricia. Frente a esta desvinculación, podemos realizar los primeros bosquejos de la noción de ‘pueblo’ en Salazar –en forma general.

---

<sup>152</sup> Góngora, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX [1981]*. Edit, Universitaria, 7ª edición, 1998. Pág. 74.

<sup>153</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores,...* Pág. 10. Edit. Sur. 1985.

<sup>154</sup> Salazar, Gabriel: “Comentario crítico...”. Pág. 198.

<sup>155</sup> Salazar, Gabriel: “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile, 1950-1975”. Londres, 1982, Revista Nueva Historia, año n°1, art. N°4. Pág. 57.

La manera puntual para referirse a la separación de perspectivas históricas entre Salazar y Góngora, es en torno a la figura del ‘sujeto popular’; en tanto, proponiendo una ‘óptica reversa’ de la historia de Chile, es que entrega sus primeras connotaciones, a modo de ejemplo:

“La crucial década de los 20’ no es vista por Góngora como aquella en que se instaura en Chile una democracia de corte moderno (que podría ser unas de las contribuciones positivas de los nuevos tiempos), sino, más bien, como una etapa en la que se produce el quebrantamiento definitivo de las ‘nociones de legitimidad y autoridad, que normalmente deben ir juntas’ [...] Es inevitable pensar que, para el profesor Góngora, la clase trabajadora no es sino una ‘masa anónima rebelándose contra la élite [...] Habla, por lo tanto, de ‘instintos de masa’, ‘caprichos de la masa’, [...] De este modo, al autor [Góngora] concluye por negar a las ‘masas’ la categoría de ‘pueblo’, la que, en cambio, se reserva para aquél sector de la ciudadanía que demuestra tener sentido y conciencia del orden y la legitimidad”<sup>156</sup>

De forma definitiva, Salazar irrumpe en la escena historiográfica nacional, con una propuesta innovadora y moderna. Cualidades que apuntan a la re-estructuración del ‘pueblo’ desde una visión social de la historia. Y que tiene como objetivo, la explicación histórica a través del ‘bajo pueblo’: “Perseverar hoy en el estudio de las clases populares –como aquí queremos- implica, por lo tanto, apertrecharse con un cierto número de definiciones mínimas, de base o sustentación, respecto de lo que se quiere decir con ‘historia de las clases populares en tanto tales”<sup>157</sup>.

Aquellas definiciones mínimas a las que se refiere Salazar, se refieren a los elementos innovadores que logran reconceptualizar el ‘pueblo’. Los *desmarques* que puntualiza Salazar, están referidos contra la tesis ‘monista’ de pueblo. Aquella tesis ‘monista’, es la que se desprende desde la noción de ‘pueblo’ acaecida desde las interpretaciones historiográficas de la “*Intelligentsia* patricia [...] y entre los historiadores academicistas, y es la que define ‘pueblo’ identificándolo con ‘nación”<sup>158</sup>. La matriz del ‘sujeto nacional’, en este caso, vendría a ser el sentimiento interno de ‘patria’; frente a esta actividad, Salazar logra reconocer la propia *res gestae* que genera la propia historicidad desde el ‘sujeto nacional’:

“Porque, en última instancia, el ‘pueblo-nación’ es un sujeto histórico esencialmente activo. Esto es, el autor directo de su **res gestae** significativa. Y su historicidad no es

---

<sup>156</sup> *Ibíd.* Pág. 199.

<sup>157</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores*,... Pág. 10.

<sup>158</sup> *Ibíd.* Pág. 11.

otra cosa que el proceso de institucionalización de las ‘ideas matrices’ que configuran el ‘interés general de la nación’. El plexo histórico del pueblo-nación es, pues, un ‘espíritu nacional’, cuyas ideas componentes configuran el ‘estado nacional’ en forma, la ‘jerarquía social’ adecuada, la ‘moral republicana’ ideal, etc. La trama de la historia nacional consiste, por lo tanto, en la dialéctica de intelección y ejecución de esas ideas nacionales de configuración”<sup>159</sup>.

Tal como se apuntala, en la lúcida señalización de la lógica del ‘pueblo-nación’ en Salazar, es que la crítica completa de la obra salazariana se posiciona en la ilegitimidad de aquel sujeto que fundamenta la nación (Estado-Nación), sobre un fondo historiográfico que Salazar no ha vacilado en denominar “Drama interno de la Nación”<sup>160</sup>.

Tras señalar la argumentativa formalización de la relación ‘pueblo-nación’ –como perspectiva exclusiva de un sector de la disciplina historiográfica identificado con un ‘Drama interno de la Nación’; Salazar, tratará de despojar el carácter no-cualitativo (abstracto-metafísico) de la ‘nación’ que se atribuye al ‘pueblo’ –y a su sujeto. Para de esa manera, acceder hacia una dimensión desconocida por la historiografía tradicional o patricia. En lo respecta, se puede inferir, que desde la perspectiva ‘monista’ de la historiografía, la idea es dar con interpretación que muestre la configuración ‘morfológica de la nación’, y las interpretaciones filosóficas universalistas sobre el ‘pueblo’; dejando de la lado, la ‘experiencia del pueblo’ en tanto tal.

La experiencia del ‘pueblo’, que señala el autor, es precisamente el carácter *desalienado* del ‘pueblo’ en tanto tal. Por tanto, existe una ‘experiencia’ con un carácter *alienado* del ‘pueblo’. Y por ende, un sector de la sociedad que ejerce la opresión ‘desde arriba’ al ‘pueblo’ en tanto tal. Desde esta manifestación de *dialéctica real*, se deriva, explícitamente, una relación entre ‘alienadoras y alienadoras’: una fractura de la comunidad.

### **La comunidad fraternal de trabajadores (la *sinécdoque* inicial).**

Según Salazar (y varios historiadores sociales) la “ruptura histórica de 1973”, es el punto de partida para la renovación *semántica* del ‘pueblo’ –así como también, un punto de inflexión para la disciplina histórica<sup>161</sup>. Tal renovación, apunta a una re-

---

<sup>159</sup> *Ibíd.* Pág. 12.

<sup>160</sup> *Ibíd.* Pág. 13.

<sup>161</sup> Para esta temática ver: *Manifiesto de historiadores*. Grez, Sergio y Salazar, Gabriel. Edit. LOM, 1999.; “En gran medida, la manipulación que se observa en el juicio histórico [de “Carta a los chilenos” de Augusto Pinochet U] sobre: a) el proceso democrático anterior al Golpe militar de 1973; b) el proceso político bajo condiciones de dictadura que le siguió (1973-1990); y c) sobre los problemas de derechos

conceptualización del ‘pueblo’, re-encontrando los significados del ‘pueblo’ que se concebían *antes* de la ‘ruptura histórica de 1973’; “por otro lado, al perder las ideas, con esa ruptura, los significados precisos que les daban los actores sociales del período anterior a 1973, se enfrenta hoy al problema –algo esquizofrénicos- de que sus significados tienden a regirse más por las acepciones múltiples de los diccionarios que por la fuerza de uso social”<sup>162</sup>. La ironía solicitada aquí por Salazar, evoca, de manera concreta, la pérdida de una comunidad; la pérdida *significativa* de la orientación político-popular de los cambios sociales. Pero, exige, una nueva re-orientación *histórica* del proyecto popular chileno; lo cual implica, una re-escritura terminológica del concepto ‘pueblo’: esta vez, creado por el mismo sujeto popular. Y en esa misma tarea se puede decir que, Salazar suele entender la ‘ruptura histórica 1973’ como una pérdida del significado histórica de ‘pueblo’ (ruptura), empero, del continuo quehacer histórico del ‘bajo pueblo’ de su propia historicidad (continuidad); esta doble imagen del significado del ‘pueblo’, siente una ‘pérdida’ a nivel semántico del significado, pero, redobla sus fuerzas históricas en el quehacer popular.

Con respecto a lo primero, es ante todo, la pérdida de una imagen. En tanto, la primera tarea de Salazar constituye la recuperación del cuerpo comunitario, una recuperación de la imagen del *ser-en-conjunto*. En esta empresa inicial, es importante establecer el *acontecimiento* de 1973 (Golpe de Estado en Chile, 1973) como momento explosivo del significado ‘pueblo’, de ahí surge la *necesidad* de reestablecer el significado de ‘pueblo’; pero ahora, bajo el signo de ‘lo popular’. Esta innovación del signo ‘pueblo’, se debe a la recuperación del cuerpo comunitario, y como una reestructuración de la fragmentación del mismo. Y como última instancia, es la recuperación de una esperanza.

---

humanos y soberanía suscitados durante y después del advenimientos del último proceso”. Pág. 8. Ver también: “Construcción del Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad”. Salazar, Gabriel. *Proposiciones*, n°24 “Estado y Clases Políticas”, edic, SUR, Agosto 1994: “Antes de 1973, la clase popular se había movido, con no menos decisión, contra el neoliberalismo interior y exterior, apoyando entonces los modelos nacional-populistas de los presidentes Eduardo Frei (padre) y Salvador Allende. Por lo que tampoco ha de extrañar que esas experiencias también se hayan grabado profundamente en su memoria histórica”. Pág. 102. Ver, de manera más temprana, el capítulo introductorio; Salazar, Gabriel: *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*: “Sin embargo, la ruptura histórica de 1973 quebró la espina dorsal de varias tendencias históricas que habían cobijado el desarrollo del primer movimiento popular chileno. Eso implicó la modificación del basamento fundamental sobre el que se construyeron los sistemas teóricos de la fase 1948-73”. Pág. 8. Ver, a la vez: Salazar, Gabriel: “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile, 1950-1973”, *Revista Nueva Historia*, Londres, 1982, art. N°4, año 2: “Ha habido, pues, desde 1967 o 1973, una ruptura histórica significativa, particularmente en la cara interna del proceso chileno. La ‘dependencia’, una cambiante magnitud históricamente condicionada [...] ha cambiado de carácter nuevamente”. Pág.78.

<sup>162</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores*,... Pág. 10

En palabras de Salazar, la manera de conseguir la re-unificación del ‘pueblo’ –en un nivel ‘real-concreto’- es nivelando semánticamente lo que une al ‘pueblo’ previamente: la solidaridad.

De todas formas, en el carácter de *igualdad* y *libertad* de la comunidad popular se deja entrever en varias manifestaciones de los personajes del ‘bajo pueblo’, un carácter *pre-político*:

“El peón dio su batalla contra el proceso lento pero duro de la proletarización en la forma ‘vagabunda’ que él conocía (es decir, con desacato a la autoridad del patrón) y en un terreno que dominaba mejor que nadie. No hubo enfrentamiento al Estado, ni referencia a objetivos ideológicos de mediano o largo plazo. No fue, pues, una lucha política, sino una resistencia pre-política contra las fuerzas que amenazaban su independencia y las expectativas abiertas por la búsqueda libre de su propia fortuna”<sup>163</sup>.

Como *libertad* –en este caso-, también implica *igualdad*. Todo cuerpo de la comunidad exige un lugar de la *igualdad*. En esa medida, como pérdida de la comunidad –a través de la ‘ruptura de 1973’- existe una pérdida de la *libertad*, por un lado; y, a la vez, una pérdida de la *igualdad*. No obstante, el fragmento citado, es una referencia del siglo XIX sobre el ‘peón’ y el ‘vagabundaje’; por tanto, existe una inferencia que tiene relación con el pasado *antes* de 1973, y que cobra una lógica experiencial sucesiva de lo pretérito; es decir, hacia un mito de ‘lo popular’ pre-estatal.

Las reestructuraciones de lazos, se basan en un rasgo independentista de los sectores populares (cualidad *irónica* del ‘bajo pueblo’, considerando el proceso de *independencia* en Chile entre 1810-1818); “este rasgo independentista de la capa inferior de la clase trabajadora pudo tejer un sistema propiamente popular de relaciones”<sup>164</sup>. Este sistema de relaciones propiamente popular, tiene su base en un sentimiento particular; la solidaridad.

La solidaridad indica trabajo *para-otro*; significa *dar* (*don*). El ‘don’ del ‘bajo pueblo’ es la solidaridad propiamente tal. Su lugar de esparcimiento, es la comunidad: en tanto tal, *comunidad fraternal*. Desde otro lado, el *trabajo* –en Salazar- no indica trabajo en torno a la producción y serialización de productos específicos, o, producción dentro de un modo de producción capitalista; es más bien, *actividad*. En tanto, la ‘solidaridad’ menciona la ‘actividad que es-para-otro’, “la comunicación viva con otros chilenos de

---

<sup>163</sup> Salazar, Gabriel: “El movimiento teórico...” Pág. 56.

<sup>164</sup> *Ibíd.* Pág. 57.

carne y hueso”<sup>165</sup>, y por lo cual, como *actividad* pre-existente, a cualquier forma de organización política moderna que se establece a través de la instalación de un Estado-Nación chileno. Y, por consiguiente, lo que se puede derivar de esta conjetura y apreciación, tiene que ver con la *fisiología* del ‘pueblo-nación’, empero, de un rescate de la experiencia popular dentro de esa perspectiva (o sea, “una experiencia común”). ¿Es posible una ‘experiencia común’, en el bajo pueblo o en la nación? Según las apreciaciones de Salazar, en el ‘pueblo-nación’ existe un sentimiento patriótico abstracto de comunión: que “alude a un proceso histórico pasado, concluido en el presente, sobre el que se sustenta un sentimiento común de mera identidad”<sup>166</sup>. En cuanto a las posibilidades de realización de una comunión –en esta perspectiva-, se encuentran en la superficialidad de una morfología de la ‘nación’, e inserto, en el “Drama interno de la Nación”: es decir, dentro de las ‘epopeyas, guerras y espíritu’ de aquella Nación.

Ahora, para continuar la respuesta a la doble pregunta; las posibilidades de comunión en el ‘bajo pueblo’ –según Salazar- se efectuarían con mayor concreción y realidad en base al *trabajo*<sup>167</sup>; entendido como una actividad alterna a las grandes explotaciones de ‘mano de obra’ –indígena tempranamente, y, popular posteriormente. Es el *trabajo*, entonces, lo que mantiene la comunión de los sectores, y más bien, su *común* explotación de parte de la élite criolla-española, y de manera ulterior, la élite político-nacional

“En Santiago, el barrio popular La Chimba estuvo compuesto, originalmente, por doblamientos llevados a cabo por artesanos independientes que, en su mayoría, eran indios. Fue así que, cuando el ‘trabajo-masa’ dio paso al concepto de ‘trabajo artesanal’, la mayoría de los grupos discriminados (colonos pobres y ‘castas’) *continuaron existiendo* al margen del sistema social oficial de trabajo”<sup>168</sup>.

La permanencia de su *existencia*, se debe a los mecanismos de solidaridad cristalizados en la *comunidad fraternal de trabajadores*. Es bien sabido la distancia que existía entre

---

<sup>165</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores*,.... Pág. 14.

<sup>166</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores*,.... Pág. 13.

<sup>167</sup> Existe un temprano proceso de alienación del trabajo en los ‘pueblos de indios’ pre-revolucionarios, a lo que Salazar ha denominado ‘trabajo-masa’, como la conceptualización de la *acitividad* de los sectores populares en el período colonial, en torno a la ‘esclavitud’ –primero-, y en base al sistema de coerción laboral de la ‘encomienda’, pp. 24-26. Tal proceso, continúa con una sofisticación del sistemas laboral hacia el ‘trabajo-artesanal’, que una vez sometido al ‘servicio personal’, se escurría en una formalización y especialización del trabajo en tanto tal; quedando a la deriva, los denominados por la época ‘vagamundos’, o, ‘mal entretenidos’, que no entraban en aquella categoría. Posteriormente, hacia una ‘masificación de la producción’ (1700), se retoma la conceptualización del ‘trabajo-masa’, debido a la ardua exigencia de mano de obra ‘con fuerza física’. Ver, Salazar, Gabriel: *Labradores, peones y proletarios*, edic. LOM., Mayo 2000, pp. 28-30.

<sup>168</sup> *Ibíd.* Pág. 28. La cursiva es mía.

*demos* y Ciudad, los grados de exclusividad y discriminación que se conforman en su creación originaria clásica.

La noción de *comunidad fraternal de trabajadores*, vendría a ser la clausura implícita y estratégica que realiza Salazar, para conformar un sostén narrativo de elaboración historiográfica. Según Hayden White, -aplicado para este caso- la *sinécdoque* daría la mejor ‘relación’ de los elementos, como estrategia tropológica para abordar el texto histórico; relación que compone, la ‘parte’ por el ‘todo’, o, el ‘todo’ por la ‘parte’: “La ‘parte’ de la experiencia que es aprehendida como ‘efecto’ es relacionada con la ‘parte’ que es aprehendida como ‘causa’ a la manera de una reducción. Por el tropo de ‘sinécdoque’, sin embargo, es posible interpretar las dos partes a la manera de una *integración* en un todo que es *cualitativamente* diferente de la suma de las partes y del cual las partes no son sino replicas *microcósmicas*”<sup>169</sup>. Para este caso, de la *Comunidad fraternal de trabajadores*, se cumple una función reversa entre la ‘parte’ por el ‘todo’; aquí, el ‘todo’ co-relaciona la ‘parte’, dando una característica total de las partes de una comunidad.

\*

Dentro de la historiografía nacional actual es vasta la producción de artículos, tesis, libros, y textos históricos en general, que su temática -o problemática- giran en torno alrededor del signo ‘pueblo’: la gran mayoría de ellas, siguen un canon historiográfico que deambula entre una noción de ‘pueblo’ más tradicional, y, otra que tiene sus perspectivas en la historia social. La primera noción, relaciona su significación en torno a interpretaciones que tiene como referencia a la nación, y sus implicancias republicanas. La otra noción, se funda en las interpretaciones que –en este caso- Salazar ha entregado en el desarrollo historiográfico sobre el ‘pueblo’; de ahí su importancia como historiografía social propiamente tal, ya que, sus diferencias radican (aparte de una evidente distancia interpretativa) en cómo ‘escriben’ y ‘narran’ las experiencias del ‘pueblo’. Y como tal, las diferencias radican en la *forma* en que se narran los hechos acontecidos; en el cuadro estructural del ‘texto-a-producir’, se exponen las líneas ‘metodológicas’ y ‘epistemológicas’ del estudio. No obstante, es posible *identificar* previamente el cuadro referencial de aquellas exposiciones, y de lo que cabe preguntar, ¿por qué Salazar no prosiguió con la línea tradicional de ‘pueblo’ –que venía analizando Edwards y Góngora- y decidió dar un giro interpretativo a la noción de ‘pueblo’?

---

<sup>169</sup> White, Hayden: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Edic. FCE., México, 1992, pp. 44.

Seguramente, nunca sabremos aquellos motivos o razones de sus elecciones (no es el afán de estudio tampoco), pero de lo que si es evidente, es la *re-configuración* del ‘pueblo’ desde un punto de vista crítico y escritural.

La figura del ‘pueblo’ –en Salazar- remite a un cuerpo *determinado* del cual se ‘escribe’ y ‘narra’; remite a una consciencia ‘libre’ y ‘desalienada’, en donde se concentra el desarrollo de un “proceso de humanización” ‘desde abajo’ y subterráneo. Esta forma metonímica de interpretación del ‘bajo pueblo’, crea la *forma* escritural del mismo.

A partir de ahí, se hace *necesario* una problematización y un cuestionamiento del concepto ‘pueblo’ en Salazar; y por eso es que, en este estudio, se incluyen algunas perspectivas desde la filosofía política contemporánea para su problematización – específicamente, de las reflexiones y apreciaciones que entrega el filósofo francés Jacques Rancière, acerca de la noción de ‘pueblo’ y ‘comunidad’. Sus aportes, acerca de la noción de ‘pueblo’ apuntan a un cuestionamiento constante del concepto *democracia* como aquel régimen político de donde se *incluyen*, pero, se *neutralizan* a la vez, las voces que exigen un escenario de la *demanda*. En tanto, donde se aglomeran las *diferencias*, empero, de una ausencia constante del litigio.

Simultáneamente, iremos analizando la conceptualización de ‘pueblo’ salazariano, y sus modos de representación historiográficos. Para de esa manera, confrontar una *aporía* representacional del ‘pueblo’ en sí mismo, desde la historiografía social en particular.

El libro por excelencia de Salazar, para encontrar una ‘formación’ de la sociedad popular chilena en el siglo XIX, es *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*. Aquí se exponen (se escriben), las “definiciones mínimas” acerca del ‘pueblo’; sin embargo, es considerable señalar que aquellas “definiciones mínimas”, que el autor señala como características del ‘pueblo’, no apuntan a una concentración abstracta de elementos organizados cuantitativamente, sino más bien, apuntan a la concentración unitaria (e indivisible) de un elemento *moral* básico en el desarrollo empírico del ‘bajo pueblo’ –esto, en Salazar, no podría ser de otra forma, ya que, sería inconsecuente con la crítica que plantea hacia los estudios basados en el análisis teóricos categoriales-estructurales acerca del ‘pueblo’.

Aquel elemento *moral* básico: es la solidaridad. Elemento *moral*, que hace frente a las distintas etapas de alienación del ‘bajo pueblo’ en los modos de producción capitalistas y en un Estado político moderno, y que se fortalece históricamente frente a estos intentos “violentos y desgarradores” de oprimir a los sectores populares desde un complejo sistema de violencia política; en un modo de efecto *reverso* y *dialéctico*:

“En una sociedad desgarrada por una mecánica interior de alienación, el drama no es vivido por toda la nación, sino sólo por una parte. Pues la alienación es una corriente de un fuerza unidireccional que, dirigida desde un sector social, oprime otros sectores sociales al extremo de producir la encarnación de *anti-valores humanos*. A la inversa del sentimiento patriótico, el poder social opresor y la fuerza histórico-social no están homogéneamente distribuidos, ni marchan unísonamente. Es que la fuerza alienadora, aun cuando demuestra su potencia oprimiendo una parte de la nación hasta su negación humana, no transmite a los oprimidos su energía material o física, y otra puramente histórica. La primera la retiene y la multiplica, pero la segunda la transfiere a los alienados, irreversiblemente. Y este proceso de transferencia no puede ser, a su vez, oprimido. Es por ello que las masas alienadas despojan a los alienadores de su historicidad, precisamente a través de los mecanismos de opresión, y más mientras más alienantes sean éstos. Pero ¿cómo se explica esa transferencia de energía histórica?”<sup>170</sup>

Salazar responde a esta autopregunta de la siguiente manera:

“Pues, si el proceso histórico es *–conforme indica el sentido común–* no otra cosa que la energía social aplicada al desenvolvimiento pleno de la naturaleza humana, es decir, un proceso de humanización permanente, entonces la ‘historicidad significativa’ radica principalmente en aquellos hombres que buscan con mayor *intensidad e inmediatez* su propia humanización, y/o la de otros. La compulsión humanizante –que es uno de los caracteres distintivos de los hombres y mujeres de base– se exagera, se acumula y se desarrolla precisamente cuando los factores alienantes incrementan su presión. Es por esto, que la historicidad se concentra progresivamente en las masas alienadas, y si el ‘pueblo’ es a la ‘nación’ lo que la dinámica a la estática y lo específico a lo general, entonces ‘el pueblo’ no es sino la parte alienada de ‘la nación’. El ‘pueblo’ es la parte de la nación que detenta el poder histórico”<sup>171</sup>.

La exposición de estos fragmentos definitorios de la conceptualización de ‘pueblo’ por parte de Salazar, fundamentan; por un lado, el carácter de ilegitimidad del poder histórico preservado para una ‘élite social’ determinada; y por otro, estima que el carácter del cuerpo social propiamente tal, encuentra su determinación en la ontológica formación de su propia historicidad. Por tanto, la posibilidad de una ‘escritura de la historia’ por/para/desde el ‘pueblo’, es posible realizarlo bajo el alero de una ‘experiencia-común’.

En esa medida, la historiografía salazariana, vendría a establecer –ante cualquier política restringida e inmanentista– un estilo de historiografía política, que a la vez cuestiona a la

---

<sup>170</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores*,.... Pág. 15. La cursiva es mía.

<sup>171</sup> *Ídem*. Las cursivas son mías.

misma. Esto debido, a las fuertes críticas de legitimidad social que carece una política estatal, así como también una incipiente “Nueva historiografía Política”. Y como tal, permite cuestionar la misma conceptualización de ‘pueblo’.

Cuestionar la noción de ‘pueblo’ de Salazar, significa retrotraer unos de los pilares poderosos de la historiografía social en su orden del discurso<sup>172</sup>; así como también, significa, degradar la noción de ‘pueblo’ en que se han realizado estudios historiográficos completos sobre ‘lo popular’ bajo el mismo orden<sup>173</sup>. Estos estudios varían tanto en sus enfoques metodológicos como en sus puntos de vistas epistemológicos, pero que dentro de un canon establecido de la historiografía social, su escritura gira en torno a la misma concepción Salazariana de ‘pueblo’ -remite a la misma corporalidad del ‘pueblo’.

Si se analiza con detención -y bajo el prisma teórico-metodológico de este estudio-, notaremos que la historiografía de Salazar (y por que no, un eventual ordenamiento del discurso en la ‘Nueva Historia social’), si bien se posiciona como una constante crítica a la historiografía tradicional o ‘patricia’ desde un punto de vista epistemológico de conocimiento histórico, esta crítica historiográfica no logra ‘desmarcarse’ como característica *complementaria* de un marco historiográfico intelectual nacional<sup>174</sup>, al cual

---

<sup>172</sup> M. Foucault se hacía la siguiente pregunta en torno al discurso “¿qué hay de tan peligroso en el hecho de que la gente hable y de que sus discursos proliferen indefinidamente? [...] y respondía de esta manera:”Resaltaré únicamente que en nuestros días, las regiones en las que la malla está más apretada, allí donde se multiplican las casillas negras, son las regiones de la sexualidad y la política: como si el discurso, lejos de ser ese elemento transparente o neutro en el que la sexualidad se desarma y la política se pacifica, fuese más bien uno de esos lugares en que se ejercen, de manera privilegiada, algunos de sus más temibles poderes”. M. Foucault: “*El orden del discurso*”, 1973. Edic. FABULA-Tusquets editores, 1999. Pág. 14-15; no cabe duda, que tales apreciaciones acerca del discurso (y, a la vez, del lenguaje) recaen en la historiografía en particular, de modo tal, que cualquier conceptualización discursiva dentro de las disciplinas de las Cs Sociales y Humanas, que pretenda sostenerse inmanentemente mediante el poder, puede doblarse y fragmentarse por su propio caudal de legitimidad. Algo similar suele ocurrir, con el discurso sobre ‘lo popular’ en la historiografía social nacional. Corre el peligro acerca de la ‘existencia’ del ‘pueblo’ propiamente tal, y por ende, su representación parcial.

<sup>173</sup> Por nombrar algunos, se encuentran María Angélica Illanes en *Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*, [edic. LOM, Santiago, 2003]; que basa su argumento en las formas de relaciones social y culturales del ‘lo popular’ que se realizan en un campo de fuerza donde choca la dicotomía disciplina/resistencia, generada en el proceso de conformación de un ‘ordenamiento económico’ decimonónico con los ‘sectores populares’. En esa línea, Mario Garcés, también analiza en su texto *Crisis social y motines populares en el 1900*, [2<sup>a</sup> edic. LOM, Santiago, 2003]; la discursividad y políticas estatales en torno a la denominada ‘cuestión social’, la cual se jactaba de un discurso ‘estatal’ indiferente y reducido a anomalías de los procesos económicos generales o globales, olvidando las consecuencias socio-culturales que se articulaban en demandas sociales expuestas en manifestaciones y motines, para eso analiza las protestas de Santiago en 1905, Antofagasta en 1906, Iquique en 1907, colocando mayor atención en la protesta de Valparaíso de 1903.

<sup>174</sup> Salazar se muestra dubitativo frente a este alcance, en el siguiente párrafo: “Sin duda, aun cuando es imprescindible mantener la idea de ‘historia nacional’ como *continente* natural del análisis, no es posible conservar aquí la tesis monista del sujeto histórico nacional ‘indiviso’, ontológicamente homogéneo y valóricamente irrenunciable”, Salazar, Gabriel: *Labradores,....* Pág. 14. La cursiva es mía. De cierta

pretende superar –que por lo cual, genera una suerte de ineficacia específica de gran parte de los fundamentos de su crítica hacia una historiografía academicista, intelectual, nacional, y ‘patricia’. Sin embargo, lo que mantiene vigente a la historiografía salazariana, es el potencial de *su* referente: dentro de las pretensiones de este estudio se encuentra la posibilidad de cuestionar argumentativamente el concepto de ‘pueblo’ salazariano. Para eso –como señalábamos anteriormente-, utilizaremos las apreciaciones acerca del concepto ‘pueblo’ que entrega J. Rancière, y las iremos contrastando con la aplicabilidad del concepto ‘pueblo’ que emplea Salazar para interpretar el pasado como tal.

Una de las primeras definiciones de ‘pueblo’ que entrega Rancière apunta al carácter *suplementario* de la noción de ‘pueblo’:

“El pueblo que es el sujeto de la democracia, por tanto el sujeto matricial de la política, no es la colección de miembros de la comunidad o la clase laboriosa de la población. Es la parte suplementaria respecto de toda cuenta de las partes de la población, que permite identificar con el todo de la comunidad la cuenta de los incontados”.<sup>175</sup>

Esta definición entregada por Rancière, contrastada con la entregada por Salazar, des-ata la lógica histórica de la concepción de ‘pueblo’ elaborada desde el “marxismo más fino”. Esto supone, por otro lado, que existe un *acontecimiento fundacional* que crea un excedente y un vacío de ‘lo político’ como ‘suplemento’: en este sentido –al modo salazariano-, aquel excedente sería la existencia de un sector de la sociedad ‘desalienado’, con la figura del “vagamundo” propiamente tal. Funda, al mismo tiempo, a la Política, y como tal, el reparto de los cuerpos (funciones y divisiones) de la sociedad, y forma, a la vez, el residuo de aquel reparto (incontados). Ahora bien, esto supone que existe una ‘teoría del vacío’ por el cual interpretar; una de ellas sería la *anarquía*, “la ausencia de legitimidad del poder, constitutiva del espacio mismo de la política”<sup>176</sup>. Y que en ese sentido, sería una interpretación muy acorde a las apreciaciones y conjeturas que entrega Salazar:

“La legitimidad no ha operado en la historia como fuerza ciudadana, sino, predominante, como retórica para justificar construcciones ilegítimas. Bajo la mirada histórica, esa adulteración se hace visible no sólo en los (abusivos) regímenes dictatoriales, sino también en aquellas (vacilantes) democracias cuyos líderes deben, por ‘razones de

---

manera, Salazar, se mantiene dentro del marco histórico (u orden del discurso) de la historiografía nacional academicista.

<sup>175</sup> Capítulo 4: *Diez tesis sobre la Política*; la analizada es la tesis 5, en Rancière, Jacques: “Política, policía y democracia”. Edic, ARCIS-LOM, 2006. Pág. 66.

<sup>176</sup> *Ibíd.* Pág. 67

Estado', sembrar olvido social, a objeto de cosechar estabilidad política [...] Al hacer el balance de los procesos de construcción de Estado en Chile, *resta un saldo neto de anomalías*, que denotan ilegitimidad".<sup>177</sup>

En tanto, se puede inferir que aquel *acontecimiento fundacional* que creó al 'pueblo' como excedente y vacío 'suplementario' en Chile, es parte de la lógica (*logos*) universal de fundación occidental de la Política clásica, que se refleja en la construcción de un Estado que reúne las cualidades del "bien común". (Aunque aquí, hubo un salto abrupto en años de historia política occidental, es con la clara intención de no realizar una revisión del concepto de 'pueblo' en base a perspectivas socio-históricas y científico políticas).

Existe, de todas formas, una segunda interpretación para este vacío o excedente característico de la Política: este es, el decapitamiento del Rey<sup>178</sup>. Este decapitamiento significa la instauración de la democracia. Provocando la pérdida de un símbolo del poder como tal, y a la vez, la pérdida de un política específica. Empero de esta significación, "a dicha interpretación, opondremos que el doble cuerpo no es una consecuencia moderna de un sacrificio del cuerpo soberano [del Rey], sino un dato constitutivo de la Política. Es primero el pueblo, y no el rey quien tiene un doble cuerpo"<sup>179</sup>. Esta idea del decapitamiento del Rey, crea un imaginario representativo de lazos constitutivos de plenitud democrática, la representación exacta de *un* cuerpo del pueblo soberano; irónicamente, si fuese así, no habría empresa historiográfica dedicada a archivar y registrar las demandas populares a través de la historia, y por consiguiente, la mismísima historiografía tendría un rostro totalmente ajeno y distinto. Tal como lo confiesa Salazar al comienzo del artículo citado; "este trabajo se refiere a 'lo que pudo haber sido y no fue'"<sup>180</sup>. De esa manera, la dualidad del cuerpo del 'pueblo', es su característica fundante en el estrato de la Política, y remite, exclusivamente, como excepción a algún tipo de dominación.

De este modo, podemos apreciar que la empresa historiográfica de Salazar está sujeta (es sujeto) a la ausencia de una estructura significativa originaria, y que en la *forma* representacional tiene como referente unívoco -para crear la "realidad histórica"- un 'pueblo' *suplementario-vacío* irrepresentable. De lo cual, esto no quiere decir, que *no*

---

<sup>177</sup> Salazar, Gabriel: "Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad", *Proposiciones* n° 24, Agosto 1994, edic. SUR. Pág. 93-94.

<sup>178</sup> Rancière, Jacques: *Política, policía...* Pág. 67-68.

<sup>179</sup> *Ibíd.* Pág. 68.

<sup>180</sup> Salazar, Gabriel: "Construcción de Estado...". Pág. 92.

*existan* demandas y reclamos populares que constituyan especificidades contingentes – en un nivel histórico o actual-, o, tampoco quiere decir, que no hayan existido los problemas sociales que se describen en su manera particular –en la misma forma. Sólo se quiere decir, que el modo representacional del ‘pueblo-excedente’ (o ‘bajo pueblo’, al modo de Salazar) radica exclusivamente en *quién* dispone de una fijación experimental con aquellos valores que se disuelven en la lógica política del comienzo (o *arkhé* de la política<sup>181</sup>) bajo una forma nostálgica. Ahora bien, en el caso de Salazar, unos de esos valores excluidos del sentido originario es la solidaridad.

Valor fundamental de cohesión, que remite a la transmisión necesaria de un estado de la comunidad. Se podría decir también, con bastante discreción y profundidad, que la empresa salazariana tiene que ver con ‘traer’ (o ‘regresar’) la noción imaginaria de la Política a la historia social (al ‘pueblo’ en ese caso), mediante la representación sublime de una ‘experiencia-de-ser-en-conjunto’ –como restitución de una ‘comunidad’- que poseía la historiografía tradicional y ‘patricia’, bajo el sentimiento abstracto de la ‘nación-patria’; y que después, mediante la aparición de la ‘ruptura histórica de 1973’, paso al contenido del “Drama interno de la Nación”. Ambas instancias, de todas maneras, apuntan a una apelación del “sentido común de los chilenos”, o más bien, a la Comunidad como tal.

\*

Salazar, en *Labradores, peones y proletarios*, resalta este sentimiento básico de cohesión del ‘bajo pueblo’ -que es la solidaridad- en la siguiente explicación sobre las reparticiones y propiedades de tierras del inquilinaje del siglo XIX: “La alta densidad del poblamiento campesino se dio también en el caso de las familias o labradores que se asociaron, por simple amistad, parentesco, o convivencia, para ocupar retazos de tierra de alguna mayor extensión”<sup>182</sup>. Asimismo, a la hora de arraigar la solidaridad en el ‘pueblo’, Salazar busca *instancias* en que el orden económico capitalista oprime de manera considerable al ‘inquilino’ o ‘peón-gañan’ en sus distintos modos de realización, y de esa manera, entrega una visión des-doblada de la actitud de los sectores populares,

---

<sup>181</sup> Jacques Rancière establece la especificidad de la ‘comunidad’ mediante la ruptura que establece –en ella- el comienzo (*arkhé*) de la lógica política; “La lógica del *arkhé* supone así una superioridad determinada que se ejerce sobre una inferioridad determinada. Para que haya sujeto de la política, y por tanto política, es preciso que exista ruptura de esta lógica”. Rancière, Jacques: *Política, policía y democracia*

<sup>182</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores,....* Pág. 134.

en forma de resistencia doblada en potencia y autonomía<sup>183</sup>. Unas de esas *instancias* problemáticas, giran alrededor del ‘trabajo’ peonal y sus ‘cualidades tecnológicas’ para la producción económica industrial de la época:

“La descampesinización del peonaje fue, pues, más rápida que su proletarización industrial. La arritmia consiguiente llevó a la sedimentación universal del peonaje en un estadio intermedio de su evolución histórica. En ese sentido, el peonaje fue una masa laboral excedente que se estancó a medio camino entre su origen campesino y su destino proletario-industrial [...] Hacia 1780 las haciendas parecían haber alcanzado el punto en que podían generar internamente no sólo el número adicional de peones que su desarrollo iba requiriendo, sino también un *excedente*, esto es, una super-población relativa. Como consecuencia de ello, los hijos más jóvenes de los inquilinos y peones estables adquirieron el status de ‘trabajadores excedentes’”<sup>184</sup>

Esta población de ‘reserva’ que mantenía la Hacienda, que fueron denominados “afuerinos” o “gente suelta”<sup>185</sup>, re-doblaba sus capacidades como fuerza de trabajo; y de esa forma terminaba gradualmente con su *origen* campesino hacia un proceso de proletarización. Su presencia de “intruso” indicaba un *afuera* exclusivo de la población, en donde se concentraba la fuerza de trabajo de ‘reserva’ para la Hacienda.

Si bien estas apreciaciones de historiador nacional, dan vueltas sobre la apreciación del trabajo como fuerza de trabajo explotada, indican, tropológicamente, la ineficacia de dar con un relato histórico del ‘campesino’ *afuera* del circuito socio-económico de la Hacienda. Es decir, la figuración del relato acerca de la situación ‘vital’ del peón del siglo XIX, se sigue produciendo en *un* solo cuerpo del carácter del ‘pueblo’. Podemos preguntarnos entonces, “¿hacia dónde podía emigrar la población rural excedente en 1800?”<sup>186</sup> Para Salazar, tal población, emigró hacia los distritos mineros del norte; donde, una vez instalados, la gran mayoría de los que emigraron –e instalaron nuevamente-, también fueron identificados como “afuerinos”. Frente a esto, lo que se quiere explicar aquí, no es la escritura de una reabundancia del esquema de movimiento transitivo de vida del ‘peón-gañan’; más bien, la exposición ejemplar consiste en demostrar un *doble* cuerpo del ‘pueblo’, basado en su presencia y ausencia, de la escritura sobre la “crisis del campesinado”. Si bien, los “afuerinos” –o “gente suelta”-

---

<sup>183</sup> Cabe señalar que Salazar establece a la *dialéctica real* (o *dialéctica misma*) como la transición histórica permanente entre clases diferenciadas, que se enfrentan en la idea campal de doblegarse a través de sus ‘fuerzas’, re-doblando su potencia (e historicidad) en el aquel enfrentamiento: todo esto, bajo un proyecto alterno al proyecto moderno económico-político del Estado-nación, y que pasaremos a ver más adelante.

<sup>184</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores*,.... Pág. 153-154. La cursiva es mía.

<sup>185</sup> *Ídem.*

<sup>186</sup> *Ídem.*

poseen su presencia en la re-instalación (o re-ubicación) en los asentamientos mineros del norte de Chile (cuyos límites por entonces, eran las ciudades de La Serena y Copiapó), de manera integrada en su imposibilidad, Salazar se limita a re-nombrarlos con la terminología patricia de la época, llamándolos “afuerinos”. Y, a la vez, no ‘los’ logra representar desde *afuera*<sup>187</sup>.

Ahora, no es menor resaltar esta apreciación sobre la migración del campesinado hacia norte de Chile, ya que, unas de las instalaciones y propuestas teóricas de Salazar consistía en escribir la historia popular desde la ‘cotidianidad’ del ‘pueblo’, desde sus prácticas ‘des-alienadas’; pero lo que se escribe insistentemente, es su enfrentamiento constante frente a la ‘autoridad’ y ‘propietarios’, es su frustración y crisis, es decir; los procesos de alienación del trabajo de una fractura de la comunidad ¿Acaso el ‘pueblo’ no canta, no recita, no baila?, ¿acaso no *excede* la propia escritura salazariana? La consistencia del significante ‘pueblo’, radica entonces, en la multiplicidad de ‘experiencias y prácticas’ que no son ostensibles de aprehender, pero sí, de significar<sup>188</sup>. En base a esto, –y siguiendo la idea de ‘pueblo’ de Rancière-, el *demos* (el ‘pueblo’) es aquel que excede a cualquier orden de la sociedad como tal, procurando siempre, su contabilidad dentro de una totalidad de los incontados de las partes de la comunidad. Lo

---

<sup>187</sup> Para solventar la argumentación de este párrafo, son útiles las apreciaciones que J. Derrida realizó sobre la relación entre escritura e historicidad. Diciendo, “que la historicidad misma está ligada a la posibilidad de la escritura: a la posibilidad de la escritura en general, más allá de las formas particulares de escritura, en nombre de las cuales durante mucho tiempo se ha hablado de pueblos sin escritura y sin historia. Antes de ser objeto de una historia –de una ciencia histórica- la escritura abre el campo de la historia –del devenir histórico-” [*De la gramatología*, Edic. siglo XXI, 6ª edic., 2000, pp. 37-38.]. Asimismo, dicha relación, entra en una conjetura más profunda cuando se trata del *afuera* y el *adentro* de la lógica de la escritura (como posibilidad de la historicidad), “se sospecha ya que si la escritura es ‘imagen’ y ‘figuración’ exterior, esta ‘representación’ no es inocente. El *afuera* mantiene con el *adentro* una relación que, como siempre, no es de mera exterioridad. El sentido del *afuera* siempre estuvo en el *adentro*, prisionero fuera del *afuera*, y recíprocamente” [*Ibid.* pp. 46]. Para dar con la ‘exterioridad’, Salazar, se encontraría en la autocancelación de la idea que “se trataría, como para Rousseau por ejemplo, de una ruptura con la naturaleza, de una usurpación que iría a la par con la ceguera teórica acerca de la esencia natural del lenguaje, en última instancia sobre el ‘vínculo natural entre los signos instituidos’ de la voz y ‘el primer lenguaje del hombre’, el ‘grito de la naturaleza’” [*Ibid.* pp. 47].

<sup>188</sup> Michel DeCerteau, es uno de los referentes historiadores insoslayables a la hora de remitirse sobre la representación de las ‘prácticas y vida cotidiana’. En su propuesta entrega unas de las brillantes apreciaciones acerca de la ‘maquinaria de la representación’. En esto, establece dos operaciones principales que caracterizan la ‘maquinaria de la representación’: la primera, “busca *sacar* del cuerpo un elemento que es excesivo [...] o bien trata de añadir al cuerpo lo que le falta. [...] Desde dentro o desde *afuera*, corrigen un exceso o un déficit, pero ¿con relación a qué? [...] esta actividad extractora o aditiva remite a un *código* [...] A decir verdad, sólo se convierten en cuerpos al ajustarse a estos códigos. [...] Tal vez la frontera extrema de estas escrituras incansables, o al horadarlas con *lapsus*, quede solamente el grito: el que escapa, se les escapa. Del primer grito al último, alguna otra cosa irrumpe, que sería la diferencia del cuerpo, a veces *in-fans* y maleducada, intolerable en el niño, la posesía, el loco o el enfermo: una falta de ‘modales’”. DeCerteau, Michel: *La invención de lo cotidiano. I, Artes de hacer*. Edic. Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero, 1ª edic. 1996, traducción de Alejandro Pescador. Pág. 160.

que hace doblar la corporalidad del ‘pueblo’ salazariano, y por tanto, excederlo en su escritura. El ‘pueblo’ en Salazar, es aquel que se *presenta*, pero instantáneamente, se *ausenta*. Dicha característica del ‘pueblo’, es una característica unívoca; aunque de todas formas, la característica de vacuidad del ‘pueblo’ remite indiferenciadamente a una comunidad de hermanos trabajadores, esto se debe, a los variados intentos que se hacen por parte de Salazar por dar *una* corporalidad -y una representación- a un sistema orgánico de individuos.

Asimismo, Salazar, como “buen historiador”, se apega al archivo y al documento, para dar una descripción heterogénea de poblamiento alrededor de los asentamientos mineros:

“De hecho, miles de personas indigentes se asentaron en torno a ellas, constituyendo aglomeraciones que solían ser más densas y populosas que las villas y asientos formales mineros. Los documentos señalan que allí abundaban las viudas, los niños y adolescentes. Normalmente, las colonias de maritateros surgían en torno a una concentración de trapiches, cerca de algún río. Por lo tanto, tendían a emerger junto a los establecimientos ‘mineros’ de los hombres acaudalados y no cerca de las minas de pirquineros”<sup>189</sup>.

La sinécdoque inicial se encuentra aquí presente, pero se esfuma cada vez que se nombra referencialmente; ante todo, la referencia por antonomasia que establece Salazar para designar al ‘pueblo’ figurativa, es el *trabajo*. Son varias las ejemplificaciones y demostraciones, documentales y archivísticas, que dan la figura del ‘sujeto popular’ una referencia en torno al ‘trabajo’ –sino es la única que establece Salazar:

“Se comprende que el barretero tenía sólo la tarea de quebrar la roca y profundidad la excavación, sino también, y más importante que eso, la de reconocer la veta y seguirla cerro adentro. Una vez que el barretero había perforado y desprendido las rocas, entraba en funciones la cuadrilla de apires. Por cada barretero trabajaban de dos a tres apires. La tarea de estos peones consistía en sacar las rocas desprendidas y transportarlas...”<sup>190</sup>.

El ‘trabajo’ en Salazar, es sin duda, el ápice articulador del ‘pueblo’. En la introducción de *Labradores, peones y proletarios*, Salazar se ‘desmarca’ tajantemente de la categoría abstracta de ‘clase obrera’; apelando que las clases populares se definían básicamente por “1) la explotación económica y la represión político-policia de que eran objetos, y 2) los esfuerzos de los partidos proletarios para la conquista del poder. La clase en sí y para sí, el militante, el partido y el sindicato, fueron, junto a sus crónicas respectivas, los

---

<sup>189</sup> *Ibíd.* Pág. 185.

<sup>190</sup> *Ibíd.* Pág. 197.

atributos definitorios del ‘pueblo’”<sup>191</sup>. Revisando estas puntualidades, y relacionándolo con el desarrollo de la trama histórica salazariana aparecen algunas incongruencias con respecto al primer punto, específicamente, en relación al ‘desmarque’ –esto es así, ya que, en el punto dos logra ‘desmarcarse’ evidentemente de las articulaciones y definiciones políticas en torno al desarrollo cotidiano del ‘pueblo’ (ver capítulo 4 de este estudio). Estas incongruencias con el punto uno, radican en lo siguiente; Salazar, si bien sigue la línea categórica del primer punto, su intento por ‘desmarcarse’ es incompleta e inacabada, en tanto, la única potencialidad para no ‘re-abundar’ en la referencia del punto uno es aquella que hace *referencia* a lo excedente del ‘pueblo’: es decir, apela a una amplitud del ‘pueblo’ suplementario, bajo la acción temporal del ‘apareciendo’. En las definiciones que Salazar entrega sobre el ‘sujeto popular’, se logra percibir esta ‘actitud temporal’:

“El estudio histórico ha comprobado que los sujetos no ‘son’, sino que ‘**están siendo**’. [...] Bajo el prisma historicista, la identidad de los sujetos *aparece* definida en la acción, por eso es que ‘están siendo’. Esta visión reconoce la dialéctica del accionar social que diversifica las experiencias, percepciones y modos de representación de la vida social, todo lo cual confluye en la constitución de identidades y culturas heterogéneas”<sup>192</sup>.

La consecuencia plural de la definición de ‘sujeto popular’ se denomina *movimiento social*; paradigma histórico que tiene como referente las protestas en Francia de ‘Mayo del 68’, “cuyas características remecieron el marco teórico y conceptual de las ciencias sociales”<sup>193</sup>. Desde ahí, se establece la potencialidad del *nuevo* ‘actor social’, en un constante ‘apareciendo’.

La situación histórica que mejor describe la anterior apreciación, es la conformación de la ‘Ciudad de Santiago’, y sus arrabales. La expansión y crecimiento de las ciudades de Chile fue debido a la proletarización y urbanización paulatina del ‘peón-itinerante’ que se asentaba en los márgenes de aquellas. Que por lo cual, concibe una lógica de la fundación de la ciudad, constantemente ‘exclusiva’ y, además, como una incipiente -y auto-gestionada- (re) localización periférica de los asentamientos populares; “los ranchos se hallaban dispersos sobre extensos distritos rurales, aislados entre los cerros, o alineados a lo largo de playas ricas en mariscos. Sus aglomeraciones *más visibles*

---

<sup>191</sup> *Ibíd.* Pág. 9.

<sup>192</sup> Salazar, Gabriel y Pinto, Julio: *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*. Edit. LOM, 1999. Pág. 93. La cursiva es mía, la negrita es de los autores.

<sup>193</sup> *Ibíd.* Pág. 97.

estaban en las haciendas y en las chimbas de los pueblo principales”<sup>194</sup>. No cabe duda, que en la caracterización de la ciudad, la mejor descripción la entrega Salazar, ya que, se proyecta en la capacidad humana de formación y diferenciación de las ciudades, y no, en la estructuras habitacionales que dictan las normas estéticas e iniciales de la ciudad.

No obstante, la apreciación exige una visibilidad del ‘sujeto popular’, que sólo el archivo y el documento hace referencia; y como tal, la estructura que fue capaz de ‘visibilizar’ la actividad del ‘pueblo’. Clístenes, recomponía la constitución de la ciudad mediante la adición de tres tribus fundantes: “una de la Ciudad, una de la costa y una del interior del país”<sup>195</sup>, y como bien señala Salazar, “De cualquier modo, fue un hecho evidente que [en el siglo XIX] los asentamientos habitacionales del ‘bajo pueblo’ eran extremadamente dispersos [por tanto] la ausencia de aldeas campesinas y la escasa población de ciudades”. Por tanto, la ciudad no sigue una lógica de organigrama de estructuración ‘inclusiva’, sino que, se expande improvisadamente en sintonía con la marginalización originaria que ella contrae, del ‘pueblo’ que la acecha. Por tanto, y tal como lo dice Rancière;

“el pueblo es, en suma, un artificio que viene a colocarse a través de la lógica que da el principio de la riqueza como heredero del principio del nacimiento. Es un suplemento abstracto respecto de toda cuenta efectiva de las partes de la población, [...] El pueblo es la existencia suplementaria que inscribe la cuenta de los incontados o la parte de los sin-parte, sea, en última instancia, la igualdad de seres hablantes sin la cual la desigualdad misma es impensable”<sup>196</sup>.

La representación de la visión y experiencia del ‘pueblo’ mismo, es *imposible* en dos sentidos: el primero de ellos, se debe a una cuestión lógica de representación del pasado, que se trabaja mediante la utilización del archivo que inscribe la *huella* del ‘pueblo’ (o del ‘sujeto popular’), en tanto -y siguiendo el ejemplo de conformación de la ciudad-, la *dispersión* de asentamientos es factible en la inscripción nominal de su *presencia* en la historia general de Chile: en tanto, la *evidencia* y *dispersión* es una ‘interpretación’ lógica del ‘pueblo’, frente al ordenamiento estratégico exclusivo de expansión de la ciudad; en donde Salazar, evidencia como se *escapa* la otra corporalidad vacía del ‘pueblo’ para su *imposible* representación.

---

<sup>194</sup> *Ibíd.* Pág. 232. La cursiva es mía.

<sup>195</sup> Citado en Rancière, Jacques: *Política, policía y democracia*, Pág. 66.

<sup>196</sup> *Ibíd.* Pág. 67.

En tanto, la connotación populista de la escritura de la corporalidad del ‘pueblo’ en Salazar, constantemente esta refiriéndose “al sufrimiento y la labor”, sobre todo en la conformación de las estancias:

“Muchos [peones] lo hicieron así en las huertas de los campesinos sub-urbanos, donde devinieron en ‘agregados’ o ‘allegados’. Pero un número creciente lo hizo en los sitios eriazos de la ciudad o en los terrenos nuevos que para ellos (los peones) urbanizaban los mercaderes de sitio. Y fue así que los ranchos urbanos no se diferenciaron mucho de los ranchos rurales. Incluso, tendieron a ser más insalubres, peor contruidos, y más miserables”<sup>197</sup>

En otro apartado, recalca las series de ‘hambrunas’ por las que tuvo que pasar el campesinado en las primeras décadas del siglo XIX, victimizando al ‘pueblo’ frente a la gestión monopolista de mercaderes-hacendados;

“Sin lugar a dudas, la manifestación más significativa y dramática de la crisis del campesinado fue la serie de hambrunas campesinas que se desataron entre 1820 y 1840, especialmente en las provincias del sur. Tales catástrofes no fueron sólo el resultado del estado de guerra que, de un modo casi permanente, imperó entre 1810 y 1830; o de ocasionales malas cosechas. Fundamentalmente, ellas fueron la consecuencia del monopolio establecido por los grandes mercaderes-hacendados sobre la comercialización de los productos campesinos”<sup>198</sup>

J. Rancière, es claro al desnudar al ‘pueblo’ en torno a las figuras que siempre las han caracterizado; el ‘pueblo’ “no es el populacho laborioso y sufriente quien viene a ocupar el terreno del actuar político y a identificar su nombre con el de la comunidad [de los iguales] [...] la crítica descalificadora de la democracia no ha cesado de traer la *nada constitutiva del pueblo político* al exceso de masas ávidas o del populacho ignorante”<sup>199</sup>, y por lo cual, se da a entender que el ‘pueblo’, no posee una figura determinada de representación; que sin embargo, logra establecerse como la constante aparición de una comunidad de los iguales.

\*

Basar las apreciaciones de la historiografía Salazariana en torno a la comunidad, surgen de la siguiente interpretación reflexiva: Jean-Luc Nancy en su texto *La comunidad inoperante*, realiza la siguiente reflexión:

“la palabra <<comunismo>> emblemata el deseo de un lugar de la comunidad encontrado o reencontrado, allende de las divisiones sociales y la sujeción a una

---

<sup>197</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores, ...* Pág. 235.

<sup>198</sup> *Ibíd.* Pág. 139.

<sup>199</sup> Rancière, J: *Política, policía y democracia.* Pág. 67.

dominación tecno-política, y por eso allende los marchitamientos de la libertad, de la palabra, o de la simple felicidad...”<sup>200</sup>.

Esta reflexión indica dos cosas: siguiendo la lectura salazariana, 1) qué tanto de ‘comunismo’, tiene Salazar, en sus interpretaciones historiográficas, y si es así 2) cuál es el lugar de reencuentro de la ‘comunidad’, aparte del aparataje socio-histórico de crisis del ‘sujeto popular’. Ahora bien, las reflexiones de Nancy, plantean al mismo tiempo, la colocación de una divisa imbricada con un “horizonte”; en tanto, el punto 1) y 2), indican la posibilidad de divisar cuál es el horizonte historiográfico salazariano. Y para eso, nos remitiremos a varios fragmentos de su obra (estando al tanto que, por ‘horizonte’ no se hace referencia técnica a los objetivos metodológicos y epistemológicos de la obra historiográfica del autor, sino más bien, apunta a reencontrar las bases morales y políticas que conforman, existencialmente, una visión del mismo).

El primer aspecto del ‘horizonte’ historiográfico salazariano, se denomina “el proceso de humanización”, y es así como lo señala descriptivamente:

“Pues, si el proceso histórico es –conforme indica el sentido común– no otra cosa que la energía social aplicada al desenvolvimiento pleno de la naturaleza humana, es decir, un proceso de humanización permanente, entonces la ‘historicidad significativa’ radica principalmente en aquellos hombres que buscan con mayor intensidad e inmediatez su propia humanización, y/o la de otros. La compulsión humanizante –que es uno de los caracteres distintivos de los hombres y mujeres de base– se exagera, se acumula y se desarrolla precisamente cuando los factores alienantes incrementan su presión”

Este aspecto del ‘horizonte’ historiográfico de Salazar, tiene mucho que ver con lo que Nancy apreció como “la inmanencia del hombre al hombre, o bien el *hombre* mismo [...] seres que producen por esencia su propia esencia como su obra, [...] y que además producen precisamente esta esencia *como comunidad*”<sup>201</sup>. Para Salazar, “*conforme indica el sentido común*”, existe un proceso de humanización del hombre, en sí y para sí, a la vez que, existe un proceso de anti-humanización del hombre; que no extrañaría que fuese la modernidad quien lo ejerce. Precisamente, es la modernidad quien acaba con la idea de una ‘comunidad’ *previa* a la sociedad, y por lo tanto, lo que se reclama como re-humanización; sin violencia, sin hambre, sin desigualdad. No obstante, la idea de una ‘comunidad’ *previa* (como lo recalca Salazar; “un pueblo pre-estatal, pre-capitalista, y

---

<sup>200</sup> Nancy, Jean-Luc: *La comunidad inoperante*. Edic. LOM/ Universidad ARCIS, traducción de Juan Manuel Garrido Wainer, 2000. Pág. 19.

<sup>201</sup> *Ibid.* Pág. 21.

por sobretodo, pre-político”), es ilusa cuando se remite a la consistencia del *individuo* y los cuerpos. La comunidad supone una des-aparición del ‘individuo’ y de los cuerpos; fracturas que el mismo Salazar logra visualizar con los niños (ver capítulo 2) y las mujeres.

Con respecto a la ‘violencia’, Salazar dice que en “la VPP (violencia político popular) no hay una correspondencia orgánica y necesaria entre los significados que las acciones de vpp portan, y los que proyectan”<sup>202</sup>, es decir, el proyecto popular no contrae un ‘lugar’ de la violencia, éstas son más bien, “reacciones violentas de tipo espontánea o instintivo (delictuales)”<sup>203</sup>, y que por lo tanto, es un medio reactivo frente a la opresión dentro de un sistema; “se trata de proyecciones que no penetran al sistema, sino que más bien se alejan de él”<sup>204</sup>. Esto indica explícitamente, que el componente historiográfico de Salazar, apunta a un *proyecto* (‘horizonte’) que excede cualquier interpretación reflexiva.

Entonces, es necesario pasar a un segundo aspecto del ‘horizonte’ historiográfico salazariano: la ‘Ciencia del pueblo’. Este aspecto es más formal que el anterior. Esta apreciación indica una connotación al nivel de la disciplina:

“Para desarrollar la ciencia ‘del pueblo’ puede ser un objetivo más complejo y mutante de lo que parece a primera vista. [...] El conocimiento científico de las ‘clases populares’ quedó suspendido del esfuerzo historiográfico de los pioneros del ciclo 1948-63 [Julio Cesar Jober, Luis Vitale, H. R. Necochea] [...] Porque en lugar de la historia social del ‘pueblo’, se había enfatizado más la historia de sus enemigos estructurales”<sup>205</sup>

Tal como se exhibe en el fragmento anterior, “desarrollar la Ciencia del ‘pueblo’” es aún más compleja que instaurar elementos estructurales e interpretativos en el desarrollo historiográfico. De todas formas, Salazar, logra dar con un des-nivel (y distancia, a la vez) entre académicos y ‘pueblo’. Sin embargo, esto se puede traducir, en una distancia entre ‘pura formalidad’ y ‘compromiso’. En esto, Salazar es muy claro de señalar y criticar, sobre todo antes los conceptos que Ch. Mouffe trata de advertir en una consistencia política emergente de ‘lo social’:

“La necesidad de re-centralizar esas nociones [‘ciudadanía’ y ‘comunidad’] proviene de la propia evolución del mundo liberal (reemergencia de la pobreza y las masas marginales e influencia social de la democracia individualista), pero no debe entenderse

---

<sup>202</sup> Salazar, Gabriel: *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico popular)*. Edic. LOM, 2ª edic, 2006. Pág. 109.

<sup>203</sup> *Ibíd.* Pág. 107.

<sup>204</sup> *Ibíd.* Pág. 111.

<sup>205</sup> Salazar, Gabriel: *Labradores, peones y proletarios*. Pág. 9-10.

como la necesidad de restaurar la vieja y decrepita ‘social democracia’, sino como fundación de ‘democracia plural y radical’, es decir, un proyecto político distinto y alternativo”<sup>206</sup>

Es decir, el compromiso con el ‘pueblo’ va más allá de puras formalizaciones teóricas y conceptuales –o, estrictamente política; tiene que ver con una situación de la “experiencia de la comunidad”, y tiene que ver con la ‘comprensión’ del ‘pueblo’.

Miguel Valderrama, es uno de los historiadores nacionales que ha indagado en la relación ‘historiografía y comunidad’ desde la ‘labor del historiador’, sobre las meditaciones que se refieren a la ‘escritura y representación de la experiencia pretérita’;

“la tarea de comprender, [...] es siempre la tarea de un discurso que busca asumir el discurso del otro, que busca hacer la experiencia de una experiencia otra [...] únicamente postulando esta comunidad de diálogo, únicamente anticipando la amistad anunciada en la extraña cita de esta comunicación diferida, puede llegar a decirse que la historia habla (a través de) la voz del otro...”<sup>207</sup>,

Siguiendo las líneas de reflexión de Valderrama, y al tanto del segundo ‘horizonte’ salazariano, el ‘compromiso’ el cual se vislumbra para la ‘recreación de la Ciencia del Pueblo’, exige una comunidad, o un llamado a ella. La búsqueda de significación del ‘pueblo científico’ apunta a una liberación de la técnica, y la actividad<sup>208</sup>. Pero, más bien, exige apuntar el trabajo del historiador hacia el “trabajo emancipador” del ‘saber’. Y como tal, evoca una actividad (un trabajo) hacia el ‘otro’; implica, solidaridad.

---

<sup>206</sup> Salazar, Gabriel: *Los pobres, los intelectuales y el poder. Chile, 1985-95*. Edit. PAS, Taller de reflexión, Serie de documentos de análisis, n° 6, Mayo de 1995. Pág. 53.

<sup>207</sup> Valderrama, Miguel: *Posthistoria. Historiografía y Comunidad*. Edti. Palinodia, Santiago, 2005. Págs. 51-52.

<sup>208</sup> Como ‘pueblo científico’, me refiero a la noción de Ciencia que posee Salazar, y tiene que ver con, “Ciencia es, [...], principalmente actividad científica, ‘faena ahí’, tal que, en un momentos investigando, haya un conocer de ‘lo antes velado y desconocido’. La ciencia ‘media’ cognoscitivamente entre lo ‘ya conocido’ o saber y lo ‘desconocido’ o velamiento. Esta mediación científica no es una pura relación estática y constante, sino activa y creciente, esto es: un ‘gerundio cognoscente’, una ‘faena ahí’, un ‘factum’” [*El historiador y la historiología filosófica*, Memoria de Prueba, Instituto pedagógico, Universidad de Chile, 1963. Pp. 12]. El *Factum* en términos kantianos, indica un ‘hecho moral’; por tanto, indica el ‘gerundio cognoscente’ del ‘pueblo’. En otro texto, Salazar lo estipula bajo la frase de ‘El (proscrito) paradigma cognitivo popular’: “A ese saber que, más que ciencia, es vida, y por ser vida, es verdad. Porque para vivir se necesita saber vivir: una sabiduría básica que responde a un impulso natural (reproducir la vida) y que, a la vez, es la sensibilidad que constata una y otra vez que la vida *debe seguir*. [...] Se trata, pues, de un saber-verdad inherente a la misma existencia, tal, que opera como patrón de medida y *degustación* de todo lo que afecte, favoreciendo o dañando, esa vida. Un saber-vigía alerta, reactivo, que grita los peligros y canta las satisfacciones. Es un ancho y rotatorio fondo de recuerdos, experiencias, sensibilidades y existencias donde todo lo nuevo es ingresado, evaluado y desgustado” [*Del poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos XX y XXI*, Edic. LOM, 2009. Pp. 207.]. De esta manera, la ‘ciencia popular’ –por ende, los ‘científicos del pueblos’- están insertos en el propio ‘saber’, está impregnado en la ‘vida misma’; y como tal, ‘ciencia’ no es más que ‘saber popular’, contrapuesto a un ‘saber’ (científico) hegemónico y estatal [para esto último, ver *Ibid.* Págs. 198-208].

Un tercer aspecto del ‘horizonte’ salazariano, tiene relación con la solidaridad. Este sentimiento –que incita una actividad hacia el otro-, se activa necesariamente en los momentos de dificultad y pobreza; o sea, e indexado en este estudio, se activa en los momentos de opresión sobre los ‘sectores populares’. A la vez, esta actividad, es una forma de cohesión de la comunidad de trabajadores; por tanto, cobra significación –y activación- en los momentos en que se ejerce violencia, opresión y explotación en torno al ‘trabajo’. De lo cual, no se debe entender en Salazar, que lo que está ‘apareciendo’ sean los trabajadores, sino que, lo que está ‘apareciendo’ es una parte de la comunidad. Indica en gran medida, la representación unívoca del cuerpo *presente* en su ‘proceso de humanización’. Ese ‘proceso’ es valorizado –como ‘horizonte’- por Salazar, desde las viejas apreciaciones de Marx;

“es la parecer claro que, para Marx, la ‘esencia humana’ (como concepto genérico) y la ‘comunidad humana’ (como concepto existencial) mantienen entre sí una correspondencia de importancia histórica estratégica. Pues la realización de la primera depende del estado situacional de la segunda. Por ello, la ruptura o desintegración de ‘la comunidad de los hombres’ trae consigo, por correspondencia esencial, la *alienación* de la naturaleza genérica de los hombres [en tanto] el ‘ser social’ es un hombre que vive en *comunidad*”<sup>209</sup>

Como se aprecia en la reflexión de Salazar, la ineludible instancia originaria de la comunidad (la ‘escena de la reunión’ según Nancy, o, el ‘estado situacional’ según Salazar) es el referente ‘suplementario’ de la conformación de ‘lo social’, y por lo tanto, el *cuerpo* al cual va dirigido y le sucede. Y sucede hasta en la forma más apreciada por Salazar;

“El sistema que surge por acción del legítimo poder constituyente de la ciudadanía está socialmente sano, *en su origen*. Pero tal origen, por democrático que haya sido, no garantiza que se mantendrá democráticamente sano a lo largo del tiempo; o sea: que se mantenga comunidad viva, no sistema esclerotizado [...] Los pueblos no pueden dejarse aplastar por la ‘sistematización’ de sus decisiones. Por el peso inerte de su voluntad pretérita. Es posible, como se dijo, que, en su origen, ese sistema haya sido legítimo y justo. Pero aun así, la comunidad de base no puede dejar que se extinga la frescura creativa de su *vida social*.”<sup>210</sup>

En un sentido del ‘epílogo social’, los cuestionamientos historiográficos que plantea Salazar, se entremedian en la problemática actual de ‘lo político’ y ‘la política’ (y ‘lo

---

<sup>209</sup> Salazar, Gabriel: *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos XX y XXI*. Edit. LOM, Santiago, 2009. Págs. 262-263.

<sup>210</sup> *Ibíd.* Pág. 240.

social'). Lo cual, traducido en la representación histórica del pasado popular, hace referencia a los términos políticos en los cuales se interpreta el pasado en sí. Estableciendo, moralmente, una conexión actualizada entre historiografía y política, que atañe las líneas figurativas y representativas que subyacen en dicha conexión. De esta manera, lo más coherente para analizar dicha problemática que entrega dicha conexión, es instalar el discurso histórico salazariano *entremedio* dicha conexión.

## **Capítulo 4.**

La ‘política’ y lo ‘político’: una breve aclaración conceptual para la historiografía.

“...y estando ya de vuelta en la ciudad,  
reunieron un Congreso General del Estado,  
y en él declararon por gobernadores y magistrados de la República  
a los particulares  
cuyas heredades habían encontrado bien cultivadas,  
dando por razón de su arbitrio  
que aquellos sabrían cuidar del bien público  
como habían sabido cuidar del propio:  
a los demás ciudadano de Mileto,  
a quienes antes se les pasaba todo en partidos y tumultos,  
precisóseles que estuvieran bajo la obediencia  
de aquellos buenos padres de familia.  
Con esto los parios pusieron paz a los milesios,  
restituyendo a la ciudad el buen orden y concierto”  
**Herodoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de la Historia*;**  
*Libro V: Terpsícore.*

Unas de las razones para comprender la neutralidad de la mirada política de Herodoto sobre las resoluciones de Darío ante los Parios señaladas en el exergo, se debe a la injerencia que toma el relato histórico como una propia actividad política. El contexto de la crisis, de las Guerras Médicas, es un contexto político que definió la escritura y pensamiento de Herodoto. Y es con referencia a él, que la tradición historiográfica se posiciona como una actividad estrictamente política; esto debido a las alusivas pretensiones de objetividad y neutralidad del relato histórico herodotiano frente a un escenario político.

A menester de esta pretensión, se puede inferir –según las apreciaciones de este estudio-, que aquellos intentos de neutralidad y objetividad frente al escenario político de parte de Herodoto hacen referencia de una necesidad política como tal, y sobretodo, de una necesidad de historiar aquellos acontecimientos de total implicancia política. Esta actitud de historiar (de registrar) para “no olvidar” propone una cierta imposibilidad de alojar la perspectiva política del relato histórico. No por que se pretenda, cómoda y ansiosamente, de establecer los lineamientos de una historiografía basada en el relato en un relato histórico a-político. Ni menos aun, pretender establecer un marco de referencia inmanente y totalizante de que “todo es político”; más bien, mencionar la imposibilidad de alojar la perspectiva política del relato histórico, es mostrar lo inherente de la perspectiva política en los análisis historiográficos. Y es apreciar cómo la historiografía –al tener como inherente la perspectiva política-, ve desvanecerse su ‘referencia’ y ‘fundamento’ en relación a ‘lo social’.

Como tal, se hace necesario, pronunciar, reflexivamente una diferenciación de ‘la política’ bajo el concepto de ‘lo político’

La mirada científica y moderna de parte del historiador ha tratado de reforzar aquel *dictum* establecido por Herodoto. La catástrofe del *Holocausto* –como acontecimiento paradigmático- realizó un “giro” socio-político en el relato historiográfico; así se ve reflejado en las obras de Marc Bloch y Lucien Febvre, en la primera generación de la *Escuela de los Annales*. Asimismo ocurre en la historiografía nacional, “la ruptura histórica de 1973”, es aquella catástrofe nacional –localizada- que políticamente realiza un cambio de perspectivas en los vectores que guían el relato historiográfico contemporáneo.

Gabriel Salazar ha demostrado ser uno de los más *afectados* con la presencia de la perspectiva política dentro de la historiografía –así como también, en cierto acuerdo, lo concibe la Nueva Historia Social. Ante tal apreciación, y a propósito de las críticas que a recibido por “la ausencia de la perspectiva política” en su relato historiográfico, es preciso realizar una *aclaración* con respecto a esto –esclarecimiento, que no posee ningún tipo de carácter verificativo, ni mucho menos un carácter de arrogancia. Aquella *aclaración*, más que realizar una apreciación resolutive y emparejadora, posee una actitud de complejizar la noción de “perspectiva política” que utilizaron, precisamente, Miguel Fuentes<sup>211</sup> y Sergio Grez<sup>212</sup>, para criticar la concepción ‘a-política’ que Salazar posee de la historia.

De esa manera, se establece el propósito central de este capítulo; la cual consiste en exponer la *diferenciación* de ‘la política’ aplicándola como un factor considerable para la resolución de las críticas –de ambos autores hacia Salazar- que se basaron en una noción tradicional de ‘la política’ –en este caso, desde una perspectiva política marxista clásica. Críticas que se basan en proporcionar una *dimensión política* a la historia social, y de justificar –socialmente- aquella dimensión para la interpretación histórica de los sectores populares.

Se sabe, que en el historiador nacional, la “verdadera política” no se ejerce en una forma tradicional de aquella; es decir, en la aglomeración de intereses liderados y administrados por un poder individual y abstracto carente de representatividad y legitimidad social. Sino que, se ejerce con las personas de “carne y hueso”, de manera

---

<sup>211</sup> Con su tesina, *Gabriel Salazar y la “Nueva Historia social”. Elementos para una polémica dentro del marxismo clásico (exposición y debate)*. Edic. Clase contra Clase, 2007.

<sup>212</sup> Con su artículo, *Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)*. Vol. 44, Otoño del 2005, pp. 17-31.

democrática, constituyente y colectiva. Lo cual se vislumbra, una búsqueda por la ‘esencia’ de ‘la política’ (aunque, no necesariamente desde la *diferenciación* bajo el concepto ontológico de ‘la política’<sup>213</sup>).

Ahora, tanto Grez como Fuentes, la noción de política cumple con el formato tradicional de la misma. Lo que no quiere decir, que bajo la *diferenciación*, estén ‘errados o equivocados’ en la noción de política, estrictamente supeditada a sus opciones partidarias. Lo que se quiere decir, más bien, es que siguen un lineamiento ‘óntico’ de ‘la política’, y no dan cuenta del fundamento ‘ontológico’ de ‘la política’. Cuestionar la esencia de ‘la política’, y desde ahí enfocar un cuestionamiento hacia la ‘historiografía política’ (historiografía que basa –generalmente- sus objetivos y análisis bajo la perspectiva tradicional de ‘la política’, sin preguntar lo que la fundamenta), y resolver, a la vez, las críticas que ambos autores realizaron a las interpretaciones históricas de Salazar.

El esclarecimiento propiamente tal, nace de una *diferencia* acerca del fundamento tradicional de la Política. La diferenciación, trata la instalación de un nuevo concepto que viene a diferenciar ‘la política’ de su fundamento tradicional; este es el concepto de ‘lo político’. La fisura y aparición de esta nueva conceptualización de ‘lo político’, acarrea a la vez, la complejización de un fundamento de ‘lo social’. En el fundamento tradicional de ‘la política’, ‘lo social, viene a tomar un carácter positivo como fundamento; con la diferenciación de ‘lo político’ se toma un carácter negativo de ‘lo social’ como fundamento de ‘la política’. Ahora bien, y siguiendo las palabras de O. Marchart, con esta *diferencia* no viene a instalarse una ‘nueva política’, sino más bien, se indica una crisis paradigmática de la noción más tradicional de ‘la política’:

“En cuanto *diferencia*, ésta no presenta sino una escisión paradigmática en la idea tradicional de política, donde es preciso introducir un nuevo término (lo político) a fin de señalar la dimensión ‘ontológica’ de la sociedad, la dimensión de la institución de la sociedad, en tanto que ‘política’ se mantuvo como el término para designar las prácticas

---

<sup>213</sup> Salazar interpreta la noción tradicional ‘la política’ (desde siempre en su proyecto historiográfico) como aquella que se ha “configurado, a la larga, una ‘clase’ social en la que las diferencias partidarias o doctrinarias vienen a ser cualidades secundarias irrelevantes en tanto no anulan ni su pertenencia connatural al dicho campo ni, por lo mismo, su homogeneidad genérica [...] Desde 1830, pues, ‘la’ política ha sido actividad privativa de los ‘vencedores’ que impusieron con respaldo armado la Constitución Política que les acomodaba” [*Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, Edic. LOM, 2009. Pp. 5-6. En ese sentido, logra percatarse que el fundamento de ‘la política’ tradicional, sufre una *crisis de representatividad*; no obstante, aquella fundamentación, la resuelve (desde siempre en su proyecto historiográfico) invirtiendo aquel ‘poder’ político hacia el ‘bajo pueblo’ –en este texto, ‘poder’ (de los ‘pueblo’) comunitario [*Ibid.* Págs. 8-13].

‘ónticas’ de la política convencional (los intentos plurales, particulares y, en última instancia, fallidos de fundar la sociedad)”<sup>214</sup>.

La idea de una ‘última instancia’, indica ‘un fundamento’; la dimensión teórica de ‘la política’ conlleva un fundamento con cierta clausura final, la *diferencia* viene a demostrar la imposibilidad de esa clausura final y obertura entre una política *eo ipso* de ciertas formas de acción política y sistemas políticos, y otra, que deviene en los intentos instantáneos de domesticar ‘lo social’, es decir ‘lo político’.

Continuando con O. Marchart, surge también, una necesidad de reflexionar sobre ‘lo político’ que proviene directamente desde la filosofía (que no debería confundir con un ‘filosofismo no político’) y no de la ciencia política: esta última, debe comprobar ‘lo político’ con instrumentos empíricos lo cual es imposible (ni las estadísticas, ni los sistemas cualitativos, corroboran el fundamento de ‘lo social’ de la ‘la política’). En tanto, no puede ser “el objeto” de una ciencia política, y si *ser* el estiramiento ontológico de un debate reflexivo acerca de ‘lo político’. Este debate, no propone hacer divagar la idea misma del debate; el carácter relativo de la concepción política no propone disgregar la reunión efectiva de demandas y acciones políticas contingentes (pensando en un praxis política), sino más bien, lo que se propone es demostrar la ‘imposibilidad última’ de la política desde esa disgregación como fundamento último.

Importantes son a la vez, las palabras que entrega Paul Ricoeur en su ensayo *La paradoja política*, respecto de la *diferencia*:

“Esta autonomía de lo político [*du politique*] aproxima, a mi entender, dos rasgos o características contrastantes. Por un lado, lo político actualiza una relación humana que no puede reducirse a los conflictos entre clases [...] Por otro lado, la política [*la politique*] desarrolla males específicos que son precisamente males políticos, males del poder políticos; estos males no son reducibles a otros, particularmente a la alienación económica” (1964: 261).<sup>215</sup>

La apreciación de ‘relación humana’ en la *diferencia* política, establece un carácter concreto y racional de ‘lo político’, frente a un carácter de ‘la política’ plenamente idílico. Para que la escisión binaria entre ‘la política’ y ‘lo político’ no se establezca bajo cierta tecnocracia de la actividad y las concepciones relativas e idílicas de la misma, es necesario *depurar* ‘lo político’ de la ‘la política’; “un concepto de lo político tiene que

---

<sup>214</sup> Marchart, Oliver: *El pensamiento político postfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Edic. FCE, México, 2009. Pág. 19.

<sup>215</sup> Citado en Marchart, Oliver: *El pensamiento político postfundacional*. Pág. 56.

ser arrancado de la política”<sup>216</sup>. De lo que se puede inferir, es una especie de usurpación de ‘lo político’ en ‘la política’ de la mano de ‘lo social’; es decir, “la invención de la diferencia política tiene lugar con el trasfondo de la usurpación, por parte de la sociedad, tanto de lo privado como de lo político”<sup>217</sup>, tal como lo apreciaba Hannah Arendt<sup>218</sup>. De todas formas, la insistencia de un concepto ‘puro de lo político’ exige una cierta autonomía de ‘lo político’ de ‘lo social’, y como tal, exige *otro* espacio asociativo de ‘lo político’<sup>219</sup>: la comunidad.

En cierto sentido, trataremos de interpretar la ‘ausencia de política’ en el relato histórico de G. Salazar, mediante esta *diferenciación*; tomando, a la vez, las críticas antes mencionadas –de S. Grez y M. Fuentes respectivamente- sobre el texto historiográfico salazariano.

### **Dos críticas anunciadas.**

#### **La diferenciación a propósito de “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin política incluida?”<sup>220</sup> De Sergio Grez.**

La principal crítica de Grez hacia la historiografía salazariana (aunque es específicamente a *Labradores, peones y proletarios*, se puede establecer una línea general de Salazar con respecto a ‘la política’ que aparecer casi en todas sus obras) tiene que ver con la *dimensión política* de los sectores populares. Frente a esta preocupación que manifiesta Grez, a propósito de la ausencia de ésta en la historiografía salazariana,

---

<sup>216</sup> *Ibid.* Pág. 60.

<sup>217</sup> *Ídem.*

<sup>218</sup> Oliver Marchart establece un parangón entre un rasgo ‘asociativo’ de ‘lo político’, y otro ‘disociativo’. Hannah Arendt, proporciona un rasgo ‘asociativo’ de ‘lo político’ ensalzando la esfera común de la autonomía de ‘lo político’, idea que se transforma una especie de sublimación de ‘lo político’. De todas formas, los rasgos de ‘lo político’ irán variando hasta la neutralización de su contenido político. Ver Marchart, Oliver *El pensamiento político postfundacional*, cap. II *La política y lo político. Genealogía de una diferencia conceptual*.

<sup>219</sup> Cabe señalar, que la elección ‘asociativa’ de ‘lo político’, es un acomodo conceptual y terminológico con respecto al debate y *esclarecimiento* de este capítulo. Esto además, por que existe una noción ‘disociativa’ de ‘lo político’, y es la que entrega Carl Schmitt, la cual es muy importante para este estudio, ya que, desde ahí se inician otras perspectivas ‘disociativas’ de ‘lo político’: como ‘el desacuerdo o reparto’ de los cuerpos en la sociedad entregado por J. Rancière. El supuesto básico de Carl Schmitt radica en la dicotomía abierta de *amigo/enemigo*; esta dicotomía se establece como el carácter atribuido a la práctica política en su naturaleza propiamente tal. Ahora, la cualidad de establecer un carácter ‘disociativo’ de ‘lo político’ posee la ventaja de no institucionalizar en ningún cuerpo inmóvil ‘lo político’; lo cual, genera movilidad a ‘lo político’ –aunque de todas maneras, establece una cierta comunidad ‘antagonista’. Esto denota una sublimación de ‘lo político’, e implica una cierta comunión de ‘la política’ en base a la cohesión de fuerzas antagonistas; y que por tanto, condiciona a la práctica política al constante ‘enfrentamiento’ entre partes litigantes, cuando esto se anula o ausenta, silencia o clausura, se acaba ‘la política’. Ver Marchart, Oliver *Ibid.*

<sup>220</sup> Grez, Sergio: “Escribir la historia de los sectores populares ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas de la historia social (en el siglo XIX)”. *Política*, Volumen 44, otoño 2005, pp. 17-31. Por economía, de ahora en adelante, las citas referentes a este artículo irán entre corchetes.

surge unos de los primeros cuestionamientos ¿cuál es la noción de *dimensión política* que posee y expone Grez como fundamento? A primera vista, se entiende un aspecto social de ‘la política’ (es decir, una noción fundamental y cualitativa de ‘la política’), sin embargo, con bastante apreciación, se puede denotar que la *dimensión política* que contrae la crítica Grez, proviene más bien de la ciencia política como categoría de análisis social, que de una apreciación más teórica y reflexiva desde ‘lo social’. Como decíamos anteriormente, los instrumentos empíricos de la ciencia social no pueden corroborar ‘lo político’ (que al parecer, es a lo que se refiere Grez), ni muchos menos, bajo la óptica de la interpretación histórica: esta doble problematización indica, por una parte, la imposibilidad de ‘lo social’ desde la ciencia política como perspectiva para reflexionar la diferenciación, y a la vez, indica por otra parte, que la representación histórica se complica aún más cuando no existe un ‘objeto’ definido de ‘lo social’. Lo que desplaza, tanto a la historiografía como a la filosofía, fuera de las ciencias sociales y la ciencia política, como monopolizadores exclusivos del debate y análisis político. Llevando el debate sobre ‘lo político’ a un nuevo escenario performativo sobre su *diferenciación* y fundamento: un escenario post-fundacional.

En esa medida, Grez, expresa su preocupación:

“El rechazo a la ‘interpretación alucinantemente política’ de los procesos históricos [cita Grez a Salazar], ha llevado a algunos historiadores sociales a postular (si no en la teoría, al menos en los hechos) una historia de ‘los de abajo’ vaciada de su acción política [...] De la apología al racionalismo, la modernidad, las ideologías de redención social, los proyectos y vanguardistas políticas, se ha pasado casi sin matices a la valorización de la ‘barbarie’, lo espontáneo, pre-moderno, irracional y sensual”. [2005: 21]

Para Grez, la *dimensión política* tiene que ver con escribir la historia de los sectores populares y de aquellos sujetos que poseen la “capacidad para proyectarse más o menos conscientemente en el plano de la defensa de sus intereses y entrar organizadamente en el juego de las relaciones de poder” [2005: 24]. Es decir, la *dimensión política* entendida bajo la interpretación tradicional de ‘la política’. Aun así –y según como lo plantea Grez-, es ‘optativo’ considerar la *dimensión política* en la interpretación histórica desde ciertos sujetos (“No cabe duda que cada historiador tiene el derecho a privilegiar los sujetos que desee. [...] La historia que tenga al peonaje como protagonista central podrá considerar –como efectivamente lo hace Salazar- *lo político*, esto es, un campo globalizador y multifacético abierto a todos los aspectos de gestión real y de las relaciones de poder, pero no *la política* (de ‘los de abajo’), actividad específica y –

aparentemente- bien delimitada”) [2005: 24], y como tal, considerar a ‘la política’ como una simple *dimensión* (o categoría de análisis) de objeto de estudio, más que un problema ‘ontológico’ que se diferencie de sus conceptualizaciones y complejidades.

No obstante, Grez logra dilucidar una cierta diferenciación en cuanto al fundamento de ‘lo social’ de ‘la política’ se refiere, pero, al mismo tiempo, se retracta de asumirla:

“Como supuesto teórico y metodológico rechazo la *dicotomía maniquea de lo social versus lo político* (o la política), así como la tentación de buscar refugio en el terreno supuestamente inmaculado de lo social popular [...] doy por sentado que la historia social tiene una dimensión política” [2005: 25]

Lo que señala Grez, es un perogrullo basado en el co-origen de ‘lo social’ con ‘la política’; o sea, el fundamento de ‘la política’ es lo que ocurre también en ‘lo social’, pero no da cuenta del *fundamento* de ‘lo social’ que ocurre como tal.

Grez remite constantemente a su trabajo historiográfico *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general* para argumentar la articulación de las demandas en ‘lo social’ como actividad política, y así, reforzar su idea acerca del *gremio* como ejemplo de esa conjunción:

“Durante cierto tiempo –década de 1820 básicamente- subsistieron aspectos de la antigua política. La organización de los gremios siguió teniendo un reconocimiento legal y el Estado continuó dictando o aplicando reglamentos que fijaban derechos y deberes y designaban representantes –los maestros mayores- frente a los poderes públicos”<sup>221</sup>

En tanto, la articulación de las demandas (ya sea, mediante iniciativas discursivas, o, programas políticos a largo plazo) y su conjunción con la capacidad social para llevarlas a cabo (como manifestación y acción política), es la base de la representación histórica para Grez sobre el ‘bajo pueblo’, ya que, en esas puntualidades se concentra toda la manifestación social como tal, y a la vez, toda la manifestación política de *los* mismos. Pero es bajo estos casos en lo cuales se introduce el concepto de ‘lo político’; *algunos* gremios que rescata Grez, son –por ejemplo-; los *gremios portuarios* [*De la regeneración...*p. 248]; los *gremios de jornaleros* [*Ibíd.* p. 249]. Y muchos otros más que se clasifican según actividad laboral productiva o “rubro” que ejercen.

Otro ejemplo, que es relevante en la *dimensión política* tradicional, es la ampliación del sufragio en la sociedad en la segunda mitad del siglo XIX. Grez rescata este hecho como la conexión más evidente e íntima entre ‘lo social’ y ‘lo político’:

---

<sup>221</sup> Grez, Sergio: *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Edic. Ril, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago 2007. Pág. 237.

“La extensión del sufragio a partir de la reforma electoral de 1874 amplificó el fenómeno [político]. La imbricación entre lo social y lo político se hizo más estrecha como queda en evidencia en [...] [un cuadro] que muestra la trayectoria de casi medio centenar de dirigentes del movimiento popular entre los años 1875 y 1879” [2005: 26]

En este caso, se concentra un ‘sujeto social’ político y organizado; que, en la *dimensión política*, es evidente su conformación, pero, en ‘lo social’, es evidente las limitaciones y complejidades, ¿por qué no analizó un ‘gremio de niños diareros’, o, un ‘gremio de aseadoras’?, frente a la capciosidad de la pregunta, es relevante también la ‘imposibilidad de la sociedad’ para clausurarse en ‘la política’ tradicional –en este caso, una política marxista. Además, al parecer, existe en Grez una cierta analogía en ‘la política’ y ‘lo político’, justamente lo contrario a la pronunciación de una *diferencia* en el término

Es en esa limitación donde entra el sujeto popular de Salazar, que amplía la dimensión social de ‘lo político’ con un carácter autónomo. Y tal como lo señala Marchart; “lo político se ha vuelto autónomo precisamente porque ya no puede ser fundado por ninguna otra esfera social ni por la sociedad en su conjunto”, lo que quiere decir –refiriéndonos a Grez- que ‘lo político’ *instituye* y *destituye* ‘lo social’.

Otra apreciación hacia el artículo realizado por Grez sobre la historiografía salazariana, tiene que ver con las ‘escritura de la historia’ propiamente tal. Consiste, a la vez, en una despreocupación de la ‘escritura histórica’ en su carácter *narrativo*; en ese aspecto, Grez no realiza ninguna apreciación. Todas sus apreciaciones hacen referencia a lo que H. White ha denominado *fase investigativa*, olvidando la importancia de la *fase narrativa* del texto histórico. Olvido no menor, considerando que es mediante la *escritura* de la historia (y con respecto al propio título de su artículo, ‘Escribir la historia de los sectores populares’) –y como hemos vistos a través del análisis teórico expuesto en este estudio- donde se articulan las perspectivas ‘morales y políticas’ de quien *escribe* la historia. Y lo cual también, relaciona las *elecciones* y *énfasis* que el historiador realiza al momento de inscribir sus perspectivas ‘políticas y morales’; lo que puede significar, la forma en que se va a desarrollar el contenido ‘político’ y ‘social’ de un sujeto histórico preciso –descartando algunas *dimensiones* e integrando otras.

Como vemos, Grez no emplea la apreciación ‘ontológica’ de la *diferencia* política tradicional (‘lo político’), que cuestiona lo *fundamental* de la misma. La historiografía Salazariana, si considera esta *diferenciación*; cuestiona el referente de legitimidad social que posee el concepto de ‘la política’ tradicional, y emplea una noción ‘autónoma de lo

político'; en lo cual, "‘lo político’ emergió entonces como un liderazgo realizado desde ‘lo social’".<sup>222</sup>

### **La diferenciación a propósito de “Gabriel Salazar y la ‘Nueva Historia’”<sup>223</sup> de Miguel Fuentes.**

La principal crítica que Fuentes realiza a la interpretación histórica de Salazar, es la matriz de análisis historiográfico “autonomista y foucaultiana” que utiliza el autor, con relación a los análisis políticos sociales del desarrollo histórico popular. En tanto, la idea de este apartado, tiene como finalidad cuestionar la interpretación de Fuentes sobre el texto salazariano, bajo la consagración de un análisis historiográfico *autónomo y foucaultiano*. Y a la vez, continuar con la *necesidad* de la polémica que el mismo propugna; visto “antes que responder a una inquietud netamente académica o teórica, responde a una necesidad política” [2007: 107]

A primera vista, Fuentes logra dilucidar una cierta relación entre la concepción de ‘poder’ en Foucault (concentración de ‘poder político’; el Estado) y la concepción de ‘poder’ Salazar –esto es, una cierta relación que apunta a que la concentración de poder, política y estatalmente (y de manera tradicional), ya no encuentra su legitimación en los que se creyeron ciertos pilares fundantes de la sociedad actual; o sea, por ejemplo, la familia, la educación, el patrón, etc. Así lo deja visto Fuentes en su tesina:

“Se puede decir, además, que las concepciones que maneja este autor acerca de la política y el poder, no solo tienen que ver con una perspectiva autonomista, sino que también, y de manera central, con una matriz teórica ‘foucaultiana’ clásica. Esta, que en sus definiciones acerca del poder rechaza una perspectiva de clase, concibiéndolo como una relación meramente subjetiva y unilateral *entre sujetos* (microfísica del poder), ocupa un lugar importante en la elaboración teórica del autor [Salazar]” [2007: 120]

Y que por tanto, “para que el Estado funcione como funciona es necesario que haya del hombre a la mujer o del adulto al niño relaciones de dominación bien específicas que tienen su configuración propia y su relativa autonomía”<sup>224</sup>.

Lo que se puede reconocer en la apreciación y analogía teórica que realiza Fuentes al texto salazariano, -vinculando a Foucault con Salazar-, en lo niveles de análisis

---

<sup>222</sup> Salazar, Gabriel: *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos XX y XXI*. Edic, LOM, Santiago, 2009. Pág. 124.

<sup>223</sup> Fuentes, Miguel: *Gabriel Salazar y la “Nueva Historia”*. *Elementos para una polémica desde le marxismo clásico. (Exposición y debate)*. Tesina para optar al grado de licenciado en Historia, Universidad de Chile, Santiago 2007. Edic. Clase contra Clase. Por motivos de economía, de ahora en adelante, las citas referentes a este texto irán entre corchetes.

<sup>224</sup> Foucault, Michel: *Microfísica del Poder*. Edic. La Piqueta, Colección “Genealogía del poder”, 3ª 1992. Pág. 167.

históricos; apunta, en las lecturas que Foucault hizo de Marx. Tal como lo rescata Antonio ‘Toni’ Negri, en cuanto a esta relación se refiere: “hemos mantenidos juntos a Foucault y a Marx. O mejor dicho, en lo que a mí me concierne, puedo decir que ‘he lavado mi ropa’ en el Sena, tornando híbrido mi obrerismo marxista con las perspectivas post-estructuralistas francesas”<sup>225</sup>. Se puede entender, entonces, una cierta ‘hibridos’ en la teoría salazariana sobre el Estado. Una ‘hibridos’, sobre todo, en la lectura salazariana de Marx<sup>226</sup>. Ante todo, cabe equiparar tanto a Salazar como a Foucault de *Postestructuralistas*; no obstante, no está demás indicar, que bajo este ‘paradigma’, Salazar se adscribe con mayor resonancia e identificación en las concepciones del pensamiento ‘empirista-inglés’ (E. P. Thompson) que de la tradición ‘teórica-francesa’ (M. Foucault) –sobretudo, acerca de la concepción de ‘sujeto’, ‘cultura’ y ‘poder’.

M. Fuentes, ejerce una precipitada reflexión sobre la historiografía salazariana (y con mayor intensidad, en el punto de vista del ‘análisis historiográfico’) al situar como ‘importante’ el pensamiento de Foucault en el análisis histórico del historiador nacional. Considerar, los conceptos de ‘sujetos’ (‘autonomía’, y ‘poder’), en Foucault y en Salazar, contrae definidas diferencias.

Partamos por comparar la conceptualización de ‘sujeto’ en ambos autores, y que contrae la contraversión, por ende, de los demás conceptos

Para Salazar, el ‘sujeto’ es un “*sujeto social (o ‘ser humano’ propiamente tal)*”<sup>227</sup>. Este ‘momento’ –tal como lo llama Salazar-, es crucial para la comprensión del ‘sujeto social’; como tal, se trata de una condición esencial del “ser genérico” del hombre, que en lo cual –y siguiendo la idea salazariana de ‘proceso de humanización’-, existe “la apuesta por un humanismo”<sup>228</sup>. De la misma manera reafirma que; “el hombre genérico es, pues, aquel que es capaz de desarrollar por sí mismo una ‘vida genérica’, esto es: que

---

<sup>225</sup> Hardt, Michael y Negri, Antonio: *La multitud y la guerra*. Edic. LOM, 2008. Pág. 49.

<sup>226</sup> Salazar es bien claro a definir cuales son las perspectivas teóricas marxistas a rescatar. Para este autor, lo ‘esencial’ se encuentra expuesto teóricamente en ‘el joven Marx’ (justamente ‘el Marx’ que L. Althusser decidió ‘excluir’). “Es evidente, en el pensamiento del joven Marx, que su concepción de ‘sujeto social’ (o ‘ser humano’ propiamente tal) se funda en la unión dialéctica de tres *momentos* claves de su existencia terrenal: a) en la posibilidad histórica de un sujeto social que vive en condiciones existenciales óptimas, en concordancia con su *naturaleza humana esencial*; b) en el hecho histórico de haber perdido (ante la dominación del capitalismo mundial) esas condiciones existenciales óptimas, con *alienación grave* de sus naturaleza humana esencial, y c) en el imperativo humano de crear las condiciones sociales, culturales e históricas necesarias para *subvertir* la alienación y *recuperar* el control y la integración de la naturaleza humana esencial”. En Salazar, Gabriel: *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos XX y XXI*. Edic. LOM, Santiago 2009. Pág. 260.

<sup>227</sup> *Ídem*.

<sup>228</sup> *Ibid*. Pág. 261.

puede realizar su esencia humana construyéndose a sí mismo, constantemente, en este mundo, como un ‘hombre total’”<sup>229</sup>.

En comparación con Salazar, Foucault, considera al ‘sujeto’ como “*voluntad*” (o, como una “*fuera*”). Y antes que cualquier inmersión de aquel ‘sujeto como voluntad’ en ‘lo social’ –a diferencia de Salazar-, Foucault, descarta de lleno que tenga que ver con alguna “apuesta por un humanismo”:

“Bajo las especies que se han denominado según los momentos la verdad, el hombre, la cultura, la escritura, etc., se trata siempre de conjurar lo que acontece: el suceso. Las famosas continuidades históricas tiene por función aparente explicar; los eternos ‘retornos’ a Marx y a Freud, etc., [...] Se trata de mantener el viejo sustrato tradicional del ‘humanismo’ [...] el humanismo garantiza el mantenimiento de la organización social, la técnica permite el desarrollo de esta sociedad pero en su propia perspectiva [...] Entiendo por Humanismo el conjunto el conjunto de discursos mediante los cuales se le dice al hombre occidental: ‘si bien tu no ejerces el poder, puedes sin embargo ser soberano. Aún más: cuanto más renuncies a ejercer el poder y cuanto más sometido estés a lo que se te impone, más serás soberano’. El humanismo es lo que ha inventado paso a paso estas soberanías sometidas que son: el alma (soberana sobre el cuerpo, sometida a Dios), la conciencia (soberana en el orden del juicio, sometida al orden de la verdad), el individuo (soberano titular de sus derechos, sometido a las leyes de la naturaleza o a las reglas de la sociedad), la libertad fundamental (interiormente soberana, exteriormente consentidora y ‘adaptada a su destino’). En suma, el humanismo es todo aquello a través de lo cual *se ha obstruido el deseo de poder* en Occidente –prohibido querer el poder, excluida la posibilidad de tomarlo-. En el corazón del humanismo está la teoría del *sujeto* (en el doble sentido del término). Por esto Occidente rechaza con tanto encarnizamiento todo lo que puede hacer resaltar este cerrojo”<sup>230</sup>.

Esta apreciación del ‘humanismo’ –y por consiguiente, del ‘sujeto’- que tiene Foucault, *difiere mucho* de la forma ‘tradicional y moderna’ que concibe Salazar; en este último, existe una clara referencia hacia el “joven Marx”, ‘momento’ totalmente relacionado con lo que Foucault acaba de señalar. Es más, no creo que una cierta referencia nominal de parte de Salazar hacia Foucault (“Trabajar la idea de que *el poder* y el *sistema de dominación* no son entidades metafísicas o fuerzas etéreas que recorren el mundo alienando a los pobres e incautos [como sugiere M. Foucault]”) [Salazar citado en M. Fuentes 2007: 120] signifique una adhesión integral al pensamiento “‘foucaultiano’ en

---

<sup>229</sup> *Ibíd.* Pág. 262.

<sup>230</sup> Foucault, Michel: *Microfísica del poder*. Cap. “Más allá del bien y del mal”, Pág. 35-37.

su forma clásica”, ni mucho menos insinuar que dicho pensamientos ocupe “un lugar importante en la obra del historiador”. Así mismo, tal diferenciación y distancia con Foucault, lo plantea el propio Salazar, ¡justamente! en lo que se refiere a los análisis socio-históricos:

“Comprensiblemente, hechizados por tales mellizas [‘industria de producción de conocimientos’ (‘consultor profesional’ y ‘medio de comunicación de masas’)], muchos intelectuales han sido llevados a vivir experiencias ‘productivas’ nuevas, e incluso, sensaciones inéditas de alto consumo y poder. Y ha habido alguno que, impresionado por el aspecto global del fenómeno, han afirmado que el conocimiento, articulado como discurso eficiente, constituye un ‘poder circulante’ capacitado para pernearlo todo, y para construir y deconstruirlo todo, incluso el mismísimo hombre”<sup>231</sup>

Como vemos, existe una evidente distancia -en todos lo sentidos- entre Salazar y Foucault, y que M. Fuentes confundió con una referencia nominal no-apropiadora que el historiador hizo del filósofo francés, acerca de una “lectura del mundo contemporáneo”.<sup>232</sup>

\*

La política entendida en la forma tradicional (‘la política’ propiamente tal), entra en una crisis de fundamento ontológico de ‘lo social’, que plantea una clara diferenciación con ‘lo político’. En primera instancia, tanto Grez como Fuentes, logran dilucidar esa *diferencia* para analizar la obra salazariana; no obstante, ambos se dejan llevar por lo que P. N. Furbank ha denominado como una “desesperación terminológica”:

“Los historiadores, como algunos otros, parecen admitir que los conceptos de ‘clase’ son notablemente perturbadores y con frecuencia los atormenta el problema de cómo definirlos, al tiempo que se sienten indignados al ver con qué poco cuidado los definen otros. Pero, ¿no será en realidad un problema que crean ellos mismos y que resulta de buscar un objeto equivocado, de suponer erradamente que puede haber una terminología de las clases purificadas y redimida a disposiciones de los expertos?”<sup>233</sup>

---

<sup>231</sup> Salazar, Gabriel: *Los pobres, los intelectuales y el poder. Chile, 1989-95*. Edic. PAS, Taller de Reflexión, serie de documentos de análisis-Mayo 1995, n°6. Pág. 13. En ese texto –y en dicha página-, Salazar cita “Ver los trabajos de Michel Foucault, en particular *Microfísica del poder* (varias ediciones)”.

<sup>232</sup> Ahora bien, M. Fuentes está constantemente realizando una conexión parcial entre el pensamiento salazariano, y el pensamiento fundacional de los ‘miembro’ de la Nueva Historia social de Chile (a los cuales se puede identificar a L. León, María Angélica Illanes, entre varios), de lo cual, cabría averiguar en todas las dimensiones si es práctico corresponder el pensamiento de Salazar con el de los demás ‘miembros’ de la Nueva Historia social chilena. Especialmente, cuando –por ejemplo- M. A. Illanes, se adscribe abiertamente foucaultiana, y que se denota, incluso, es sus análisis históricos; mientras que Salazar mantiene una cierta distancia y crítica a este filósofo francés.

<sup>233</sup> Furbank, P. N.: *Un placer inconfesable o la idea de clase social*. Edic. Paídos, Traducción de Alcira Bixio, Colección Espacios del Saber. Pág. 96.

Esto supone un excedente “escritural de la historia”, y tiene que ver con la utilización de los conceptos acerca de la ‘realidad histórica’. A la vez, supone –como bien señala Fuentes- en una consistencia política. Y como tal, no es menor señalar la utilización *maniquea* de los conceptos que se tiene acerca de un autor. Esto suena, de todas formas, en cierta clave irónica; pero resulta ser el ‘tropos’ indicado de intercambio crítico; así bien lo señala Hayden White en *Metahistoria*, fijándose en la relación Marx-Croce:

“Croce volvió al estudio de las doctrinas económicas y filosóficas de Marx. Pero salió de esos estudios con un juicio aún más duro que el original. Como economista, dice Croce, Marx no fundó ninguna doctrina nueva; su obra era interesante principalmente porque iluminaba la relación entre trabajadores y propietarios en la sociedad capitalista, es decir, sólo debido a su *información histórica*. [...] En todo caso, afirmaba Croce, Marx era un ‘vigoroso ingenio político, o más bien un genio revolucionario, que había dado ímpetu y consistencia al movimientos de los trabajadores, armándolo con una doctrina historiográfica y económica hecha especialmente para él [...] Por último, sostenía Croce, Marx no era sino el creador de un nuevo evangelio, un apóstol del proletariado, pero con evangelio puramente destructivo, puesto que amenazaba ‘toda la idealidad de la vida humana’”,<sup>234</sup>.

El volcamiento de los conceptos y argumentos, desde la forma en ‘cómo se escriben’, implica el develamiento de quién lo plantea y la esfera ‘moral y política’ desde donde lo hace. Esto significa -como lo intentó ver Grez en su artículo sobre Salazar-, que *escribir la historia* de los ‘sectores populares’, tiene ante todo una fijación en el análisis histórico, despreocupándose en la ‘escritura histórica’ de Salazar (el tramado de sus conceptos y argumentos –por ejemplo, como se ve en este estudio- acerca del ‘pueblo’). Lo cual implica, un doble cuestionamiento historiográfico: primero, hacia el autor que va dirigida la crítica (Salazar), y los mismos conceptos que posee y utiliza quien desarrolla la crítica (Grez).

En este sentido, Michel DeCerteau, es el historiador más lucido para describir dicha situación de la “operación historiográfica”:

“Pero el gesto que traslada las ‘ideas’ a *lugares* es precisamente un gesto de historiador [...] Toda investigación historiográfica se ensalza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. [...] Comprender, para él, es analizar en términos

---

<sup>234</sup> White, Hayden: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Edic. FCE, México, 2ª edición, 2002. Pág. 385.

de producciones localizables el material que cada método ha originalmente establecido según sus propios criterios de pertinencia”<sup>235</sup>

Por tanto, un análisis historiográfico puede tener mucha eficacia analizando los ‘discursos’ que en la trama se inscriben, y desde ‘dónde’ y ‘cómo’, se producen y confeccionan. Y como tal, vale recalcar, que a veces no es necesario acomodarse plenamente desde las propias ‘seguridades argumentativas’ de quien emplea un análisis historiográfico, ya que en ocasiones, éstas puedan invertirse en el proceso de comprensión que relaciona un producto con un *lugar*<sup>236</sup>.

### **Política de la ‘representación histórica’.**

Cabe preguntarse abiertamente entonces, ¿Qué ‘acontecimiento’, o qué ‘momento’ provoca una necesidad política de reestructuración historiográfica refiriéndonos –en este caso- al texto salazariano?, y a la vez, ¿cuál es el ‘lugar’ comprensivo que desea reconstruir el texto salazariano que incita tal reestructuración historiográfica?

“Pues, comprender es inicialmente responder por alguien”<sup>237</sup>. Es ante todo, la consigna de recuperar una ‘voz’ y una ‘palabra’ de *otro*; es decir, un acto de recuperación del *otro* significativa para ‘la política’. En relación con esto, Aristóteles, definía ‘la política’ de la siguiente manera:

“Sólo el hombre, entre todos los animales, posee la *palabra*. La *voz* es, sin duda, el medio de indicar el dolor y el placer. Por ello es dada a los otros animales. Su naturaleza llega únicamente hasta allí: poseen el sentimiento del dolor y del placer y pueden señalárselo unos a otros. Pero la *palabra* está presente para manifestar lo útil y lo nocivo y, en consecuencia, lo justo y lo injusto. Esto es lo propio de los hombres con respecto a los otros animales: el hombre es el único que posee el sentimiento del bien y del mal, de lo justo y lo injusto. Ahora bien, es la comunidad de estas cosas la que hace la familia y la ciudad”<sup>238</sup>

Existen ‘momentos’ que indican el *comienzo* (*arkhé*) de las cosas. En este caso, la ‘toma de la palabra’, indica el *arkhé* de ‘la política’. Esta presencia y pronunciación de la ‘palabra’, significa la ubicación de quienes escuchan y obedecen esta ‘palabra’ (ya

---

<sup>235</sup> DeCerteau, Michel: *La escritura de la historia*. Cap. II. “La operación historiográfica”, Edic. Universidad Iberoamericana, 3ª edición, 1993. Traducción Jorge López Moctezuma. Pág.67-69.

<sup>236</sup> *Ídem*.

<sup>237</sup> Valderrama, Miguel: *Posthistoria. Historiografía y comunidad*. Edit. Palinodia, Santiago de Chile, marzo 2005. Pág. 55.

<sup>238</sup> Aristóteles: *Política I*. 1253 a 9-18. Las cursivas son mías.

política). En tanto, establece la posición de mando de quién ‘vocifera’ la palabra. O sea, el establecimiento del *logos* propio de ‘la política’. Y como tal, la adquisición de una posesión carente de *fundamento*<sup>239</sup>.

Se puede identificar en Salazar un ‘momento’ metahistórico de pérdida de la ‘voz’ y la ‘palabra’ en el escenario historiográfico; una pérdida del *logos* político: dicho ‘momento’ es lo que él denomina “la ruptura histórica de 1973”<sup>240</sup> –esto implica a la vez, el *comienzo* netamente ‘político’ de la propia historiografía. Es una cierta ‘experiencia histórica’ de la *catástrofe*; en tanto tal, como una ‘experiencia’ de la política moderna en su máximo develamiento.

El escenario metahistórico del ‘acontecimiento’ se establecía bajo el “soporte sociosimbólico que hacía posible una retórica de la emancipación y una lógica de hegemonía”<sup>241</sup>. Y la eventual ‘pérdida’ de este ‘soporte’ –por causa de la *catástrofe*– indica un desborde de “toda capacidad colectiva de registro”<sup>242</sup>, que motiva un funcionamiento de la historiografía salazariana en base a una re-estructuración ‘política’ (entendida ésta bajo los términos de su diferenciación) de la *representación histórica*<sup>243</sup>.

Cierta ‘política’ salazariana exige el reclamo de la ‘palabra’ en el escenario historiográfico nacional; y el establecimiento de ésta, plantea la presencia de una ‘comunidad historiográfica’ que signifique dicha demanda (el “en nombre de”). Ambos autores revisados anteriormente, que plantean una crítica política de la historiografía salazariana, no hacen más exponer la ‘ausencia’ de la *dimensión política* en la textualidad del autor de *Labradores, peones y proletarios*; y hacen caso omiso, de las implicancias históricas y políticas que contrae dicha textualidad, y dicha ausencia. Y en

---

<sup>239</sup> Para ver una reflexión ‘filosófica política’ de la misma véase Rancière, Jacques: *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Edic. Nueva Visión, Buenos Aires, 1996. Pág. 13-15.

<sup>240</sup> Tal como lo describe en la introducción a *Labradores,...*, “Por un lado, la ruptura de 1973 ha retrotraído la situación a un punto histórico ‘de partida’”. Pág. 10. Aunque, sigue sosteniendo, que ese retrotraimiento sólo sucede a un nivel semántico de la palabra (o concepto) ‘pueblo’; mientras que la ‘gente de carne y hueso’, ‘continua’ la gestación de su “gerundio de lo histórico”. Salazar, Gabriel: *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*. Pág. 31.

<sup>241</sup> Valderrama, Miguel: *Posthistoria. Historiografía y comunidad*. Edic. Palinodia, Santiago 2005. Pág. 95.

<sup>242</sup> *Ídem*.

<sup>243</sup> “La catástrofe, en otros términos, sería aquella paradójica interrupción del sentido que hace posible narrar un estado de conciencia que ya no desea ni se identifica con una causa nacional, con una historia fundada en la idea de una pertenencia y destinación común. La catástrofe, su mero hecho de significación al interior del texto histórico, marcaría el fin de la ilusión archivística al anular aquel espacio de identificación mayor que hacía posible a discursos contradictorios referirse a una cosa común, hablar en un mismo lenguaje y en un mismo nivel, desplegar en su semejanza múltiples figuras de pensamiento, hacer la síntesis de lo no idéntico.” En *Ibid.* 96. “La catástrofe, en tanto tal, no es reducible a una diferencia que pueda ser nombrada por una operación histórica que al designarla como traza, como un significado más de la red significante, buscara con ello reinscribirla en la superficie paradójica de una historia de la reconciliación o la restauración nacional”. En *Ibid.* 98.

base a eso mismo, la ‘escritura de la historia’ –en Salazar- es la ‘huella’ misma de una experiencia histórico-política de la pérdida. Es, a la vez, la exposición de un ‘lenguaje’ y un ‘discurso’. Lo cual indica también que, no cualquier texto en sí puede clamar todo el mundo en que surgió o que, a la vez, un conjunto determinado de textos puedan revelar su mundo en su totalidad. No obstante, inicialmente, todo parece indicar que hoy en día disponemos de las herramientas para analizar los textos de una forma precavida o, tal vez, no utilizada por la mayoría de los historiadores intelectuales y de otros géneros. Y estas herramientas, son por lo general de naturaleza lingüística.

En ese sentido, la incorporación de la perspectiva del ‘bajo pueblo’ en el análisis socio-histórico antes de ubicarse como una ‘categoría de análisis’ respectiva, se instala como un ‘discurso’ y una ‘palabra’ como parte de un relato historiográfico. En este caso, Salazar, lo expone de la siguiente forma:

“...la perspectiva del ‘bajo pueblo’ (asumiendo que, en última instancia, el objetivo final de la TLDD era interpretar y desenvolver la perspectiva de los sectores donde el subdesarrollo se corporiza socialmente)... [y que entonces]... es un ensayo histórico que procura y ‘alegar’ los puntos de vistas de las bases populares inferiores de la sociedad chilena con respecto a ciertas superestructuras –el Estado, el ordenamiento político del pueblo, y la teoría-...”<sup>244</sup>

Como se puede inferir, la instalación de una perspectiva del ‘bajo pueblo’, es más bien la instalación de un ‘discurso’, y por sobre todo, un discurso político. Es el establecimiento de la “ética de un decir” que surge de la necesidad precaria de una pérdida. Menoscabo, que Salazar logra percibir estableciendo una historiografía que “buscaría crear un teatro de referencias y de valores comunes que garantizaran la unidad de un experiencia”<sup>245</sup>. Que se traduce, en la comprensión hermenéutica, de una “política de la guarda y alerta de la memoria, política de una recordación e instrucción, la declaración historiográfica es así menos una narración que busca la verdad de la vidas perdidas en el archivo, que una narración que busca restituir el principio historiográfico de la comunidad...”<sup>246</sup>

---

<sup>244</sup> Salazar, Gabriel: “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile, 1950-1975”. Revista ‘Nueva Historia’, art. N° 4, año 1, Londres 1982. Pág. 4.

<sup>245</sup> Valderrama, Miguel: *Posthistoria. Historiografía y comunidad*. Pág. 93.

<sup>246</sup> *Ibíd.* Pág. 63.

## **Conclusiones.**

## I

Como hemos visto en este estudio, la obra historiográfica de Gabriel Salazar es de suma importancia para la reflexión del quehacer del historiador, y en la práctica historiográfica nacional. La interpretación histórica propuesta por Salazar acerca de los sectores populares, resultó ser una innovación a nivel metodológico y epistemológico; pero más importante aún, es la propuesta escritural de su representación histórica. Por eso, este estudio, estableció un marco teórico-metodológico específico para abordar la ‘escritura de la historia’ en el historiador nacional, de la cual, se pueden establecer ciertas conclusiones.

Como presentamos en la primera parte de este estudio, el marco teórico-metodológico ligaba dos aspectos ‘considerables’ al momento de elaborar una ‘trama’ histórica, y al momento abordar la escritura histórica en Salazar.

Lo primero que se estipuló, fue el “valor de la narrativa” en la representación y escritura histórica. En eso, fueron necesarias las perspectivas que el historiador norteamericano Hayden White aporta al estudio de la práctica historiográfica en general. Práctica historiográfica de las ciencias sociales, que vislumbra su problematización mediante la ‘escritura histórica’; y que al mismo tiempo, desenvuelve sus argumentos en el fortalecimiento del conocimiento histórico con fuertes bases epistemológicas. Dichas bases, pretenden resguardar el conocimiento histórico bajo los principios ‘científicos’ de verificabilidad; *demonstración* de la experiencia pretérita, que mediante la ciencia empírica no consigue corroborar algunos ‘datos’ del pasado, sino más que, sólo *interpretarlos*.

Para aquello, se estableció que White propone una *fijación* entre historiografía y literatura –esto por sus bases, evidentemente, lingüística y narrativas de ambas prácticas. Dicha *fijación*, planteaba –particularmente- una ‘escisión necesaria’ dentro de la práctica historiográfica y la representación histórica; esta división se establecía entre la ‘fase investigativa’ y la ‘fase narrativa’. Esta división era necesaria, ya que la crisis del paradigma cognitivo de las ciencias históricas está íntimamente ligada a la crisis paradigmática de las ciencias sociales en general, y como tal, es una dificultad acerca de la *episteme* y representación de la realidad histórica. Y esta división ha corrido una suerte de ‘olvido’ por parte de los historiadores acerca de la ‘escritura de la historia’, como una instancia decisiva en la representación (real) de la historia –suerte aquella, que recorre aún el campo de práctica de la mayoría de los historiadores nacionales.

Desde ahí entonces, se estableció una posibilidad de plantear un marco metodológico que emanaba de las mismas apreciaciones de H. White., pero en su reflexión más

‘pragmática’ sobre la ‘escritura de la historia’. La propuesta realizada por el texto *Metahistoria*, consistía en analizar las principales formas de ‘conciencia histórica’ de los historiadores clásicos decimonónicos, tales como; Michelet, Ranke, Tocqueville, Burckhardt, entre otros. Utilizando, una metodología que permitiera analizar la estructura de las obras históricas (en términos lingüísticos y discursivos), y desde ahí, establecer una ‘teoría de los tropos’ (que proviene teóricamente desde los ‘formalistas’ rusos, y ‘estructuralistas’ franceses, en el modo no-científico del análisis lingüístico, esos son: la metáfora, la sinécdoque, la metonimia y la ironía) en la configuración escritural del ‘texto histórico’. Todo esto, para descifrar los *estilos* que se articulan previamente antes de adoptar algunas de las *estrategias* para la construcción del ‘texto-a-producir’.

Pero no obstante, la forma rigurosa del planteamiento técnico-analítico de *Metahistoria*, en este estudio no es considerado lo más importante. Lo que nos interesa de ese planteamiento teórico-metodológico *Metahistoria* son sus *efectos* sobre el análisis de los textos históricos. Aquellos *efectos*, permiten desnudar el quehacer historiográfico, que históricamente había sido diferenciado unos con otros sólo por el planteamiento epistemológico-historiográfico que adquiriría un campo histórico determinado, y no había sido analizado desde la práctica individual que cada quien ‘escribe’ historiografía. Además, White supo establecer que existen varios motivos *metahistóricos* que daban inteligibilidad a una representación histórica, y que aquellos motivos provienen de ‘experiencias’, ya sean; políticas, ideológicas, morales o religiosas. Y que por lo tanto, todos los intentos tropológicos de escritura de la historia son –en el fondo– ‘sublimaciones’ de aquellas experiencias en el modo de una historia general, colectiva o universal.

Esto nos llevó, prácticamente, al segundo aspecto teórico-metodológico de este estudio: es decir, a la ‘experiencia histórica’. A la ‘experiencia histórica’ no entendida como lo hizo el historicismo durante todo el siglo XX bajo el concepto de la ‘historicidad’ (o sea, una ‘experiencia fenomenológica’; en efecto como, por ejemplo, P. Ricoeur lo estableció en el modo ‘narrativo’, y como a la vez, H. G. Gadamer lo hizo bajo el modo de la ‘comprensión’), sino más bien, entendida bajo el viento otoñal del propio historicismo, y sensibilizada en la nostalgia del pasado mismo. Ambas difieren en el establecimiento del ‘objeto histórico’ elaborado en la ‘experiencia’.

El ‘historicismo’ exige un ‘dominio del mundo’ mediante la ‘experiencia’, en tanto, plantea la elaboración de la ‘experiencia pasada’ generando una *mediatez* entre el mundo

actual y el pasado; lo cual, genera un cierta autonomía e independencia entre ‘ambos’. En esa medida, se plantea la configuración de un pasado en sí, y un presente independiente de éste. No obstante, entendida en los tiempo actuales, la ‘experiencia histórica’ propone una ‘entrega hacia el mundo’ a través de la ‘experiencia’, lo cual, integra la *inmediatez* de aquella ‘experiencia’ entre el pasado y hoy. Esto genera, la natural *alteridad* que hay entre el presente y pasado, y que se deja sensibilizar de manera ‘extraña y nostálgica’.

Desde esa ‘conversión’ de la experiencia histórica se propone una ‘teoría’ basada en la *conexión* que tenemos con el pasado alterno, y que contribuye a la idea de conocimiento histórico.

Ahora bien, ‘narración’ y ‘experiencia’ –como son elaborados aquí- son argumentos teóricos correspondientes, interesantes e importantes. Esto debido a la gran preponderancia que poseen áquellos al momentos de realizar la ‘representación histórica’, como formas de ‘articulación (o composición) y conexión (o alteración)’ del *conocimiento histórico*. A la vez, ambos aspectos se ajustan al momento *inaugural* de la elaboración de cualquier obra historiográfica. Y estos aspectos, se han dejado de lado como parte de una reflexión teórica de la historiografía nacional –y también a nivel general. Pero que han sido reivindicado para abordar la obra historiográfica de Gabriel Salazar; desnudando su estilo ‘trágico y satírico’ de la historiografía en general, y demostrando el carácter tropológico irónico y de sinécdoque que posee su relato histórico como tal. Así como el tono ‘nostálgico y melancólico’ de la interpretación de la ‘experiencia de los sectores populares’, que es –en el fondo- una cristalización de la *inmediatez* de su ‘experiencia histórica’.

\*

La aplicación de esta aproximación teórico-metodológica en la historiografía salazariana, contrajo el desarrollo hipotético, que por *efecto*, condujo al establecimiento de ciertas apreciaciones que se consideraban sin importancias; ‘notaciones’ que vislumbraban aquellas categorías que no existían nominal ni conceptualmente en la historiografía del historiador nacional; hablamos de dos conceptos inherentes a las interpretaciones historiográficas del mismo, como son: la Comunidad y la Política.

La segunda parte de ese estudio, analizó detenidamente ambos conceptos, en el marco del relato histórico salazariano. Lo cual implicó, analizar cuidadosamente, lo que este estudio considera los conceptos primordiales de la interpretación histórica de Salazar: el ‘pueblo’ y el ‘trabajo’. Conceptos que en el propio relato eran sobreentendidos bajo la

‘experiencia colectiva’ de los sectores populares, y una nueva perspectiva del ‘materialismo histórico’ no reduccionista.

Instalando una problematización en el concepto de ‘pueblo’ de la historiografía salazariana, es que este estudio propuso algunas características desde la concepción de ‘pueblo’ que entrega Jacques Rancière; siendo el motivo principal de esta problematización examinar las posibilidades de representación históricas desde la óptica de Rancière.

Este estudio, se basó en adoptar la visión de ‘pueblo’ del filósofo francés, la cual consiste en ser un ‘pueblo’ *vacío y suplementario* que desune la población misma. Esto a raíz de una compleja reflexión que se realiza a partir del *comienzo (arkhé)* de la política misma. El acto del comienzo de la política, es un acto fundante (aunque paradójico) que contrae una serie de repartos en la sociedad misma. Esto quiere decir, que por un lado, existe una estructura (o el marco) en donde se reparten los cuerpos *contados* de una sociedad y en donde, inherentemente, se restan los *incontados* de dicho reparto. El *demos* (el pueblo) existe sólo en la lógica del comienzo de la política.

Esta forma artificial del ‘pueblo’, viene a ser un constante simulacro de representación histórica del mismo; ya sea, mediante una figura patriótica y soberana del pueblo, o, como se cree aquí –y siguiendo la noción de ‘pueblo’ en Salazar- bajo la figura idílica del Trabajador.

Es en tanto, en nombre de la comunidad, donde se representan las virtudes del pueblo idílico, e igualitario. Es ahí, también, la interrupción de una comunidad del litigio, en contra de la idea de consenso que supone también la Comunidad.

Para la representación histórica salazariana de este estudio, adoptamos la “comunidad fraternal de trabajadores”, como una posibilidad de representación histórica particular que es caracterizada con los valores ‘sagrados’ de la *solidaridad* e *igualdad*. Y es el tropo de la *sinécdoque* la que caracteriza la articulación de las partes de dicha comunidad: la parte por el todo.

De todas maneras, esta conjetura e interpretación de la representación histórica salazariana, busca ‘re-ubicar’ su debate dentro de la historiografía política. A propósito de que consiste en un crítica a la forma tradicional de *la política*, desde la justificación legítima de *lo político*. Es por eso, que en este estudio analizamos la diferencia que difiere de la noción de tradicional de ‘la política’, y que se produce por la aparición del concepto de ‘lo político’. La ciencia política no puede corroborar empíricamente el fundamento de ‘la política’, siendo la única forma reflexiva de comprobar tal pretensión,

la filosofía política postfundacional –analizando la ontología de ‘la política’: filosofía que descarta de hecho un sofismo claustrofóbico, o, un posmodernismo donde ‘se hace lo que se quiera, y vale todo como sea’ (lo que sería, una dudosa interpretación de las visiones posmodernas).

Este intento de ‘re-ubicación’ de Salazar, surge después de las lecturas que se realizaron en torno a dos críticas específicas a la interpretación histórica del historiador popular: las críticas fueron realizadas por los historiadores políticos Sergio Grez y Miguel Fuentes. Estas críticas tienen como principal argumento, la carencia de la *dimensión política* en el análisis histórico sobre los sectores populares. Ambos autores sostuvieron la importancia de las distintas formas de organización y agrupación de intereses y demandas emanados desde los sectores populares, y re-agrupados por los distintos partidos políticos y organizaciones gremiales a través de la historia de Chile. Por eso, fue necesario realizar una reflexión sobre la matriz de la noción de *dimensión política* en ambos autores –por separados. Y desde esa exposición, se aplicó la diferenciación sobre la noción tradicional de ‘la política’.

Esta operación reflexiva permitió que, aplicando tal diferenciación en las críticas respectivas se logra recuperar una noción de ‘política’ en Salazar basado en ‘lo político’. Reorientando, a la vez, a toda una historiografía basada en un concepto tradicional de ‘la política’. No obstante, Salazar tampoco aplica la diferenciación a ‘la política’ como tal; sino más bien, lo que hace es proponer una *alternativa política* a su relato histórico. Alternativa que es demostrada como ‘legítima y fundadora’ de la noción de política tradicional. Esto puede ser interpretado de tal manera que, la ‘diferenciación’ ayude a entender –en una primera instancia- el ‘carácter ilegítimo de la práctica política como tal, y su falta de fundamento lógico’. Lo que vendría a ser la ‘esencia de la política’ tradicional, tal como lo entiende Salazar: una ‘verdadera política’ desde las bases sociales autónomas.

Y en un segundo momento, vemos que “todo apela a ‘lo social’”. Que en este caso, ‘lo social’, es lo que viene a cuestionar a la política. En tanto, que ‘lo social’ como tal, igualmente carece de fundamento por ser fundamento de ‘la política’ tradicional. El co-fundamento entre ‘lo social’ y ‘la política’ demuestra su íntima relación hipotética, que a la vez, demuestra su paradójica fundamentación. Es la sociedad misma la que genera la crisis representativa de la política. En ese escenario entra la Comunidad a tratar de responder las ideas fundamentales de la política.

## II

Este análisis reflexivo, a la obra de Gabriel Salazar, más que establecer una serie de perspectivas concluyentes permite enmarcar una serie de cuestionamientos y perspectivas abiertas con el afán de inspirar nuevos aires de reflexión en la representación histórica en general, y tomar nuevos alcances en el análisis histórico de los sectores populares.

La preocupación de Salazar de establecer una historiografía alejada de la reflexión teórica sobre la representación y análisis históricos de los sectores populares, implicó una aglomeración de ‘datos’ sobre los mismos, a la vez, de proliferar (lo cual no está demás) una sobreproducción de textos históricos que tienen como tema el mismo sector social.

La idea es analizar a los sectores populares en el desarrollo de su historicidad y de su producción historiográfica. Esto indica dos cosas: una, que tiene relación con la acumulación de producción historiográfica bajo el mismo concepto de ‘pueblo’, lo que indicaría que en algún momento determinado dicha producción se agotará de todas formas por la saturación del concepto mismo. O bien, indica que la producción historiográfica sobre los sectores populares no está sujeta ‘al descubrimiento de nuevos documentos o archivos de los sectores populares’, sino más bien, que la producción misma está sujeta a la interpretación sobre los sectores populares basados en su ‘escritura y representación histórica’, y las ilimitadas perspectivas que eso contrae.

Este estudio pretendió establecer una forma de re-pensar la historiografía social y que implica una serie consideraciones en base a una preguntas abiertas y precisas: ¿es representativa de los sectores populares la representación histórica de los mismos?, ¿existe como tal, una auto-representación histórica de los sectores populares?, si Salazar identifica el carácter marginal del ‘bajo pueblo’ en la representación histórica tradicional, nacional o ‘patricia’ y en la sociedad misma, ¿es posible que su relato histórico logre ser el *portavoz* de los sectores populares?, ¿es posible que su relato histórico consiga *excluirse* del campo histórico academicista?

Finalmente, al mismo momento de establecer una pregunta que abra, proliferantemente, otras preguntas –planteadas por otros, escritas por otros, indefinidamente- y que apunte a reestablecer reflexiones sobre la representación histórica ‘popular’, ¿es posible representar la ‘voz’ del pueblo?, en este caso, ¿qué sucedió con ‘las voces subalternas’?

## **Bibliografía General.**

### **-Bibliografía de Gabriel Salazar.**

- *El historiador y la historiología filosófica*, (1963). Memoria de prueba, Instituto Pedagógico Universidad de Chile. Biblioteca Facultad de humanidades y filosofía, Universidad de Chile.
- *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, (1985). Santiago, Chile. LOM ediciones, mayo 2000 (1ª versión ocupada aquí).\_\_\_\_\_Santiago, Chile. Ediciones SUR, Colección Estudios históricos 2ª edic., Octubre 1989 (2ª versión ocupada aquí).
- *Ser niño “huacho” en la Historia de Chile (siglo XIX)*, (1990). Santiago, Chile. LOM ediciones, 2ª edic., 2006, Colección de Bolsillo.
- *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*, (1990). Santiago, Chile. LOM ediciones, 2ª edic., 2006.
- *Historia contemporánea de Chile. Actores, identidad y movimiento, (tomo II)*, (1999). Santiago, Chile. LOM ediciones, 1ª edic., 1999.
- *Los pobres, los intelectuales y el poder. Chile, 1989-95*, (1995). Taller de reflexión, edic., PAS, Serie de documentos de análisis-Mayo 1995, nº6.
- (comp.) & Grez, *Sergio Manifiesto de historiadores*, (1999). Concha y Toro, Santiago, Chile. LOM ediciones, 1999.
- *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos XX y XXI*, (2009). Santiago, Chile. LOM ediciones, 1ª edic., 2009.

### **Artículos.**

- (1982), El movimiento teórico sobre el desarrollo y dependencia en Chile, 1950-1975. *Revista Nueva Historia*, año 1, nº4. Asociación de historiadores chilenos (U. K.). Pp. 1-109.
- (1981), Historiadores, Historia, Estado y Sociedad. Comentarios críticos en torno al Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX, de Mario Góngora. *La Ciudad*. Pp. 193-200.
- (2003) La historiografía marxista (clásica) en Chile. Expositor: Gabriel Salazar en sustitución de María E. Horvitz, Cuarta sesión. *La historia desde abajo y desde adentro*. Santiago, Universidad de Chile, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes. Pp. 47-67.

- (1994) Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad. *Ediciones-SUR, Propositiones*, Agosto. Pp. 92-110.
- Luis Carlos Parentini (comp.), (2008) Fiestas centenarias en Chile: ¿Ritos del eterno retorno? *Historiadores chilenos frente al bicentenario*, Cuadernos Bicentenario, Presidencia de la República, (edit.) Universidad Finis Terrae, Universidad Católica Silva Henríquez, Universidad Andrés Bello. Pp. 91-96.

### **-Bibliografía General.**

- Ankersmit, Frank. A., *Experiencia histórica sublime*, (2008). Santiago, Octubre 2008. Ediciones PALINODIA, Traducción de Luis G. De Mussy.
- \_\_\_\_\_ “La experiencia histórica”, (1993). Universidad de Groningen, Holanda. Discurso pronunciado al aceptar la cátedra extraordinaria de teoría de la historia, el 23 de Marzo de 1993; en: *Historia y grafía*, n° 10, 1998. Pp. 209-266.
- \_\_\_\_\_ *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, (1994). Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 2ª edic., 2004. Traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz. Título original *History and Tropology: The rise and fall of Metaphor*.
- Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, (1943) Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 2001.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, (2008). Edit. SIGLO XXI, 2008.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, (2006). Santiago, Chile. Edic. Centro de investigaciones Diego Barros Arana, 2006.
- Danto, Arthur C., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, (1989). Ediciones PAIDOS/ I. C. E. – U. A. B., 1989. Introducción de Fina Birulés.
- De Certau, Michel, *La escritura de la historia*, (1978). Edic. Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 3ª edic., 1993, México (Tra, revisada por Jorge López Moctezuma). Título original *L'écriture de l'histoire*.

- \_\_\_\_\_, *La invención de lo cotidiano. I, Artes de hacer*, (1990). Edic. Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1ª edic. 2000, México. Título original *L' invention du quotidien, I. Arts de faire*.
- De Mussy, Luis G. (edit.), *Balance historiográfico chileno: orden del discurso y el giro crítico actual*, (2007). Edic. Universidad Finis Terrae.
- \_\_\_\_\_, (2009) Certezas e incertidumbres de una Historia para el siglo XXI. A partir de la discusión sobre el canon y la historiografía intelectual chilena. *Publicación de la Universidad Finis Terrae*, año XVII, N° 17, 2009. Pp. 89-101.
- Derrida, Jacques, *De la gramatología*, (1967). Edic. SIGLO XXI, México, D.F. 6ª edic., 2000. Traducciones de Oscar del Barco y Conrado Ceretti (revi. Tra. Ricardo Potschart)
- Eyzaguirre, Jaime, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, (1957). Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 15ª edic., 1986.
- Fontana, Josep, *La historia después del fin de la historia*, (1992). Edic. CRITICA, 1992.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, (colección, 1992) Edic. LA PIQUETA, Colección Genealogía del poder, 3ª edic., 1992. Traducciones y edición de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría.
- \_\_\_\_\_, *El orden del discurso*, (1970). Edic. TUSQUETS, España, Noviembre, 2004.
- Fuentes, Miguel, *Gabriel Salazar y la "nueva historia". Elementos para una polémica desde el marxismo clásico (Exposición y debate)*, (2007). Tesina para optar al título de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2007. Edic. dif. Clase contra clase, Memoria chilena.
- Furbank, P. N., *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, (2005). Edic. PAIDÓS, 2005. Traducción de Alcira Bixio.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método (I, II)*, (1960). Editorial Salamanca-sígueme, España, 1991.
- Gilly, Adolfo, *Historia a contrapelo. Una constelación*, (2006). Edic. ERA, México, 1ª edición, 2006.
- Goethe, J. W., *Fausto*, Barcelona, Editorial SOL 90, 2002. Edit. difu. La Tercera, Biblioteca de la Literatura Universal.

- Góngora Del Campo, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, (1986). Edit. Universitaria, Santiago, 1986.
- Grez Toso, Sergio, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, (1997) Edit. Centro de investigación Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Edic. RIL, Santiago, Chile, 1997.
- Herodoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de la Historia*, Edic. Biblioteca EDAF s. l., Madrid, España, 1989. Introducción de Víctor de Lama de la Cruz.
- Jenkins, Keith, *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*, (2006) Edic. Brevarios del Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- Joyce, James, *Los muertos*, Edit. La Copa Rota, Santiago, Chile, 2008.
- Kaye, Harvey J, *Los historiadores marxistas británicos*, (1984) Edic. Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, España, 1989. Introducción, edición y presentación de Julián Casanova.
- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, (2005). Edic. Fondo de Cultura Económica, Selección Obras de Sociología, Argentina, 2ª edición, 2007. Traducción Soledad Laclau.
- Lacoue-Labarthe, Philippe, *La imitación de los modernos (tipografías 2)*, (colección ensayos y exposiciones, 1986). Edit. LA CEBRA, Buenos Aires, Argentina, 2010. Traducción y epílogo de Cristóbal Durán Rojas. Título original *L'imitation des modernes (typographies II)*.
- Marchart, Oliver, *El pensamiento político postfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, (2007). Edic. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 1ª edición, 2009. Traducido por Marta Delfina Álvarez. Título original *Post-Foundational Political Thought. Political Difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau*.
- Mariategui, José Carlos, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Biblioteca de Ayacucho-Digital. [www.bibliotecayacucho.gob.pe](http://www.bibliotecayacucho.gob.pe).
- Mondolfo, Rodolfo, (2008) ¿Qué es el materialismo histórico? *Revista de arte y crítica, Babel*, Santiago, Chile. Pp. 55-59.
- Nancy, Jean-Luc, *La comunidad inoperante*, (1986 y 1990). Edic. Universidad ARCIS-LOM, 1ª edición, Noviembre, 2000. Traducción de Juan Manuel Garrido. Título original, *La communauté désœuvrée*.

- Negri, Antonio & Hardt, Michael, *La multitud y la guerra*, (2008). Edic. LOM-ERA, Santiago, Chile, 2008.
- Peyre, Henry, *¿Qué es el clasicismo?*, (1933) Edic. Brevarios del Fondo de Cultura Económica, México, 2ª edición, 1996.
- Ramírez Necochea, Hernán, *Historia del movimiento obrero en Chile (Resumen)*, (publicación libro completo, 1956/Resumen, 1984). Edic. Nueva Aurora, Diciembre, 1984. Resumen a cargo de Pedro Jara.
- Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, (1996). Edic. Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1º edic. 1996. Traducción de Horacio Pons. Título original *La méésentente. Politique et Philosophie*.
- \_\_\_\_\_, *Política, policía y democracia*, (2007). Edic. LOM-Chile, Santiago, 2007.
- \_\_\_\_\_, *En los bordes de lo político*, (1994). Edit. Universitaria, Santiago, Chile, 1994. Traducción de Alejandro Madrid.
- Ricoeur, Paul, *Tiempo y Narración (I, II, III)*, Edic. SIGLO XXI, México, 2004.
- Roa Bleck, Alejo, *Historia de la Literatura. Técnica literaria crestomatía*, (1954). Edic. Ministerio de Educación, Santiago, Chile, 3ª edición, Agosto de 1955.
- Spivak, Gayatri Chakravorty, ¿Puede hablar el subalterno? Cary Nelson y Larry Grossberg (eds.) en *Marxism and the interpretation of Culture*, University of Illinois Press, 1988. Nota Introductoria de Santiago Giraldo.
- Valderrama, Miguel, *Posthistoria. Historiografía y Comunidad*, (2005) Edit. PALINODIA, Santiago, Chile, Marzo 2005.
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, (1973). Edit. Fondo de Cultura Económica, Sección Obras de Historias, México, 1992. 2ª edición, 2002. Traducido por Stella Mastrangelo. Título original *Metahistory. The historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*.
- \_\_\_\_\_, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, (1987). Edic., PAIDÓS-Básica, 1ª edición, Barcelona, España, 1992. Traducción de Jorge Vigil Rubio. Título original *The Content of Form. Narrative, Discourse and Historical Representation*.

- \_\_\_\_\_, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, (1978) Edic. PAIDÓS, Barcelona, España, 2003. Traducción de Verónica Tozzi. Título original *Tropics of Discourse y Figural Realism*.